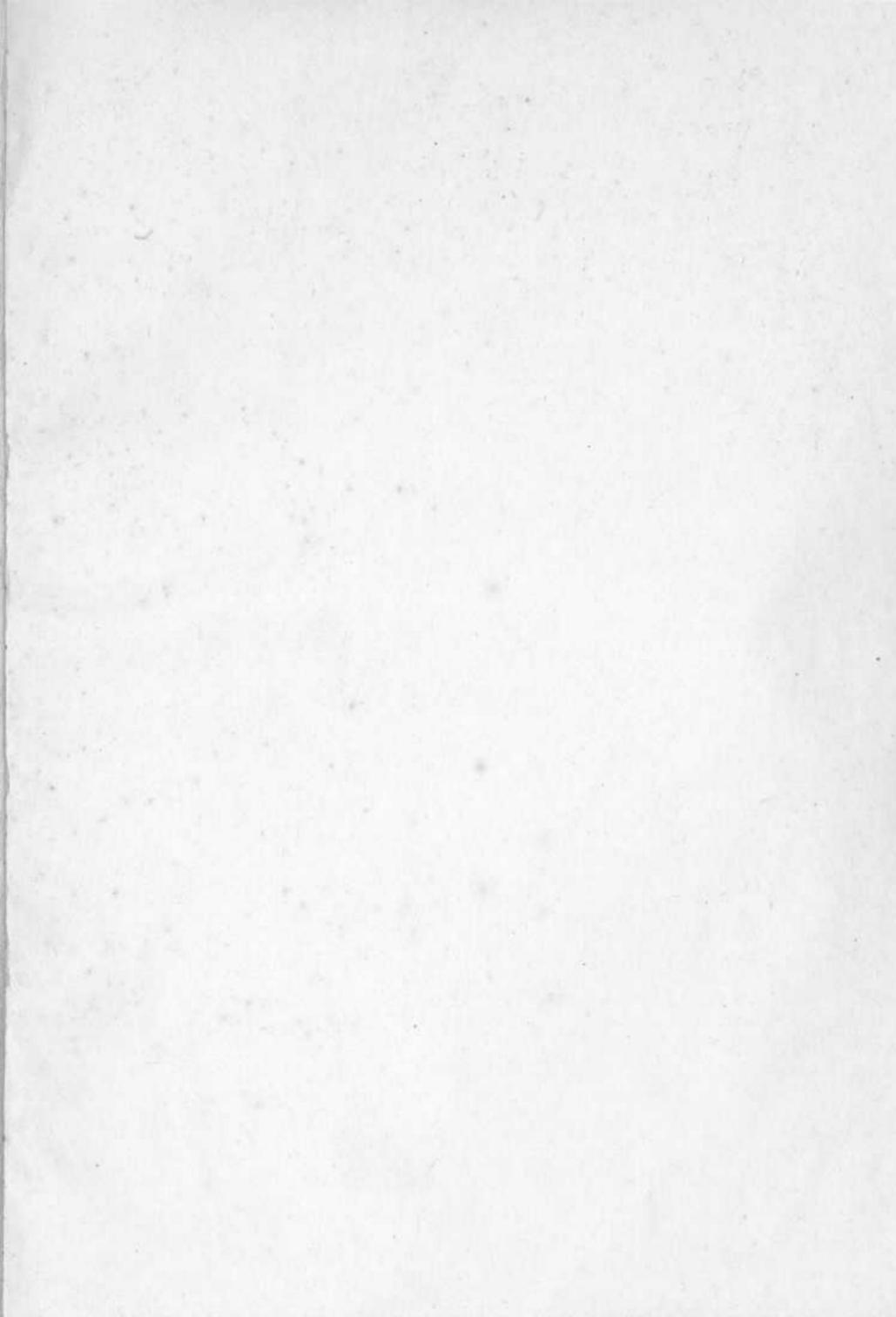


INES
da en
veros
LXX



RDO. P. TEODOSIO DE SANTA INES
C. D.

Una Boda
en
Fontiveros

LEYENDA DE
COSTUMBRES

UNA BODA EN FONTIVEROS

UNA BODA EN FONTIVEROS

(LEYENDA DE COSTUMBRES)

ORIGINAL DEL

R. P. TEODOSIO DE SANTA INÉS

C. D.

LA HABANA
IMPRESA EL SIGLO XX
A. MUÑOZ Y HNO.
REP. DEL BRASIL 27

UNA BODA EN
FONTIVEROS

PROHIBIDA LA REPRODUCCION. EL
AUTOR SE RESERVA EL DERECHO DE
PROPIEDAD.

Examinado el folleto "Una boda en Fontiveros", vemos que no hay nada en él opuesto a la fe y buenas costumbres, antes puede contribuir eficazmente a moralizar el pueblo.

Habana, 27 de Diciembre de 1929.

Fr. Conrado de S. José, C. D.

Licentia Ordinis
Imprimi potest
Fr. Casimirus a S. Familia
Vic. Prov.

Habana, Diciembre 27-29.
Imprimi potest.

† Archiepiscopus Habanensis †



I

DESCRIPCION DE LA VILLA

La Reina de la Moraña.—Fons Tiberii.—Ilustre por sus hijos.

HAY en el partido judicial de Arévalo, provincia y obispado de Avila, nobilísima ciudad de Castilla la Vieja, región que fué siempre como el cerebro y el corazón de la nación española, una villa, cuyo nombre es Fontiveros, o, como antiguamente decían nuestros mayores, Hontiveros; población, un tiempo de más de mil vecinos, hoy de pocos más de trescientos, y mil ciento cuarenta y cuatro habitantes, según el censo de 1920. ¡Tanto puede y asueña el curso de la edad!...

Está fundada entre Avila, Arévalo, Medina del Campo y Peñaranda, ciñéndola de cerca, a manera de perlas engastadas en su riquísima corona de reina de la Moraña, multitud de pintorescos pueblecillos, de los cuales, en gracia de la brevedad, sólo nombraremos a Collado de Contreras, Costanzana, Jaraíces, Fuente el Sáuz, Cantiveros, Cisla, Villamayor, Muñosancho, Rivilla de Barajas, Pascualgrande y Crespos, que es la estación más próxima en el ferrocarril de Avila a Salamanca.

Situada en una gran llanura, fresca y amena, regada en toda su extensión por el manso y apacible río Zapardiel y por muchos manantiales que la fertilizan y hermosean, críase en sus feraces campos variedad y abundancia de todo género de frutos, hortalizas y cereales, que suele dar la tierra, ya espontáneamente, ya mediante el cultivo de los sufridos e inteligentes labradores fontiveroños.

* * *

Su fundación es tan antigua, que ha dado lugar a sus naturales a imaginar que tuvo principio ellá entre los romanos o en otros tiempos muy lejos de los nuestros. Y como el origen de cualquier nobleza, cuya noticia sepultó el olvido, se procura buscar en principios casi fabulosos, así esta noble Villa, inquiriendo su verdadero y propio origen, le pretende y busca en sucesos raros y antiquísimos.

Dicen, y es tradición constante suya, que viniendo el emperador Tiberio a España, y pasando por este sitio, le pareció a propósito para fundar en él un pueblo, así por la amenidad de la campiña, como por las aguas que en su terreno halló muy buenas, y, en especial, la de una fuente que, por haber él bebido de ella y loádola mucho, se llamó de allí adelante Fons Tiberii, la Fuente de Tiberio; de donde también el pueblo que allí mando fundar, tomó el mismo nombre, el cual después, algo corrompido con el tiempo, vino a quedar en el de Fontiveros. Confirman esta denominación y memoria con la de otro lugar vecino a este, llamado Cantiveros, que dicen ser lo mismo que Canes Tiberii, esto es, Perros de Tiberio; porque allí se criaban los de este emperador para el entretenimiento de la caza.

Difícil es averiguar ahora que Tiberio viniese a España y en alguna ocasión pasase por aquella tierra; pero no lo es creer se edificase en honor suyo esta Villa, como otras muchas, en veneración de algunos Césares, cuyos nom-

bres aún conservan. Yo cumplo con referir aquí la constante tradición de aquel pueblo, que tanto afecta a su inmemorial antigüedad.

* * *

Más cierta y digna excelencia, que la antigüedad de esta Villa, es la que le viene de sus hijos, en los cuales se reconoce una como nativa limpieza de sangre y bondad de costumbres. Por donde tienen seguro el decoro de su linaje los que para colegios, colocaciones y puestos honrosos que piden sangre limpia y noble, prueban su descendencia de esta Villa, como lo hacen muchas personas y casas ilustres que de partes muy remotas van a legitimar en ella su nobleza y calificar sus apellidos.

A esto se añade el copioso número de varones insignes que ha producido este pequeño lugar en todos estados, entre los cuales algunos han sido obispos, prebendados y religiosos; otros colegiales mayores, catedráticos o consejeros; y otros, finalmente, gobernadores, capitanes y ministros que por varios caminos merecieron puestos muy grandes, de todos los cuales se pudiera hacer una muy larga y digna historia. (1)

II

EL ANOCHECER DE UN PUEBLO AGRICOLA Y GANADERO

La vuelta a los hogares.—Animación en las calles.—Preparativos culinarios.—Sorprendente uniformidad.—La Juana y la Paca.—Tía Ramona, en jarras.

Media hora hacía ya que el sol se había ocultado detrás de los montes de Cisla. La tarde tocaba a su fin: una tarde de la segunda quincena de octubre de 1576.

Fontiveros, así en sus inmediateces, como en su inte-

(1) Esta descripción está tomada casi en su totalidad del cap. I, pág. 6 y sig. de la historia del V. P. Fr. Juan de la Cruz, escrita por el P. Fr. Jerónimo de S. José, C. D.

UNA BODA EN FONTIVEROS

rior, presentaba el aspecto peculiar que suelen ofrecer durante los anocheceres los pueblos esencialmente agrícolas y ganaderos.

Por las diferentes vías de comunicación de la villa castellana aflúan a ella muchísimas personas y ganados.

Media docena de carros de mulas, en viaje de regreso del mercado de Arévalo, se acercaban rápidamente por la parte de Jaraíces.

Multitud de labradores, amos y criados, ocupados en las faenas de la sementera, que se encontraba en todo su apogeo, iban entrando por los caminos de Rivilla de Barajas y de Cardillejo, donde correspondía la hoja aquel año.

Algunos pastores, ayudándose de los fieles e inteligentes mastines, cerraban en los corralones de las casas o en lo apriscos de los campos, rodeados de teleras y de zarzos, las piaras de ovejas y de cabras; en tanto que otros, más perezosos y rezagados, conducían lentamente sus ganados, tarareando alguna añeja canción o arrancando dulces y melancólicas notas a sus instrumentos pastoriles.

De las riberas del Zapardiel, cuyos jugosos pastos había devorado durante el día, subía, inquieto y retozón, el ganado de huelga, caballar y bovino, dando fuertes relinchos y mugidos que se percibían distintamente desde el pueblo.

Muy próximo ya a este el porquero, a duras penas podía contener a los glotones animales de cerda, los cuales, no bien hubieron embocado la primera calle y se vieron libres de las terribles amenazas del restallante látigo, se lanzaron a todo correr, desperdigándose en un instante para buscar cada cual su hedionda zahurda y su pienso.

* * *

Las plazas y las calles, casi solitarias durante el día, se encontraban concurridísimas.

UNA BODA EN FONTIVEROS

Los niños, acabada su tarea escolar vespertina, jugaban al aire libre, o comían con avidez sus meriendas, consistentes en pan y uvas o en torta pringada con manteca o con arropé.

Los ancianos que habían salido en las primeras horas de la tarde a tomar el tibio sol otoñal, regresaban paso a paso a sus hogares para cobijarse y pasar la velada al amor de la lumbre.

Recios y fornidos gañanes, montando gallardamente briósas parejas de mulas, las conducían a los abrevadores, a los que iban también llegando las pesadas yuntas de bueyes, estimulados por las agujadas de los boyeros.

Grupos de pastores y zagales, sosteniendo en sus brazos los corderillos tempranos recién nacidos y las ánforas de leche acabada de ordeñar, cruzaban en todas direcciones.

Las doncellas iban a la fuente o volvían de ella, llevando sobre la cabeza o apoyados en la cadera los rezumantes cántaros de barro.



Dentro de las casas se desarrollaba febril actividad.

Unos ataban las bestias a la pesebrera. Otros traían de los pajares sendos cestos de heno y de paja. Estos molían las algarrobas en pequeños molinos de mano. Aquellos cuidaban de los cerdos metidos en cebo. Quines herraban los animales de andadura. Quienes esquilaban los escuálidos rucios. Quienes remendaban las albardas o recosían los aparejos, o reparaban tal cual pieza de la vetusta carreta, o encalaban las simientes, o ponían rejas nuevas a los arados.

Las mujeres activaban la lumbre, colocando sobre los morillos gruesos troncos de encina del monte de Castro-nuevo.

Y se freían largas tajadas de longaniza, se calentaba el

UNA BODA EN FONTIVEROS

lomo, sacado de entre la manteca, se hacían las tortillas, se derretía el tocino, se asaba la carne, se guisaba el abadejo, se sazónaba el cocido, se cortaba el jamón, se aderezaba el pollico, se estofaba el conejo, se tendían los manteles y se llenaban los jarros de espumoso vino.

* * *

Claro es que todas esas ocupaciones, que todos esos quehaceres, que todos esos trabajos de dentro y de fuera de casa iban precedidos, acompañados y seguidos de largas y animadas conversaciones.

Por cierto que aquel día ;cosa rarísima! no se hablaba ni de la oveja que se extravió, ni de la cabra que abortó, ni de la yegua que parió, ni del buey que encojó, ni de la mula que murió, ni del asno que reventó de un hartazgo de cebada ; ni de la tierra que se compró, ni de la lana que se vendió ; ni del bajo precio de los granos, ni del encarecimiento de las subsistencias, ni de lo exorbitante de las contribuciones ; ni del tempero de la tierra, ni de la marcha de la sementera, ni del buen nacimiento de los sembrados tempranos ; ni de lo excelente del tiempo, ni de lo tranquilo de la atmósfera, ni de lo espléndido del día ; ni del ama que reniega, ni del amo que no paga, ni del criado que se tumba, ni de la sirvienta que sisa, ni de la niñera que se come la carne de la olla...

¡Cosa apenas vista! repito: aquel anochecer se notaba una sorprendente uniformidad en las conversaciones. Todos contaban, todos repetían, todos comentaban lo mismo.

¿Qué asunto, qué tema, qué noticia tan interesante era aquella, que así había logrado unificar las, de ordinario, tan diversas y aun insulsas charlas de aquellos humildes y honrados labriegos?

* * *

Bien pronto se enteraron de lo que se trataba Dn. Cosme, el cirujano-sangrador, y Dn. Largo, el escribano, al regresar de su ordinario paseo por el camino de Cantiveros; pues, habiendo tomado asiento en el portal de la casa de aquél, con el fin de descansar un poco, pudieron oír con toda distinción el animado diálogo que en aquel momento comenzaban la Juana y la Paca, dos mozas casaderas, quienes, habiéndose cruzado en aquel preciso punto de la calle cuando conducían, la primera, un cesto de pan, acabado de sacar del horno, y la segunda, una alcuza de aceite y un capacho con provisiones para la cena, se pararon en medio del arroyo, no pudiendo resistir la fuerte tentación que acuciaba a entrambas a dar suelta a la pobrecilla prisionera, encerrada siempre entre las cuatro paredes de la boca.

—Buenas tardes, chica,—dijo la Paca.

—Buenas nos las dé Dios,—contestó la Juana. Y añadió, mientras dejaba el cesto en el suelo: —¿Quieres probar el pan reciente?

—No; gracias. Luego no cenaría.

—Bien: ¿y qué me cuentas?

—¿Qué te he de contar, si, aparte de la gran noticia del día, no ha ocurrido nada interesante?

—¿Y cuál es la noticia del día?,—preguntó intrigada la Juana.

—¿No sabes?—replicó la Paca con viveza.

—Ni palabra, hijita.

—Vamos, no bromees.

—Hablo en serio, Paca.

—Pero, ¡si está todo el pueblo lleno! ¡si no se habla de otra cosa! ¡si lo saben hasta los gatos!...

—¿Y qué es ello? Dilo pronto; habla, explícate.

—Que se casan los toledanos.

—¡Noticia fresca! También se casan los abulenses, y

UNA BODA EN FONTIVEROS

los salmantinos y los valencianos, y, hasta los de Cebolla y Villamayor.

—Los toledanos de...

—De Burgos ¿verdad? ¡tiene gracia!

—De Fontiveros, hija, de Fontiveros.

—¿Gonzalo y Catalina?

—Sí, hija, sí. El domingo es la primera amonestación.

—¡Feliz pareja! ¡Qué buen matrimonio van a hacer!

* * *

En aquel momento se oyó la voz de tía Ramona que, puesta en jarras, gritaba desde el medio de la calle con todos sus pulmones:

—¡Eh!... ¡Eh!... ¡Paca, hija mía y del bragazas de tu padre que me está escuchando!... ¿se puede saber a qué hora vas a llegar a casa? ¡Eso es, ahí tan tranquila, y la cena sin hacer! ¡Si voy allá te hago venir más que a paso!...

—Que tengas buena noche,—dijo la Paca a su amiga.

—Adiós, querida,—respondió la Juana.

Y, taconeando fuertemente, se dirigieron a su respectivo domicilio.

III

LOS NOVIOS

Interés que despierta siempre una boda.—El galán de Catalina Alvarez.—La prometida de Gonzalo de Yepes.

En los pueblos de escaso vecindario, y aun en los de notable población, una boda es siempre un episodio interesante que se destaca sobre el fondo, generalmente gris, de la vida lugareña: episodio que adquiere máximo relieve, llegando a constituir un suceso de primer orden, capaz de ocupar la atención y de suministrar materia du-

rante mucho tiempo a las conversaciones de todos, viejos y viejas, chicos y chicas, mozos y mozas, cuando en los novios se reúnen ciertas circunstancias especiales.

Y, como esos peculiares accidentes concurrían en los toledanos de Fontiveros, según los había llamado la Paca, es fácil explicarse aquella animación y uniformidad en las conversaciones de los fontiverreños durante aquel atardecer del mes de octubre, en que tía Charlares, la mujer más chismosa y husmeadora de la Villa, echó a volar la especie de la boda de Gonzalo y Catalina, como cosa tan próxima, que el día de los santos apóstoles S. Simón y S. Judas, en que ocurría la dominica vigésima segunda después de Pentecostés, se leería en la iglesia parroquial la primera amonestación.

* * *

“Gonzalo (1) descendía de la familia de los Yepes, que tomaron este apellido de la villa que hoy le tiene por nombre, cuyo origen y etimología deducen algunos de Joppe, fundación de fenicios o de hebreos; y otros de Hippo, lugar antiguamente en los confines de Toledo, donde ahora también está el que llamamos Yepes”.

“Era la familia de los Yepes muy ilustre por los esclarecidos varones que a la misma habían pertenecido, entre los cuales el más antiguo, de quien da noticia la historia, fué el noble caballero Dn. Francisco de Yepes, hombre de armas del rey D. Juan II por los años de 1408. Este tuvo por hijo a Pedro García de Yepes, de quien lo fueron el bachiller Yepes, inquisidor en Toledo en tiempo de las Comunidades; Alonso de Yepes que tuvo otro hijo del mismo nombre, el cual fué padre del ilustrísimo y muy venerable varón fray Diego de Yepes, de la Orden de S. Jerónimo, obispo de Tarazona y confesor del rey D. Felipe II

(1) P. Fr. Jerónimo de S. José. Historia del V. P. Fr. Juan de la Cruz, cap. II, pág. 10 y sig.

y de mi santa Madre Teresa de Jesús; y el tercer hijo fué Gonzalo de Yepes, del cual nació otro segundo Gonzalo y de este un tercero que es el que nos ocupa”.

“Estos fueron sus ascendientes más ilustres, a los que hay que añadir por otras ramas de la misma familia otros parientes muy principales y ricos, seglares y eclesiásticos, especialmente en la ciudad de Toledo. Los más conocidos y cercanos fueron Alonso Martínez de Yepes, primer capellán mayor de la Capilla de los Mozárabes, el licenciado Francisco Fernández de Yepes, arcipreste y canónigo, y Pedro Robles de Yepes y Sebastián Soto de Yepes, canónigos también de la misma santa iglesia toledana, testimonios todos muy acreditados de la limpieza y noble sangre de nuestro Gonzalo”.

“Muerto su padre en su patria Yepes, le llevó uno de sus tíos seglares a Toledo, donde le criaba ocupado en la administración de su hacienda que era en trato grueso de sedas, granjería, de que no se desdeñaba la gente muy honrada de aquella ciudad, y mucho menos en aquel tiempo que florecía allí este trato, como también toda virtuosa y honesta ocupación, con que se desterraba el ocio y la pobreza. Con esta ocasión se le ofrecía a Gonzalo la de ir algunas veces a Medina del Campo, por correspondencia que tenía su tío en aquella villa, rica entonces y abundante con sus cambios, de que ahora carece. Y, habiendo de pasar por Hontiveros que era camino para Medina, posaba en casa de una honesta viuda, natural de Toledo, la cual había fijado su residencia en la villa de la Moraña, para entender en algunas cobranzas de su hacienda. Allí conoció a Catalina Alvarez”.

* * *

“Fué esta hija de honestos y virtuosos padres, aunque pobres, con que suplieron la gracia y naturaleza lo que les negó, como a los tales suele, la fortuna.

“El apellido Alvarez muy conocido y estimado es y abraza innumerables familias nobilísimas. ¿Quién sabe si el padre de esta virtuosa doncella fué rama, bien que olvidada, de alguna de las más nobles? La pobreza deslustra y encubre muchos ilustres orígenes; y tal vez el más pobre oficial pudiera deducir su descendencia de la casa más calificada. Todo lo altera, confunde y trastrueca la inconstancia del tiempo, y aquella sola nobleza da esplendor eterno al sujeto, que se funda en la virtud de cada uno.”

Siendo todavía niña Catalina, pagaron el común tributo a la muerte sus padres, quedando, en consecuencia, la infeliz, huérfana, pobre y sin amparo. Fué entonces cuando la conoció la viuda de referencia, y apiadada de su triste orfandad, la acogió en su casa para criarla como a hija y, cuando le fué preciso trasladar su domicilio a Fontiveros, llevóla también consigo.

Pocos meses después de su llegada, ya se había hecho dueña Catalina del aprecio y de la estimación de todos.

¿Cuáles fueron las causas de tan rápida y universal conquista? Desde luego su espléndida hermosura, su radiosa juventud y las innumerables gracias y encantos que en ella había acumulado con verdadera prodigalidad la naturaleza, inspiraban viva simpatía. Pero lo que más contribuyó al triunfo de la pobrecita huérfana de Toledo fué la bondad extraordinaria, la exquisita belleza moral, el atractivo irresistible de su alma, adornada con el manto riquísimo de todas las virtudes, teológicas y morales.

Fe viva, esperanza firme, caridad ardiente, prudencia en las acciones, fortaleza en el servicio de Dios, templanza en los gustos, modestia en el vestir, compostura en los modales, gravedad en el continente, recato en el mirar, sencillez en el trato, afabilidad para todos, obediencia pronta, piedad sincera, devoción ferviente, pureza más que angélica, he aquí las galas y las joyas que hermoseau el co-

razón de Catalina, levantándola sobre el común de las mujeres a un grado tal de superioridad, de excelsitud, de verdadera aristocracia espiritual, que los hombres, aun los más libertinos y licenciosos, de los cuales nunca suelen faltar algunos en los pueblos, la respetaban y se contenían en su presencia, las doncellas la envidiaban y emulaban con empeño, las madres la proponían a sus hijas por modelo, las familias la tenían por uno de sus miembros, el pueblo la había adoptado por hija predilecta y todos la querían y la consideraban y se miraban en ella, como en cosa propia, cual si las mansas aguas del Zapardiel hubiesen arrullado sus sueños infantiles y las brisas morañegas oreado sus lágrimas de cuna.

IV

LOS MOZOS RONDAN A CATALINA

Tienes brío de extremeña.—Duelo lírico o el estudiante de derecho y el sargento veterano.—¡Agua va! o maravilloso invento de una maritornes contra los ardores bélicos.—La ronda del señor Alcalde.—Los abejorros levantan el vuelo.—Bellas cualidades de Gonzalo.

¡Qué bien expresaban el general afecto que se profesaba a Catalina, los mozos de Fontiveros en las sencillas composiciones poéticas que solían cantar a la ventana de la huérfana durante la ronda!

Tienes brío de extremeña,
Belleza de toledana,
¡Alma de fontivereña!
¡Corazón de la... Moraña!

Dicen que no tienes padres;
Pero eso no es verdad.
¡Si eres hija muy querida
De toda esta vecindad!

* * *

Con frecuencia eran trovadores aislados los que dirigían a la linda y virtuosa doncella tiernos madrigales o melancólicas endechas, expresando, ya el amartelamiento de sus cuitados corazones, ya la ingratitud de la esquivada dama.

Tal sucedió cierta fría y lluviosa noche del mes de Navidad. La ronda general de mozos, después de haber obsequiado con varios villancicos a la toledana, se alejaba, recorriendo las demás calles del pueblo. Todavía se oía, medio apagado por la distancia, el ruido de los almireces y zambombas, cuando, después de magistral preludeo, hendió los aires una hermosa voz de tenor, límpida y llena, que decía, acompañándose de la arpa:

¡ Por Dios te lo pido, hermana!
¡ Por Dios y Santa María!
¡ Que me des una limosna,
Que Dios te lo pague! (1)

El que así había cantado era hijo de un ricacho de Fontiveros, y estudiante de Derecho en la Universidad de Salamanca; tan inepto para el estudio como hábil para la música, tan enemigo de las aulas como amigo de jaranas y diversiones, tan torcido en sus gustos e inclinaciones como recto en lanzarse a fondo, cuando de amoríos se trataba, tan lento en acabar la carrera como pronto en enamorarse de la primera que encontraba.

Terminada la estrofa, se arropó con su larga capa de paño segoviano y fué a guarecerse de la lluvia debajo del balcón de la casa que estaba enfrente de la habitada por la viuda, en cuya compañía vivía Catalina. Allí esperó unos momentos, convencido de que muy pronto tendría la dicha

(1) Esta estrofa y las cuatro siguientes están tomadas de *Colección de Escritores Castellanos*, tomo XI, Madrid, 1909. La prosa que va entre ellas es original del autor de esta leyenda.

U N A B O D A E N F O N T I V E R O S

de escuchar la voz dulcísima de la joven o, por lo menos, algún amoroso suspiro de su corazón llagado. Pero lo que oyó fué el monótono rasguear de un guitarrillo, roto y destemplado, y, poco después, la voz cascada y aguardentosa de cierto sargento veterano, provisto de unos bigotes enormes y de un pulmón más enorme todavía, el cual, tocando y cantando, se acercaba a paso de carga, resuelto a obligar al estudiante a levantar el cerco, para quedarse él por único dueño del campo.

Si por querer a un paisano,
Olvidas a un militar,
Hazte cuenta que has cambiado
Oro fino por metal.

Calló y escuchó. Durante unos minutos atronaron el espacio ladridos de perros, quiquiriquíes de gallos y rebuznos de jumentos, despertados antes de tiempo por el tremendo vozarrón del sargento.

En cuanto a Catalina, ajena por completo a lo que sucedía en la calle y libre su inocente corazón de toda preocupación amorosa, dormía tranquilamente, soñando cómo había de adornar para las próximas fiestas de la Pascua el altar de la Virgen Santísima del Carmen, de la cual era camarera.

El abogado en ciernes, sin acobardarse, cantó de nuevo:

¡Qué bonito está un soldado
En la puerta del cuartel,
Con corbatín estirado
Y sin tener que comer!

El veterano de las guerras moriscas volvió, a su vez, a sonar el guitarrillo y gritó con todas sus fuerzas:

U N A B O D A E N F O N T I V E R O S

Si el garbo de tu persona
Se ganara peleando,
Viéras un hombre en la guerra
Con una espada en la mano.

Y añadió, aludiendo a que el estudiante era hijo de labradores:

El cielo nos dé paciencia
Con estos hombres de campo,
Que son estripa-terrones,
Sepulturas de gazpacho.

El hijo del ricachón, vivamente herido en su amor propio, hizo vibrar fuertemente las cuerdas de la arpa y cantó con voz más recia y agresiva:

En un cuerno de la luna
He puesto a mi corazón,
Para que no se lo lleve
Un sargento que es ladrón.

¡Voto a Bríos! bramó el sargento, cual toro fogueado. ¡Tú a mí insultarme de esa manera! ¡Tú, que eres un conejo de Indias, un gallina, un cobarde!... ¡A mí que me he visto en cien combates! ¡A mí, a quien teme el mismísimo pavor!... ¡A mí que he matado más morazos, que habitantes tiene Fontiveros!... ¡Ahora verás lo que es bueno, imbécil!... Y, rechinando los dientes, se dirigió donde estaba el estudiante. Este avanzó un poco hacia el centro de la calle y se puso en guardia.

* * *

Bien pronto se encontraron frente a frente los dos furiosos adversarios. Cruzaron torvas y siniestras miradas; se dirigieron groseros y punzantes insultos; dieron fuertes

patadas contra el suelo en señal de coraje; y, cuando, blandiendo rápidamente en el aire, el uno la arpa, y el otro el guitarrillo, a manera de hercúleas clavos, estaban para descargar aplastante golpe sobre la cabeza del contrario, ¡he aquí que una maritornes, malhumorada, porque no la habían dejado dormir los trasnochadores murguistas, o resentida, porque todos los piropos y canciones habían sido para la toledana, y no para ella, abrió con cautela la puerta del balcón, a cuyo abrigo se acogiera el émulo de David, y, asomando por encima del antepecho, primero, su fea caraza y, después, sus hombrunos brazos, ¡¡zás!! ¡¡zás!! arrojó en un satiamén dos cubos de agua fría sobre los enardecidos enemigos, diciendo al mismo tiempo: tomad, reíndinos, a ver si con esto se apagan vuestros fuegos amorosos!...

¡¡Cielos!! ¡¡Cielos!!... ¡Cual quedaron los infelices!... ¡Con los vestidos empapados en el líquido pringoso de los dornajos de fregar! ¡Con el pelo y los bigotes lacios y mustios, adheridos a la cabeza y a la cara, como las plumas de los pollos, recién salidos del cascarón o como la lana de los corderillos que acaban de nacer! ¡Con la camisa y los calzoncillos pegaditos a la carne!... ¡Con los sonoros instrumentos chorreando agua por todas partes!... ¡Con los ojos desorbitados, y las facciones del rostro desencajadas, y la boca contraída, y la lengua paralizada, y las manos crispadas por el espanto!...

* * *

Para colmo de males, se oyó en aquel momento un estentóreo ¡alto!... ¡alto!... ¡Dénse presos! ¡Manos atrás! ¡No tarden, ni se defiendan, ni resistan, ni huyan, ni se muevan, ni chisten, ni tosan, ni respiren!... Que, si no ¡voto a tal! se les declarará rebeldes a mi real, absoluta y soberana autoridad de alcalde mayor y único de esta villa y de su término.

Era, efectivamente, el señor alcalde, quien, precedido de una barriga disforme y seguido de un alguacil chiquito, hacía la ronda, para prevenir o castigar los desórdenes de la gente juerguista y maleante.

Los pobres se entregaron a discreción y, tiritando de frío, se encaminaron con paso vacilante en dirección a los calabozos municipales, no sin haber dirigido antes el estudiante una lánguida mirada a la ventana de Catalina y exclamado con feble y compungida voz:

Pulcherrima puella,
Si vis amare,
Ego promitto tibi
Pecuniam dare. (1)

* * *

Este lance tan chusco, tan cómico, divulgado durante la mañana del siguiente día en todo Fontiveros y por la tarde, en todos los pueblos circunvecinos, y profusamente comentado por las mordaces lenguas lugareñas, añadiéndole apretados puños de sal y pimienta, ahuyentó a la mayor parte de los abejorros que, formando enjambre, revoloteaban día y noche cerca de la casa de la honesta viuda toledana, zumbando constantemente, con el fin de que pudiera Catalina advertir su presencia. Los restantes desaparecieron al comenzar el noviazgo de ésta con el hijo de los Yepes.

* * *

También había correspondido a Gonzalo una buena porción en el reparto de bienes de naturaleza y gracia, que hace a todos los hombres liberal y amorosamente el gran Padre de familias. También tenía un cuerpo varonilmente hermoso, fornido y bien proporcionado. También habían hecho nido en su corazón las más bellas virtudes cristianas.

(1) ¡Oh joven hermosísima, yo te llenaré de riquezas, si te dignas otorgarme tu amor!

También era su carácter, tierno y afectuoso y su trato, llano y sencillo.

Por todo esto era muy estimado en la vieja villa romana. Pero, especialmente, se le quería porque él, a su vez, amaba a la hija adoptiva del pueblo, a la pobre y desvalida huerfanita: y la amaba con un amor como de hermano, puro y santo; y tan grande, tan fuerte, tan constante, tan desinteresado, tan superior a los innobles y bajos motivos que arrastran a otros en sus amores, que previendo que su tío y demás parientes no habían de aprobar una boda tan desigual, prefirió no darles cuenta de sus proyectos, ante el justificado temor de verse obligado a desobedecerles, cosa que era opuesta a su índole dócil y obsequiosa, o a renunciar a la mano de Catalina, lo cual repugnaba a los sentimientos de su alma, aficionada, adherida, pegada a la de aquella hasta el extremo de estar resuelto, si fuera necesario para llegar al matrimonio, a hacer una total, absoluta y perpetua renuncia de todo: de comodidades y regalos, títulos y honores, herencias y riquezas, patria y parientes.

Después de lo dicho es fácil explicarse el vivo y general interés, con que se fueron siguiendo en el pueblo todos los trámites, todas las diligencias, todos los preparativos de la boda.

V

EN LA SOLANA DE TÍA COLORES

Tía Colores, doña Desmayos y la Misela.—Dichas y tía Felician.—Interesante diálogo.—Gonzalo, de ejercicios, y Catalina, domiciliada en la iglesia.

Tía Colores, así apodada desde los tiempos ya bien lejanos de su juventud por el encendido carmín de sus mejillas que, si bien bastante amortiguado, aun persistía, a pesar de

sus sesenta y tres años, tan luego como hubo dado fin a los quehaceres domésticos de la mañana, salió a la puerta de la calle, provista de un varal y de dos viejos cobertores; y, apoyando aquel, por un extremo en la pared y por el otro, en el piso de la calle, colgó de él las mantas, preparando así una Solana confortable que le permitiese tomar el sol y la defendiera de los afilados cuchillos que el helado cierzo arroja implacable durante ocho meses contra los pueblos de las indefensas llanuras castellanas.

En cuanto hubo colocado el sencillo resguardo, entró en casa, atizó la lumbre de paja de algarrobas, haciendo un buen rescoldo, donde puso la olla de la comida, y, requiriendo el canastillo de la labor y un rústico tajo de encina, volvió a salir a la calle, seguida esta vez de Da. Desmayos, raro ejemplar de la raza gatuna, tan cobarde y asustadiza, que la simple vista del más inofensivo ratoncillo le producía furiosos ataques de nervios que amenazaban seriamente su vida.

Misela, la última hija de Da. Desmayos, enclenque y pusilánime, como su madre, corrió también a la calle en busca de las caricias del sol otoñal.

* * *

Cuando llegó a la Solana tía Colores, ya estaba allí una de las vecinas de al lado, de la misma edad que aquella poco más o menos.

—Buenos días, Feliciano, dijo la dueña del cobijo, al llegar.

—Buenos nos los dé siempre el Señor, como ahora nos los dá—contestó tía Feliciano.

—En verdad que el otoño se está portando bien.

—Tan bien que, si no fuera por este pícaro airecillo que nos mandan los de Cantiveros, y por esos remolinos de

hojas que se ven en el suelo, parecería que estábamos en Mayo.

—Dices verdad. ¡Bendito sea el Señor!

—¡Sea por siempre bendito y alabado!

Las dos ancianas tomaron asiento y empezaron su labor. Tía Feliciano hace calceta y tía Colores remienda por quincuagésima vez unos calzones de su marido.

Entre tanto Misela juguetea con el ovillo de lana, empujándole de uno a otro lado con las manos, y Da. Desmayos ha saltado al canastillo y, después de realizar una concienzuda inspección para cerciorarse de que no se oculta ningún roedor entre los muchos trapos que aquel contiene, se ha tumbado tranquilamente y ha comenzado ese peculiar ronroneo, precursor del sueño de los gatos.

* * *

Las laboriosas mujeres, embebecidas en su trabajo que procuran santificar, recitando entre dientes tal cual avemaría o jaculatoria, han guardado silencio durante un breve rato; silencio que rompió tía Feliciano, diciendo:

—Oye, Dorotea: (este era el nombre de pila de tía Colores)—¿a qué no aciertas lo que estaba pensando?

—Nadie, sino Dios, puede conocer el pensamiento humano. Pero esta vez he adivinado el tuyo: pensabas en lo mismo que yo,—contestó tía Colores.

—¿Y en qué pensabas tú?

—En la boda de Catalina.

—¡Jesús! Pues sí que es verdad que pensaba yo también en la boda.

—Como estarán pensando en ella los mil y pico habitantes del pueblo.

—Es que esa criatura nos ha sorbido el seso a todos. ¿No te parece, Dorotea? ¡Cuidado con lo que la quiere una! Creo que ni a mis hijos he amado tanto.

—Igual me sucede a mí y a cuántos la conocen. ¡Es tan sencilla, tan modesta, tan compuestita, tan trabajadora, tan hermosa, tan resalada, tan cariñosa, tan santa!... Así sería la Madre de Dios, cuando andaba por el mundo ¿verdad?

—Mujer, no exageres. La Virgen fué más santa que todos los santos juntos. Por eso se la llama María Santísima y Reina de todos los santos,—rectificó tía Feliciano.

—La Señora me perdona, si he pecado, aunque no ha sido mi ánimo ofenderla,—exclamó dolorida tía Colores. Y añadió:—El domingo último se leyó la tercera amonestación.

—¡Si creerás que no fuí a Misa! Eso no lo hacen más que los judíos y esos pícaros herejes, que han salido ahora en Alemania.

—El sábado próximo, víspera de San Martín bendito, se celebrará la boda, Dios mediante.

—Eso sí que no lo sabía, Dorotea.

—Como tampoco sabrás que anoche estuvo Catalina en la casa de curato examinándose de doctrina cristiana. Me lo han contado Teodora, la hija de tío Costales, y Lucía, la de Dn. Próspero, el boticario, que fueron acompañándola. Por cierto que Dn. Antonio le preguntó lo más difícil: los artículos, el misterio de la Encarnación, los infiernos, las obras de misericordia, las bienaventuranzas y los Sacramentos de Penitencia, Comunión y Matrimonio de cabo a rabo.

—Y ¿qué? ¿Dióle calabazas?

—Dicen la Lucía y la Teodora que respondió a todo con tanto aplomo y acierto, que al bendito párroco se le caía la baba y lloraba de alegría.

—Yo creo que sería también de tristeza.

—¿Por qué había de llorar de tristeza?—replicó sorprendida tía Colores.

—¡Toma! pues muy sencillo: porque con la boda de

Catalina pierde su mejor coadjutora. Catalina enseña el catecismo a las niñas y las prepara para la primera comunión; Catalina le avisa cuando hay algún enfermo de peligro; Catalina barre el templo todos los sábados; Catalina, costurera y planchadora de las ropas de la iglesia; Catalina, camarera mayor del Santísimo Sacramento; Catalina, presidenta de la cofradía de la Virgen Santísima del Carmen... ¡Y no quieres que lllore de tristeza el buenazo de Dn. Antonio?

—Tienes razón: de tristeza y de alegría,—asintió la dueña de la Solana, levantándose y entrando en casa para echar sal en el cocido y hacer el relleno.

* * *

—Hace mucho que no veo a Gonzalo—dijo tía Feliciano cuando tía Colores hubo regresado.

—Pero, hija, ¡qué atrasada andas de noticias!

—Como el reuma apenas me deja salir de casa...

—Gonzalo marchó a Medina el día después de San Simón y Judas a terminar algunos asuntos de su tío, el de Toledo, que tenía pendientes y, además... ¿a qué más dirás que ha ido?

—¡Toma! pues habrá ido a buscar vino para la boda.

—No, no ha ido a eso.

—A comprar algunas cosas para la casa.

—Que no, mujer, que no. Ha ido... ¡pásmate, Feliciano! ha ido a encerrarse en un convento.

—¡¡Zambomba!!...

—Por ocho días, que dedicará a ejercicios espirituales, como preparación para el matrimonio. Me consta que está con los frailes carmelitas.

—Pero Catalina...

—¡Calla, boba! Si ha sido de común acuerdo y por indicación de Dn. Antonio, quien, sin duda, se lo habrá acon-

sejado para evitar a sus queridos huerfanitos el peligro que suele amenazar a los novios los días próximos a la boda. Catalina apenas sale de la iglesia desde que empezaron a correrse las amonestaciones. Allí pasa horas y horas arrodillada ante el sagrario, pidiendo al Señor que les haga bien casados.

—Y sin duda que se lo concederá el buen Jesús,—dijo conmovida tía Feliciano,—porque “matrimonio y mortaja del cielo bajan”. ¡Oh, si todos, al tener que cambiar de estado, imitasen a esos dos ángeles!... ¡Si, como ellos, se casaran, no por interés, sino por amor; no por un amor carnal, a manera de las bestias, sino por un amor puro y santo; no por egoísmo, sino para gloria del Señor, de cuán distinta manera andarían las cosas! Mas ¡ay! en estos malhadados tiempos unos van al matrimonio, llevados más de la pasión que de la reflexión, sin pensar cuán importante es aquello de “antes que te cases, mira lo que haces”; otros, sin tener en cuenta para nada la virtud, se casan por el dinero, por los mayorazgos, por los títulos y honores mundanos, haciendo verdadero aquel refrán: “Casada, mucho te quiero, por el bien que de ti espero”. Y ¿qué sucede? Pues lo que con harta frecuencia ven nuestros ojos: que, confirmando la verdad de aquel otro adagio, “casado y arrepentido”, se fastidian los esposos el uno del otro a los cuatro días, convirtiendo así muchas bodas en lamentables y escandalosos bodorrios. ¡Oh Fontiveros!—terminó la buena anciana,—jamás agradecerás tanto como debes el buen ejemplo que te están dando esos virtuosos huérfanos, modelo ahora de jóvenes y de novios cristianos, como mañana lo serán ¿qué duda cabe? de desposados. ¡Benditos, benditos seais, hijos míos! Benditos de los hombres y benditos de Dios, el cual os ayude a llevar la cruz del matrimonio y os haga para siempre felices en su gloria.

VI

FORMIDABLE TREMOLINA

Ruido ensordecedor.—El trasto de Morito.—La pobre cautiva.—
Espantosa ruina.—Misela y su mamá salen de estampía.—Ago-
nia de Da. Desmayos.

Un ruido ensordecedor de perros que ladraban, de gallinas que cacareaban, de gatos que maullaban, y de mujeres y chiquillos que gritaban, impidió a tía Colores oír bien las últimas palabras de su vecina y amiga.

* * *

El causante de aquella formidable tremolina había sido el trasto de Morito, perro faldero de Da. Inés, profesora de primera enseñanza, el cual, como hubiese visto, mientras venía con su ama calle abajo, ocho o diez gallinas que picoteaban, alegres y confiadas, en un montoncillo de estiércol, se lanzó, sin previo aviso, contra ellas, acometiéndolas con tanta rapidez y violencia, que a los pocos segundos se había hecho dueño del campo, apoderándose de una, a la que había logrado asir por la cola, y poniendo en fuga a las demás.

* * *

Las mujeres que por allí vagaban, comenzaron a gritar, los perros, a ladrar y la chiquillería, a correr, tratando de quitar a Morito su presa. Todo fué inútil: y la pobre cautiva lo hubiera pasado muy mal, si, haciendo grandes y repetidos esfuerzos, no hubiese logrado escapar por sí misma, aunque ¡oh dolor! dejando llena la boca de Morito con las plumas de la cola.

* * *

UNA BODA EN FONTIVEROS

Las otras gallinas se apresuraron a ponerse en salvo, subiéndose a lo más alto del varal de la Solana, el cual, con lo demás del tinglado se vino al suelo con estrépito.

* * *

Misela y Da. Desmayos salieron de estampía, dando fuertes maullidos y volando, que no corriendo, para refugiarse dentro de la casa. Pero la última, con tan mala fortuna, que a los pocos pasos quedó detenida, por haberse enredado en unas madejas de torzal, que había llevado tras sí, al saltar del canastillo.

* * *

Allí fueron los apuros de la infeliz. Allí las torturas de su espíritu, temiendo verse acometida de un momento a otro por una legión de ratones. Allí el maullar lastimeramente, llamando a la Misela, para que viniese en su socorro. Allí, en fin, el tumbarse cuan larga era, abrir la boca, enseñar los dientes, estirar las patas, poner los ojos en blanco y caer en uno de los más prolongados desmayos de su vida.

VII

REGALOS DE BODA

Da. Inés y Joaquina Fernandez.—Joaquina, su madrina y tía Colores.—Las mismas y la novia de Gonzalo.

Mientras las dos ancianas reconstruían afanosamente el resguardo, pasó frente a ellas Da. Inés que, sofocada e hiposa, iba en busca de Morito, para imponerle un severo correctivo.

Joaquina Fernández que la acompañaba, se despidió y se acercó a la Solana, con intención de ayudar a aquellas en su tarea.

* * *

—¿De dónde vienes, hija?—la preguntaron al verla.

—Vengo de casa de Catalina, quiero decir, de la casa que habitará en cuanto se case.

—Y ¿a qué has ido tú allí, correcales?—inquirió tía Feliciania.

—¡Jesús! ¡correcales que me llama! Yo creo, madrina, que el haberme sacado de pila no le dá derecho a ponerme esos motes—exclamó Joaquina con aparente enfado.

—El ser madrina no sólo me autoriza para eso, sino para comerme a besos a este pimpollo que parece un serafín—replicó tía Feliciania, abrazando a la muchacha.—Pero, dinos pronto a qué has ido, querida—añadió la cariñosa madrina.

—Pues a llevar unas cosillas que le regala mi madre.

—¿Y qué has visto por allá? ¿Estaba Catalina? ¿Es bonita la casa? ¿Han terminado ya de blanquearla? Cuéntanos, cuéntanos, hija, que ya sabes lo mucho que nos interesan las cosas de aquella bendita.

—Catalina está en la iglesia, haciendo la visita al Santísimo. Sólo ví a la viuda de Toledo y a la Teodomira.

—*Todomira* debía llamarse. ¡Caray con la figona; en todo se ha de entrometer!—dijo tía Colores.

—Ya sabes que “no hay boda sin doña Toda”—confirmó su vecina.

—La casa—siguió diciendo la rapaza—aunque pequeña, tiene las piezas suficientes para poder vivir con comodidad: un portal cuadrado; a la derecha de éste, conforme se entra, una sala con su alcoba y a la izquierda, un cuartito sin alcoba, pero en el que puede colocarse muy a gusto una cama; luego una cocina muy mona con su fregadero y despensa; una cuadra, para dos caballerías, pajar y un corralito. Ahora, recién blanqueada y amueblada, parece una tacita de plata.

—¡Cuánto me alegro!—exclamó con entusiasmo tía Fe-

liciana.—Los pobrecitos huérfanos “no tenían casa ni hogar” y el pueblo se la está poniendo.

—Dicen que la casa se la ha cedido el señor alcalde a Catalina para todos los días de su vida. ¿Has oído tú algo, Joaquina?—preguntó tía Colores.

—Me lo ha manifestado la misma Catalina. Con que ya ve usted si será verdad.

—Pantaleón,—terció tía Feliciana—tendrá sus defectos, como hombre que es; será un poco fanfarrón y jactancioso; será bastante rudo en sus maneras y en su lenguaje; pero es buen cristiano y quiere mucho a la huérfana.

—Todo el pueblo está dando pruebas de quererla. No se pueden ustedes figurar los regalos que le hacen. Aquello parece una procesión—dijo con calor la pequeña, sin aguardar a que acabara su madrina. Y prosiguió con desparpajo:—Unos le llevan paja y leña para la lumbre; otros, patatas, alubias y garbanzos; otros, chorizos y tocino; otros, manteca y aceite; otros, trigo y cebada; otros, cucharas, tenedores, cuchillos, cazuelas, pucheros, cántaros, vasos, sartenes, sillas, taburetes, tajos, cuadros, sábanas, mantas y no sé cuántas cosas más. Tío José, el carpintero, le ha regalado dos vasares y la tarima para la cama. Tío Viruta, por no ser menos que su compañero de oficio, dos mesas y un baúl. Tío Machaca, el herrero, unas tenazas y un badil. Tío Manazas, el albañil, no ha cobrado nada por retejar la casa. Ni cobrarán nada tampoco tío Magras, el carnicero, por la carne que se gaste el día de la boda; ni los taberneros tío Bodega, tío Cubas y tío Tragazos, por el vino; ni tío Merengue, el confitero, por dos bandejas de pasteles y por dos tortas de bizcocho. ¿Hasta tío Borrega, con lo agarrado que es, le ha prometido dos corderos para cuando paran las ovejas!...

—Corderos que no verán los ojos de Catalina.

—¿Por qué, tía Dorotea?

—Porque dice el refrán, hija mía, que “lo que no viene a la boda, no viene a toda hora”.

—Bueno, pues allá se los guise y se los coma tío Borrega, si no cumple lo ofrecido, que a esa que viene por ahí no le han de faltar corderos, y pollos, y pavos, y tostones, y, todo lo que quiera.

—¿Quién viene por ahí, habladora, que pareces una taravilla?—preguntó tía Feliciana.

—¿Quién ha de ser, sino la Catalina en persona? ¡Miren! ¡miren! ¡Ella es!...—respondió la pizpireta muchacha, brincando y palmoteando de alegría.

—¡Como nos engañes!...

—¡Pero, señor, qué he de engañarlas! ¡si llega ya muy cerquita!...

—¡¡Cielos, ella es!!...—exclamaron al unísono las dos vecinas, que se habían puesto en pie y miraban por encima de la Solana. Y le daban voces, diciendo:—¡Oye, Catalina! ¡Ven acá, rica! ¡No te pases de largo!

Tía Colores entró rápidamente en casa.

* * *

—¡Hola! ¿qué hacen ustedes—dijo Catalina, después de saludar cristianamente.

—Lo de siempre, hijita: dando ocupación a la mano y a la lengua,—contestó tía Feliciana.—Pero, ¿de dónde vienes y a dónde vas? ¡Ay, qué picarona! Desde que andas metida en eso de la boda no haces caso de nadie.

—¡Dice que no hago caso! ¡Si las quiero más que nunca!—contestó Catalina enternecida. Y abrazó cariñosamente a la madrina y la ahijada.

En aquel momento volvió tía Colores, diciendo:

—Vamos, hija; tienes que tomar ahora mismo este vasito de leche y estos bizcochos. ¡Ea, date prisa!

—¡Pero, si no tengo gana!...

—¡Pues, sin gana, ahorcan!... Además hoy tienes que comer en mi compañía.

—¡Cá! ¡Eso no lo verán tus ojos, Dorotea!

—¿Por qué hablas así, Feliciana?

—Porque con quien va a comer Catalina es con esta servidora.

—¡De ningún modo! come conmigo.

—¡No, no! que será conmigo.

—Pero, si yo me encuentro sola, porque está mi Perico al mercado de Peñaranda.

—Y mi Mamerto ha ido a sembrar cebada para todo el día.

—¡Bueno, bueno! Estoy viendo que estas mujeres se van a arrancar los moños por una cosa tan insignificante. Yo propongo que tía Dorotea lleve su comida a la casa de mi madrina y que comamos allí las cuatro,—dijo con aplomo la Joaquina, terciando en la disputa, como si fuera un personaje importante.

—¿Y a ti quién te ha dado vela en este entierro? ¿quién te ha convidado?—reconvino tía Feliciana a Joaquina, aparentando severidad.

—A mí me convida Catalina. ¿Verdad que sí, rica?

—Lo mejor sería—respondió la interpelada—que cada cual comiéramos en nuestra casa, porque yo tengo mucho que hacer y no puedo perder tiempo. Mas, como ustedes se opondrán a eso, acepto la proposición de Joaquina y así comerémos todas en casa de tía Feliciana.

La loquilla muchacha prorrumpió en vítores y aplausos estrepitosos. Luego empezó a correr calle abajo, saltando, como una corza, a la vez que decía:

—Voy ahora mismo a casa de Catalina a avisar que no la esperen a comer.

VIII

DEJAD QUE LOS NIÑOS SE ACERQUEN A MI

Masa coral infantil.—Turbamulta de muchachos.—El capitán general.—Voces de mando.—Falsa maniobra de los soldaditos bisoños.—Dn. Antonio restablece la disciplina.

Cuando la prometida de Gonzalo de Yepes comenzó a tomar la taza de leche que le ofreciera tía Colores, se oyeron a lo lejos voces infantiles que cantaban:

El pensamiento,
La melodía,
Y la alegría
Del corazón,
Quietud, descanso,
Hogar, familia,
Lo que concilia
Grata afección...

Todo, queridos,
Lo que tenemos
Se lo debemos
Al Criador...
Ved cómo es justo
Que, agradecidos,
Demos rendidos
A Dios amor. (1)

* * *

La inquieta y bulliciosa masa coral estaba integrada por una turbamulta de muchachos que se habían ido agregando al señor Cura, mientras hacía éste la visita matinal a los enfermos.

(1) Estas dos estrofas y las dos siguientes están tomadas del libro *La lectura en verso*, de D. Mateo Pérez y González, págs. 15 y siguientes.

UNA BODA EN FONTIVEROS

Y allí venían calle abajo en dirección a la Solana, cogidos de las manos y formando extenso frente, cuyos flancos llegaban a una y otra orilla de la calle.

No cabiendo todos en una sola fila, había sido preciso formar a retaguardia una segunda, separada de la primera ocho o diez varas. En el centro caminaba el venerable párroco, completamente rodeado, a manera de estado mayor, por un nutrido pelotón de parvulillos que frisaban entre los tres y los cinco años.

* * *

Si no se concibe el orden en ninguna multitud humana, sin un jefe que la gobierne, con mucha más razón se necesitaba en aquella especie de ejército infantil, tan enemigo de la formalidad y de la disciplina. Como es natural, D. Antonio era el capitán general. El, pues, ordenaba los cánticos de guerra contra los vicios, las marchas, las paradas, y, en general, todas las maniobras.

* * *

—¡Silencio! ¡Atención!, gritaba el complaciente y amantísimo párroco. La retaguardia va a cantar un verso, que se refiera al tercer mandamiento de la ley de Dios. ¡Vanguardia y centro, chitón!... ¡Ea!... ¡ya!...

Id a la iglesia,
Niños queridos,
Sobrecogidos
De santo amor.
Y estad seguros
Que el Dios potente
Verá clemente
Tan puro honor.

—¡Bien! Ahora la vanguardia, otro, tocante al cuarto mandamiento. ¡Retaguardia y centro, mutis!...

Quien de sus padres
La protectora
Sombra no llora
En juventud,
Ni es buen hijo,
Ni ha merecido
Haber tenido
Nombre de tal.

—¡Alto!... ¡Altoóóó!... ¡Al!... —ordenó D. Antonio, tan luego como terminó el canto de la estrofa precedente. —¡Orden!... ¡Atención!... Van a cantar algo del quinto mandamiento los que forman el centro de este aguerrido ejército de cruzados, o sean, estos soldaditos chiquirritines que me rodean, los cuales serán con el tiempo, no lo dudo, los más valientes defensores de nuestra santa fe católica, apostólica, romana. ¿Verdad que sí, hijitos míos?

—¡Si, señor!... ¡si, señor!... ¡si, señor!... —respondieron maquinalmente los aludidos.

* * *

Digo maquinalmente, porque durante la tan breve como enardecida arenga del señor cura, su flamante estado mayor no le prestó la menor atención, sino que estuvo totalmente distraído. Unos se entretenían en chupar diferentes golosinas; otros, en pellizcar a los que tenían al lado; otros, en darse de tórtas mutuamente; otros, en tocar las hebillas de los zapatos del sacerdote, o en tirarle de la sotana, o en meterle las manos en los bolsillos en busca de estampas y de caramelos; otros, en fin, en apagar con el faldón de la blusa, o con la bocamanga de la chaqueta, o con la misma palma de la mano las *veías* que les ardían a la punta de la nariz.

—¡Silencio! ¡Compostura! ¡Formalidad!... ¡Vanguardia y retaguardia, ni palabra!... Cantarán solamente

UNA BODA EN FONTIVEROS

los del pelotón central. ¡Atención!... ¡¡Marchen!! ¡Mar!...
¡Bien! ¡Muy bien por mis valientes soldados!... ¡Qué
apostura! ¡Qué gallardía! ¡Qué marcialidad!... Y ahora,
sin dejar el paso, cantarán los pequeñines. ¡Atención a la
voz de mando! ¡Vamos con el quinto mandamiento!...
¡A la una!... ¡A las dos!... ¡A las!...

Antes de concluir el general, se oyó una algarabía horrible, formada por las voces desentonadas y chillonas de los soldaditos bisoños que gritaban con todas las fuerzas de sus pulmones:

A tapar la calle,
Que no pase nadie;
Que están mis abuelos
Comiendo buñuelos,
Perdices y natillas.
¡Poneos de rodillas!

* * *

Una carcajada general y no pequeño desorden en las filas acompañaron y siguieron a esta salida de tono de los inocentes parvulillos. Mas D. Antonio restableció al punto la disciplina y aquella tropa de hombres en miniatura, de ciudadanos en ciernes, de sacerdotes, y religiosos, y maestros, y sabios, y guerreros, y labradores, etc., etc., en embrión, prosiguió su marcha triunfal a lo largo de la calle, aturdiendo a las gentes con los agudos sonidos de sus voces infantiles:

Ninguna cosa,
Niños queridos,
Agradecidos,
Debéis guardar
Con más ahinco,
Con más cuidado
Que el gran legado
De castidad.

Queridos niños:
A la mentira
Tenedla ira,
Tenedla horror;
No hay en el mundo
Cosa tan fea,
Ni que peor sea
Su condición. (1)

IX

TODO PARA TODOS

Demostraciones de cariño.—Diálogos concentrados.—¡Pronto, formen bien las filas!—Dn. Antonio y nuestras conocidas de la Solana.—La Joaquina mete su baza.

Hemos calificado de triunfal el paso del venerable párroco por las calles del pueblo al frente de aquel ejército de soldaditos de la Cruz. Y a fe que no exageramos; pues en todas partes se les recibía con las más vivas demostraciones de simpatía, de cariño y de entusiasmo, aplaudiéndolos y vitoreándolos tan sincera como calurosamente.

Las mujeres interrumpían las labores domésticas y salían a la puerta de la calle o se asomaban a las ventanas, para presenciar el desfile. Los niños, aun los más chiquitos, se desprendían de los brazos de sus madres y corrían a incorporarse a las filas. Las niñas y las doncellas lamentaban no poder figurar en aquella manifestación de fe católica. Los padres, enternecidos, buscaban con la vista a sus hijitos entre los cantores. Los abuelitos enjugaban furtivamente los lagrimones que surcaban sus rugosas mejillas. Los labradores que iban al campo o volvían de él a la hora de revezar, paraban sus yuntas y se descubrían respetuosamente.

Todos, en fin, confortados con el ambiente religioso que

(1) *La Lectura en verso*, págs. 22 y 25.

UNA BODA EN FONTIVEROS

envolvía a Fontiveros, renovaban sus propósitos de ser mejores cristianos y, al pasar por delante, rodeado de los niños, saludaban con todo el afecto de sus almas sencillas a su querido señor cura, a aquel maestro de todos, consejero de todos, médico espiritual de todos, defensor de todos, amigo y padre de todos; a aquel robador de corazones por su trato afable, llano y cariñoso; a aquel que, en los intermedios de los cánticos, tenía para todos una palabra de saludo, de enhorabuena, de consuelo o de pésame, según las circunstancias.

* * *

—¡Hola, Isidro! ¿qué tal se da la siembra de la cebada?

—Muy bien, señor cura. La tierra tiene buen tempero, gracias a Dios.

—¡Excelente otoñada, Toribio! El ganado comerá lo que quiera.

—Verdad dice usted, Dn. Antonio. El Señor nos da mucho más de lo que merecemos.

—¿Cómo sigue tu madre, Serapia?

—¡Ay, muy malita, señor! El cirujano nos dijo este verano que al caer la hoja...

—¿Quién sabe, hija? Dios sobre todo. Y en todo caso, paciencia y conformidad.

—La Virgen Santísima me la dé.

—¿Has sabido del chico, Matea?

—¡Cá, no señor! Hace tres meses que no escribe. ¡Pobrecito hijo mío! Se me figura que no voy a volverle a ver. Dicen que hay mucha guerra.

—¿Le pusiste el escapulario del Carmen?

—Sí, señor.

—Entonces, no temas: la Virgen te le traerá.

—Ella, que tanto puede, lo haga, Dn. Antonio.

—Ya he sabido, Colás, que se te murió el otro día el macho cano. Lo siento de veras, porque sé que te hacía mucha falta.

—¡Cómo que me he quedado sin pareja precisamente ahora que estamos a más y mejor en la semencera!

—No te apures, hijo; que Dios aprieta, pero no ahoga y suele dar con una mano lo que quita con la otra.

—Eso me ha sucedido a mi, Dn. Antonio: pues al siguiente día de morirse el macho parió la yegua una mulilla muy maja y esta madrugada ha venido Tomé a ofrecermé su caballo para yuntar con el otro macho que me queda.

—Bendigámos al Señor que es el dador de todo bien y el amparador de los pobres. Adiós, Colás, que la chiquillería se impacienta.

* * *

—¡Pronto, formen bien las filas! ¡Silencio! ¡Orden! ¡Atención! Vamos a ver cómo repiten mis soldaditos los versos del primer mandamiento; pero con energía y con calor. ¡A la una, a las dos y a las tres! ¡Todos, todos! ¡Ea! ¡Marchando y cantando!...

El pensamiento,
La melodía,
Y la alegría
Del corazón,
Quietud, descanso,
Hogar, familia,
Lo que concilia
Grata afección...

Todo, queridos,
Lo que tenemos
Se lo debemos
Al Criador...
Ved cómo es justo
Que, agradecidos,
Demos, rendidos,
A Dios amor.

* * *

—¿Qué hacéis, hijas? —preguntó Dn. Antonio a nuestras conocidas de la Solana.

—Lo de siempre, señor: estamos dando ocupación a la aguja y a la lengua, —contestó tía Colores. —No me niegue Ud. —añadió, —que se encuentra molido con ese ajeteo de tanto muchacho. Venga, pues, aquí; que ya le tenemos preparada una sillita, para que descansa un poco.

—Veámos en que han tenido empleada esa pícara lengua. Habrá sido en quitar el pellejo al prójimo, como de costumbre, —interrogó el buen párroco después de haber tomado asiento.

—Esta vez, señor, casi, casi se equivoca Ud. —dijo tía Feliciania.

—¡Casi!... ¡Casi!... ¡Luego ha habido su miajita de murmuración! —insistió con cierta severidad el ministro del Altísimo.

—¡Dios nos perdone lo que le hayamos faltado! —exclamó compungida la anciana; —aunque creo que poco habrá sido, porque hemos estado hablando toda la mañana de eso último que cantaban los niños: “Hogar, familia.— Todo lo que tenemos se lo debemos al Criador”. Sí; nos ha explicado mi ahijada lo que ha visto en la casa que habitará Catalina después de la boda; pues ya sabrá Ud. que esta picarona dejará la compañía de la viuda y tendrá su casita propia, por aquello de que “el casado, casa quiere”.

* * *

—Y yo quiero, señor, que nos diga Ud. algo sobre la casa y la familia y el matrimonio, —dijo muy formal la Joaquina, echando su baza en la conversación.

—Dn. Antonio, no haga Ud. caso de esa revoltosa que siempre ha de andar metida en camisa de once varas, —gritó

tía Feliciano, dirigiendo a la vez a Joaquina una mirada de reconvención.

—Pues mira, Feliciano, esta vez sí que voy a dar gusto a la muchacha, porque, en verdad, es muy interesante el asunto y, con la gracia de Dios, todos podréis sacar mucho provecho de mis palabras.

—Fíjate bien, Catalina, que eso que nos va a contar el señor cura te tocará a ti más que a nadie, —susurró la inquieta jovencilla al oído de la novia de Gonzalo.

X

UNA PLÁTICA AL AIRE LIBRE

Dn. Antonio define la Casa de muchas y muy hermosas maneras.— Mi casa y mi hogar, cien doblas val.—La Casa es origen de nuestros más imborrables y preciosos recuerdos.—Mientras en mi casa estoy, rey me soy.—Propiedades del Matrimonio.—Dios tiene derecho a reinar en la Casa.—Epílogo y peroración.—Profunda sentencia de Joaquina Fernández.—Efecto saludable de la palabra del buen párroco.

—La Casa —comenzó diciendo el celoso pastor, —es el edificio, en el cual hemos nacido. Es la habitación donde nuestros ojos contemplaron por vez primera la hermosa luz del día, y nuestros oídos escucharon los gritos de amor de nuestras madres, y nuestra boca gustó el dulce alimento de sus pechos, y los demás sentidos recibieron sus propias sensaciones.

La Casa es el viejo solar de nuestros antepasados, impregnado del aroma saludable que exhalaban la fe rancia y las demás virtudes cristianas de nuestros abuelos y de nuestros padres. Es el nido, que ocultó los castos afectos que nos unieron perpetuamente a nuestras esposas amadas y en el cual vinieron a la vida nuestros hijos.

La Casa es el techo, que nos cubre, que nos ampara, que nos defiende, que hurta a las miradas de los extraños

UNA BODA EN FONTIVEROS

las santas y ternísimas escenas que con frecuencia se desarrollan entre esposos y esposas, entre padres e hijos, entre abuelos y nietos, entre hermanos y hermanas. La Casa es el lugar de nuestras más profundas tristezas y contentos: de los llantos de la infancia, de las soledades de la viudez, de los achaques de la ancianidad, de la alegría bulliciosa de la niñez, de los sueños de la juventud y del optimismo de la edad viril.

La Casa es el cobijo de nuestra vejez, triste y desvalida. Es el escondido retrete, en el cual vivimos con más intimidad la vida del corazón, de los grandes y generosos y constantes y delicados y puros y santos amores.

* * *

La cálida y sencilla palabra del señor párroco había transformado la Solana de tía Colores en una especie de templo. ¡Tales eran el silencio y compostura del auditorio! Auditorio, más numeroso a cada momento que pasaba, pues se iban concentrando allí cuantos vivían en aquellas inmediaciones y cuantos transitaban por la calle.

Todos estaban formales, todos guardaban silencio, todos oían con la más profunda atención; hasta los mismos niños; hasta ¡cosa rarísima! hasta Joaquina Fernández, que parecía tener siempre hormiguillo en el cuerpo.

Tan solo tía Feliciano, mirando con ternura a su casita que estaba allí al lado, exclamó emocionada:

—“Mi casa y mi hogar, como dice el adagio, cien doblas val, ¿verdad que sí, Dn. Antonio?”

—Si, hija, sí: por todo lo que llevo expuesto y por lo que ahora manifestaré se puede asegurar que la Casa, aun la más chiquita y pobre, vale, no sólo cien, sino muchos miles, y aun millones de onzas, de doblas y de arrobas de oro. Pues habéis de saber, hijos míos, que la Casa es todavía mucho más que lo dicho.

* * *

—La Casa es el origen de nuestros más imborrables y preciosos recuerdos. ¿Quién podrá olvidar las horas felices pasadas dentro de aquellas paredes benditas que forman nuestro hogar? ¿Quién no se acordará siempre del intenso regocijo que producían en nuestros corazones las sencillas fiestas de la familia, organizadas para celebrar el santo del abuelo, la curación del padre después de larga y peligrosa enfermedad, el bautizo del hijo, la salida a misa de la esposa, la boda de la hija, la primera comunión del nietecito, la terminación de la carrera del estudiante, el regreso del hermano soldado, la Nochebuena, el Año Nuevo, los Reyes, la Pascua de Resurrección, el Corpus Christi, la Asunción, el santo Patrón del pueblo, la vendimia, la matanza, el esquileo, etc., etc.?

¿Quién será capaz de arrancar de nuestra fantasía la imagen fascinadora de aquella chimenea, de aquel hogar, de aquella cocina, de aquel portal, de aquellas salitas, de aquellos dormitorios, de aquellos patios, corrales y jardines, en que se deslizaron los rosados días de nuestra infancia?

Nadie, hijos míos, nadie ni nada. Pasarán los días; se sucederán las estaciones; transcurrirán años y años; se vestirán de blanco nuestras cabezas; se encorvarán nuestros cuerpos hacia la tierra; asurcará nuestros rostros el fiero arado del tiempo; caminarán con paso lento y vacilante nuestras piernas reumáticas; se abrirá delante de nosotros la yerta fosa sepulcral, tal vez, en tierra extraña, y entre gentes desconocidas, y a miles de leguas de nuestra amada patria... Y, cuando la implacable Enemiga de la Humanidad esté ya para darnos el golpe de gracia con su corvo instrumento; cuando las nobles facultades de nuestra alma se encuentren casi incapacitadas para ejercer sus funciones; y nuestros sentidos, embotados, y nuestra lengua, paralizada, y nuestro corazón, sin ritmo y sin vida

sensibles, todavía tendremos un recuerdo, un pensamiento, un afecto, un suspiro, una lágrima para todas aquellas personas y cosas, que convivieron con nosotros en la casa paterna: para los abuelitos venerables, para los padres queridísimos, para el esposo tierno, para la esposa rendida y enamorada, para los hijos adorados, para los cariñosos hermanos, para los fieles y obsequiosos criados; para el caballo que montábamos; para los gatos y perrillos, con quienes jugábamos; para los pajarillos enjaulados que nos recreaban con sus trinos; para el nido de golondrinas, fabricado en el establo; para los silos que servían de troje a nuestros granos; para el lagar, donde tantas veces vimos correr el dorado zumo que alegra el corazón; para el viejo arcón que encerraba nuestro traje dominguero; para la alacena, donde guardábamos nuestros juguetes; para la hiedra que trepaba hasta lo más alto del hastial; para el musgo que tapizaba los tejados; para la parra secular que orlaba con sus frondosos pámpanos la parte superior de la pared de la fachada; para la higuera del huerto, a cuya fresca y bienhechora sombra tantas veces, después del rudo trabajo estival, descansáramos.

* * *

Muestras de aprobación de los hombres, suspiros y sollozos de las mujeres, lágrimas de los niños mayorcitos y silencio absoluto de los pequeñuelos subrayaron el último párrafo de la interesante plática del sacerdote; el cual, sin olvidar la sencillez y llaneza del lenguaje, continuó más entusiasmado, más enérgico, más elocuente, más persuasivo, a medida que estallaban en su pecho amantísimo nuevos volcanes de celo por la gloria de Dios y por la salvación de las almas.

—Tendréis noticia de un adagio que dice: “Mientras en mi casa estoy, rey me soy”. Este es otro aspecto, bajo el cual podemos considerar la Casa.

La Casa, hijos míos, es el palacio del rey de la familia; es el trono, donde se sienta la reina del hogar; es el territorio, en que se ejerce la patria soberanía; es la cámara, donde se dan las leyes domésticas; es el juzgado, donde se fallan las causas por incumplimiento de aquellas; es el tribunal, donde se ventilan las apelaciones; es la oficina, desde la cual se expiden los indultos; es la cárcel, en que cumplen su condena los revoltosos; es la escuela, donde nuestra inteligencia y nuestro corazón aprenden las primeras y más importantes lecciones de la vida; es el local, en que están montados los servicios de inspección y vigilancia de los hijos; es el almacén, donde se guarda cuánto es necesario para la subsistencia de los miembros de la Sociedad Familiar; es, en fin, el templo, el santuario, en que esta bendita Sociedad tributa culto, rinde adoraciones, ofrece votos y dirige plegarias a su divino Autor.

El padre es el rey de la Familia; la madre, la reina; los hijos, los vasallos.

El padre es el legislador, el juez, el premiador de los dóciles y el castigador de los díscolos. La madre es la medianera, la abogada, la distribuidora de obsequios y recompensas.

El padre es el sumo sacerdote del hogar. La madre, la sacerdotisa.

A cargo del primero corre allegar recursos, para atender a las necesidades de la Casa. A cargo de la segunda, conservarlos y economizarlos.

La enseñanza, la vigilancia y la educación, incumben a uno y otro por igual.

Esta es, en resúmen, la Constitución de ese reino afortunado, independiente, eterno y divino, que se llama Familia. Afortunado, porque es un reinado de paz, de dulzura, de amor y de cariño. Independiente, porque es anterior y superior a cualquiera poder terreno. Eterno,

UNA BODA EN FONTIVEROS

porque las mutuas relaciones entre padres e hijos, entre esposos y esposas trascienden todo tiempo y durarán para siempre en el cielo. Divino, porque reconoce por fundador, no a un hombre, no a otra familia, no a la Sociedad civil, no a un ángel, sino al mismo Dios, según aquellas palabras, que se leen en el Evangelio de S. Mateo (1): “No habéis leído, que el que hizo al hombre desde el principio, macho y hembra los hizo? Y dijo: Por esto dejará el hombre padre y madre, y se ayuntará a su mujer, y serán dos en una carne. Así que ya no son dos, sino una carne. Por tanto lo que Dios juntó, el hombre no lo separe”.

* * *

—De este hermoso texto, que acabo de citar, se deducen todas las propiedades del Matrimonio: la unidad, la fuerza del vínculo, la indisolubilidad, la inseparabilidad de los esposos, y la santidad.

La unidad, porque no crió Dios sino un hombre para una mujer, y una mujer para un hombre; y, por consiguiente, el Matrimonio no es, ni puede ser otra cosa que la unión de un solo hombre y de una sola mujer: “Y serán dos en una carne”.

La fuerza del vínculo, del yugo, del lazo matrimonial que es más recio, más fuerte, más estrecho e irrompible que el que nos une con nuestros mismos padres: “Por esto dejará el hombre padre y madre, y se ayuntará a su mujer”.

La indisolubilidad del mismo vínculo, el cual, por tanto, es perpétuo, es decir, que solo queda roto a la muerte de uno de los esposos. Y esto, no por voluntad del cónyuge que sobrevive, ni de ninguna autoridad humana, sino única y exclusivamente por el querer de Dios: “Lo que Dios juntó, el hombre no lo separe”.

(1) Cap. XIX, v. v. 4-6.

La inseparabilidad de los esposos, quienes están obligados a hacer vida conyugal, vida de familia, sin que les sea lícita la separación, si no median circunstancias especiales: "Así que ya no son dos, sino una carne".

La igualdad esencial de la mujer con el marido, sin que por eso se niegue la legítima autoridad de éste, regulada por el amor: "Y serán dos en una carne". El pontífice decía a los nuevos esposos en las catacumbas: "Tened presente siempre, que no formáis más que una sola carne, animada por un solo espíritu". Y, según Tertuliano (1) "los esposos cristianos son dos fieles reunidos por el mismo lazo; no son más que una misma carne, el mismo espíritu; rezan juntos, ayunan juntos; siempre juntos en la asamblea de los hermanos, en la mesa de Dios, en los sufrimientos y en la paz".

La santidad, porque el Matrimonio tiene a Dios por fundador, porque Dios es el que une las voluntades de los esposos. Y así cuanto es, cuanto tiene, cuanto significa el Matrimonio, a Dios lo debe; sola, única y exclusivamente a Dios. A Dios, santidad suma y origen de toda santidad. A Dios que, no contento con haberle instituído en los orígenes del mundo, lo elevó en la ley de gracia a la dignidad de Sacramento: "Este Sacramento es grande: mas yo digo en Cristo y en la Iglesia" (2). A Dios, que, hecho Hombre, lo autorizó y dignificó aun más, con su presencia soberana, en las bodas de Caná de Galilea.

* * *

Y, como el Matrimonio es el origen de la Casa o Familia, resulta que, siendo Dios el principio inmediato de aquel, es a la vez el fundador de esta. Y, si la Casa debe a Dios todo lo que es, pues le debe la existencia, es evidente que Dios tiene derecho a reinar en ella, a mandar

(1) Ad uxo. II, 9.

(2) S. Pablo ad Eplias. V. 32.

UNA BODA EN FONTIVEROS

en ella de una manera absoluta e incondicionada, y la Familia está obligada a obedecer, bendecir, adorar e invocar al Señor.

De lo que acabo de manifestaros se infiere que la Casa, como obra de Dios, es una cosa sagrada, una cosa santa, un templo, un santuario de la Divinidad. Un apóstol ha llamado iglesia doméstica al hogar de la Familia cristiana y hasta el mismo Paganismo consideró al Hogar como lugar sagrado, levantando en él el altar de los dioses Lares y Penates.

A Dios, pues, se le ha de ver en todas partes en el Hogar cristiano. En lo más alto del caballete, la Cruz; en el dintel de la puerta, el "Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar", o el "Bendito sea Dios", o el "Ave María Purísima", o el "Esta casa es cristiana", o el "En este lugar se cree en Dios". En el interior de las habitaciones, devotas imágenes de santos; a la cabecera de la cama, el Crucifijo; y en la cocina, junto al hogar, el cuadro de la Virgen Santísima del Carmen, para que presida el rezo del Santo Rosario y las demás oraciones comunes de la familia.

* * *

Resumiendo: todo ha de ser santo en el palacio del Hogar, en la Casa cristiana. Santo el edificio material, santos los padres, santos los hijos, santos los esposos, santo el amor que mutuamente se profesen los miembros de la Familia, santo el acto conyugal, santos todos los demás actos de la vida doméstica.

"Adorad, hijos míos, a Dios en vuestras casas (1); "invocad sobre ellas su santo nombre" (2) y que vuestras familias sean siempre modelo de familias cristianas, no olvidando que el Señor "trastorna a los impíos, y no serán: más la casa de los justos permanecerá" (3).

(1) Tob. c. XI, v. 7.

(2) Reg. c. VIII, v. 43.

(3) Prov. c. XII, v. 7.

UNA BODA EN FONTIVEROS

Y tú Catalina, hija mía, procura aprovechar bien esta instrucción que acabas de oír de mis torpes labios, y estar siempre sumisa y obediente a tu marido. Si así lo haces, Dios bendecirá tu matrimonio, colmándote de paz y de felicidad.

* * *

—Y no se cumplirá en ti, —añadió sentenciosamente Joaquina Fernández,—no se cumplirá en ti, Catalina, la verdad de aquel refrán que dice: “En casa de Gonzalo, más puede la gallina que el gallo.”

* * *

Describir la hilaridad que causó en los chiquillos la salida de la inquieta Joaquina, sería cosa más fácil que aquilatar el saludable efecto que produjo en aquellas buenas y sencillas gentes la palabra llana, sencilla, paternal de aquel párroco venerable, de aquel humilde ministro de la iglesia, que sería más o menos sabio, más o menos elocuente; pero que hablaba palabras de verdad, palabras de vida eterna, palabras que penetraban hasta lo más profundo del alma, porque su lenguaje le salía del fondo del corazón, en el cual ardía un fuego tan grande, tan activo, tan intenso, que nada hubiera sido capaz de apagarlo. Era el fuego sagrado de la caridad, era el fuego del amor a los filegreses: amor santo, amor celestial, amor divino, amor inextinguible, como lo es el que inflama el pecho de los sacerdotes católicos.

Sólo diremos que por todas partes se oían llantos, se percibían suspiros, se enjugaban lágrimas y que de tal manera se había avivado en aquellos dichosos habitantes de Fontiveros el amor a su casa y a su hogar, que, al regresar poco después a ellos, fueron muchos los que besaron ardentemente el piso o las paredes.

XI

EL REZO DEL ANGELUS

Sonaron grave y pausadamente las doce.—Momentos sublimes.—
Fontiveros sumergido...

Apenas había terminado Dn. Antonio, cuando sonaron grave y pausadamente las doce en el viejo reloj de pared de una casa próxima. Unos segundos después se oyó el toque del Angelus.

El venerable párroco se arrodilló y dijo en alta voz:

—“El ángel del Señor anunció a María”.

—“Y concibió del Espíritu Santo” —contestaron, también de rodillas, cuantos allí se encontraban.

—Dios te salve, María, llena eres de gracia...

—Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores...

—“He aquí la esclava del Señor”.

—“Hágase en mi según tu palabra”.

—Dios te salve, María...

—Santa María...

—“Y el Verbo de Dios se hizo carne”.

—“Y habitó entre nosotros”.

—Dios te salve, María...

—Santa, María...

—Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo.

—Ahora y siempre y por todos los siglos de los siglos. Amén.

—Ruega por nosotros, santa Madre de Dios.

—Para que seamos dignos de las promesas de Jesucristo.

—Oración. Infundid, Señor, vuestra gracia en nues-

tras almas, a fin de que los que hemos conocido por la voz del ángel la Encarnación de Cristo, vuestro Hijo, por su Pasión y Cruz lleguemos a la gloria de la resurrección. Por el mismo Cristo nuestro Señor.

—Amén.

* * *

¡Momentos sublimes aquellos!... Los ángeles escuchaban embelesados la sencilla oración de los fieles y subían raudos a las alturas infinitas, para ofrecerla a María...

El sol del mediodía no se juzgó digno de alumbrar aquel cuadro de cielo y ocultó su rostro chispeante tras un leve girón, desprendido del oscuro manto funerario que se vestía el firmamento, recordando a los hombres que corría el mes de las Animas benditas...

Aquel girón era la vanguardia de la niebla que, pujante, arrolladora, espesísima, avanzaba de norte a sur, siguiendo el curso del Zapardiel.

* * *

Bien pronto se vió Fontiveros sumergido en aquel mar de fríos y ondulantes vapores acuosos...

La Solana de tía Colores había quedado desierta.

XII

LA FAMILIA EN NUESTROS DIAS

La Sociedad Doméstica no puede existir ordenada, sino a condición de ser perfecta comunidad.—La independencia mutua y la segregación de sus miembros, son la única disciplina de la Casa montada a la moderna.—La anarquía de los hogares ha invadido hoy hasta las más pequeñas aldeas.—Ni palacio, ni trono, sino fonda o posada.—Tristes lamentos de las esposas y madres abandonadas.—Viajero, quienquiera que seas, detente, respetuoso, ante el Palacio de la Paternidad, ante la Iglesia doméstica, ante la Reina de la Familia, ante la Sacerdotisa del Hogar.—Dios ha sido arrojado impiamente de la Casa.

Si el buen Dn. Antonio, aquel celoso párroco de Fontiveros, aquel enamorado de la Casa, aquel entusiasta pane-

girista de la vida doméstica, levantara la cabeza de la tumba y viera el pésimo estado del Hogar cristiano en los tiempos actuales, ¿qué diría?

Pero es, efectivamente, tan lamentable, como se dice, la situación de la Familia en nuestros días? La tan ponderada descristianización y disolución del Hogar, las angustiosas voces de alarma que se oyen por todas partes, ¿no serán exageraciones de espíritus apocados y pesimistas?

Como perseguimos un éxito de carácter moral, más bien que de carácter literario, vamos a interrumpir nuestra narración, para examinar aquí esa cuestión importantísima. Y vamos a comenzar el exámen, copiando lo que hace más de cuarenta años dejó escrito sobre la misma aquel gran publicista que se llamó Dn. Félix Sardá y Salvany. (1):

“No ya bajo el punto de vista de la ley cristiana, sino aun del mero buen sentido natural que nunca anda disorde de ella, consiste el orden de la Casa o Sociedad Doméstica en la unidad; de suerte que una sea la autoridad, una la religión, uno el interés, unas las afecciones. La Familia no puede existir ordenada sino a condición de ser perfecta comunidad; y para que sea perfecta, deben ser comunes los gozos y sufrimientos, comunes el techo y la mesa, comunes los intereses, comunes los deseos y enderezados a un mismo fin común.

“Buscarse en la familia alguno o algunos de sus individuos recreaciones aparte, amistades aparte, negocios aparte, es destruir esa hermosa solidaridad que constituye, no sólo su encanto, sino su esencial fundamento.

* * *

“Son estas nociones triviales, rudimentarias, vulgares de puro llanas; sin embargo, nuestros tiempos de relajamiento de todos los vínculos nos las muestran puestas muy frecuentemente en olvido. Quiere hoy el espíritu del siglo

(1) *Propaganda Católica*, tomo 4, pág. 536.

que la Familia tenga apenas común el techo y la mesa unas breves horas al día: en lo demás, la independencia mutua, la disgregación, el vivir cada uno por su cuenta, son la única disciplina de la casa montada a la moderna.

“La moda impone a los esposos, sobre todo en las grandes capitales y en lo que se llama, sin duda por antífrasis, *buena* sociedad, una cierta separación o mutuo alejamiento, a los ojos del público más parecido a divorcio legal que a estrecha unión de casados. Los hijos andan sueltos y emancipados, cuando apenas han salido de los cuidados de la niñera o del pedagogo, a quienes fueron entregados tal vez ya al nacer, para que no tuviese la madre la mortificación de criarlos. El padre, eje central que debiera ser de este sistema de ruedas, suele prolongar los verdores de su juventud en la independencia más completa, sin que muchas veces le avergüencen de eso las canas de una ancianidad ni respetada ni respetable. La mujer, si es cristiana de veras, llora en soledad, acompañada de Dios y sólo dulcificada por la resignación, los desvíos de los dichos padre e hijos. Si por su desgracia le dieron la misma educación que a ellos, o ha perdido la buena que recibió, es entonces peor que todos, es el tipo más repugnante de la frivolidad, de la insensatez y de los devaneos.

“Así vive hoy la Familia en muchos grandes centros de esa sociedad paganizada y apóstata del Cristianismo. El más o el menos de tal disolución está en relación con el mayor o menor grado de descristianización que hay en ella”. Hasta aquí el señor Sardá y Salvany.

* * *

Nosotros, después de más de un tercio de siglo, podemos añadir que esa relajación de vínculos sagrados; que esa anarquía doméstica, ese modo de vivir holgado, libre de trabas, individualista, tan enérgicamente condenado por el batallador y celoso sacerdote de la centuria pasada, se

UNA BODA EN FONTIVEROS

advierte hoy, no sólo en los grandes núcleos de población, sino, más o menos, hasta en los pueblos y aldeas más pequeñas.

* * *

Ahora bien: la Casa montada de esa manera tan defectuosa, tan contraria a la naturaleza y a los altos fines que Dios le ha señalado, ¿puede ser lo que debe ser?, ¿puede ser palacio y trono, santuario y altar, escuela y centro de todos los miembros de la Familia? No, no puede. Son cosas incompatibles.

¿Y qué ha sucedido? Ha sucedido lo que forzosamente tenía que suceder. Ha sucedido que la Casa ha perdido el elevado rango que antes tenía, de palacio, de templo, de escuela del hogar. ¿Pesimismo?, ¿exageración?. ¡Ojalá fuera así! Mas, por desgracia, la realidad, la fría y triste y abrumadora realidad abona por completo nuestras afirmaciones.

En efecto: esas casas, cuyos miembros hacen una vida, no común, no igual, no colectiva, sino individual, independiente, aislada; esas casas, en las que cada cual entra y sale cuando quiere, pasea, juega y se divierte, cuando le viene en gana; esas casas, medio abandonadas, que nadie visita sino a las horas de la comida o del sueño, y esto no siempre; esas casas, cuyo jefe, esposo y padre, gasta en la taberna, en el tupi o en el bar, en el café o en el casino todo el tiempo que le dejan libre sus ocupaciones, mientras los hijos están en la tertulia o en el teatro, en el cine o en baile, no, no merecen ostentar en su frontispicio el aristocrático, el regio nombre de palacio de la más pura nobleza, de la más excelsa realeza que hay en la tierra, cual es la de la Paternidad. Yo estoy por designar a tales casas con los prosáicos y ordinarios títulos de fonda, posada o mesón de la familia de Quiroga, de Pérez, de González, de Rodríguez, etc., etc.

* * *

Estoy por imponerles, he dicho, esos nombres vulgares. Pero no lo hago en atención a las muchas esposas y madres, verdaderamente cristianas que, gracias a Dios, quedan todavía.

Esposas y madres que devoran en la soledad, sin más compañía que la del ángel de la guarda, ni otro consuelo que el de la resignación, ni más desahogo que el de los sollozos y gemidos, la pena amarguísima que les producen la indiferencia, el desamor, el desvío, el abandono del esposo y de los hijos.

Esposas y madres que, en el silencio pavoroso de la noche, durante las largas, las interminables horas, en que esperan con ansiedad creciente el retorno de sus amados a la pobre vivienda, recuerdan con infinita tristeza las tan sencillas como tiernas y poéticas escenas caseras de los venturosos tiempos pasados; tiempos ¡ay! que, temen, no volverán más.

Madres y esposas que suspiran sobre la casa solitaria, sobre las habitaciones desocupadas, sobre el hogar apagado y frío.

Madres y esposas que, si tuvieran noticia de las amargas Lamentaciones de Jeremías, podrían, parafraseándolas y aplicándolas a su infeliz situación, exclamar doloridas:

—“¿Cómo ha quedado sola esta casa, tan llena antes con la presencia de mi esposo y de mis hijos?”

—“Las habitaciones están de luto, porque no hay quien celebre en ellas las solemnidades de la familia.”

—“Mis hijos y mi esposo marcharon entre gentes extrañas y no han hallado reposo. Y de mi casa se fué toda su hermosura.”

—“Mis hijitos han sido llevados en cautiverio delante del atribulador y mi esposo fué delante del que le iba arreando, sin tener vigor para resistirse, como carnero des-

carriado, muerto de hambre, de sed, de flaqueza y cansancio.”

—“Lloré hilo a hilo en la noche; mis lágrimas están bañando continuamente mis mejillas; no hay quien me consuele entre todos mis amados; todos mis amigos me despreciaron y se hicieron enemigos.”

—“Mi marido, mis hijos y mis hijas gimen fuera de casa, buscando el pan de los placeres; dieron su inocencia y su pudor y todo lo que tenían más precioso por comida para hartar sus pasiones. Míralo, Señor, y considera que he sido envilecida.”

—“Por eso yo estoy llorando, y mis ojos echando de sí agua: porque se ha alejado de mí el consolador, que es mi esposo, y mis hijos se han perdido.”

—“¡Oh, mi dulce esposo, vuelve, vuelve pronto a este querido nido, fabricado por nuestro primer amor! ¡Y vosotros, mis caros hijos, regresad también a esta linda casita que os vió nacer!... ¡Venid, venid, que os espera con los brazos abiertos una mujer que sufre por vosotros, una fiel amiga que os perdona, una esposa y una madre que os ama con todo el corazón!”

—“Acuérdate, Señor, Dios mío, de lo que nos ha acaecido: repara y mira nuestro oprobio. Faltó el gozo de nuestra alma: convirtiéndose en luto nuestra danza.”

—“Cayó de nuestra cabeza la corona de reyes del hogar ¡ay de nosotros! porque pecamos.”

—“Por esto nuestro corazón ha quedado melancólico, por esto se han entenebrecido nuestros ojos.”

—“Mas tú, Señor, eternamente permanecerás, tu solio por generación en generación.”

—“¿Por qué nos olvidarás para siempre? ¿Nos desampararás por largo tiempo?”

—“Haz, Señor, que volvamos a tu amistad por la pe-

UNA BODA EN FONTIVEROS

nitencia, y que nuestro hogar vuelva a ser lo que fué al principio.”

* * *

¡Pobres esposas, pobres madres abandonadas, cuán dignas son de lástima! ¡Compadeceos de ellas los que tenéis noticia de su amarga soledad!...

Y tú, viajero, quienquiera que seas, cuando pases delante de alguna de esas casas, antigua, como el tiempo, descuidada y medio ruinosas, cubierta de musgo y de hiedra, detente y examínala con cuidado.

Si en los cuarteles del escudo de armas que ostenta su fachada, figuran, cual blasones, las palabras “amor, fidelidad, unidad e indisolubilidad”, descubre tu cabeza, porque estás delante del Palacio del Hogar, dentro del cual se levantan los más augustos tronos que hay en la tierra, el de la Paternidad y el de la Maternidad.

Si encima del caballete se alza protector el Signo bendito de nuestra Redención, o en el dintel de la puerta está esculpido el nombre santo de Dios, inclínate con reverencia: ¡ese edificio es una Iglesia Doméstica, es el Santuario de la Familia cristiana!...

Si en el patio o galería de la casa vieres pasear, cabizbaja y pensativa, una mujer enlutada que lleva marcadas en su rostro, todavía joven, las tristes señales de una vejez prematura, ¡ponte, ponte de rodillas en presencia de la Reina del Hogar!... ¡Reina Madre que, viviendo sus hijos, ha quedado huérfana!... ¡Reina Consorte que está viuda, sin morir su esposo!... ¡Reina desterrada en su propio Palacio, Reina solitaria que suspira, que gime, que llora sin consuelo a los queridos de su alma, víctimas de los fieros enemigos de su salvación, por haber abandonado incautos la protectora mansión conyugal!...

Y si sorprendieres a la sin ventura mientras, postrada en tierra debajo del emparrado del jardín, levanta supli-

UNA BODA EN FONTIVEROS

cante sus rugosas manos al Cielo, o pasa devota las cuentas del rosario, ¡guarda, guarda silencio, caminante, y no quieras interrumpir, indiscreto o libertino, a esa Sacerdotisa del vacío Templo Doméstico, encargada de mantener encendido el fuego sagrado de la oración de la Familia, en tanto lleguen mejores tiempos y se restablezca en el Hogar el culto del Señor!...

* * *

Porque en estos aciagos tiempos que corren, no sólo ha perdido la Casa el alto rango de Palacio de los Reyes del Hogar, sino que también ha dejado de ser el Templo, en que la Familia tributaba culto a la Divinidad.

Dios ya no reina en la Familia. Dios ha sido arrojado impiamente de la Casa.

De lo alto del tejado ha sido arrancada la Cruz. De la puerta principal han desaparecido aquellos letreros de tan rancio sabor religioso, que recordaba el buen Dn. Antonio a sus feligreses. De las paredes de las salas se han quitado los cuadros de imágenes de Santos y han sido sustituidos por estampas y cromos pornográficos.

Ya no se ve encima de la cómoda o de la mesa la devota estatuita de S. José o de S. Antonio; ni a la cabecera de la cama matrimonial, la linda pilita con agua bendecida; ni a los pies, la imagen de Jesús Crucificado o de su Madre Dolorosa.

El padre de familia ya no bendice a sus hijos antes de retirarse a descansar, ni la mesa al empezar la comida o la cena.

De madrugada, a mediodía y en el crepúsculo vespertino ya no resuenan los ámbitos de la casa con las celestes melodías del Angelus. Ya no se reza por los enfermos, al oír el toque de agonizantes, ni por las benditas Animas del Purgatorio, cuando las campanas de la parroquia emiten lúgubres sonidos, doblando a muerto.

Los esposos y los hijos ya no ofrecen juntos al Señor las obras del día, ni leen las vidas de los Santos u otras cosas espirituales por la noche.

Ya casi es imposible contemplar aquellos interesantes grupos, formados por la Familia entera, es decir, por el marido, la mujer y los hijos, visitando a los enfermos y a los encarcelados, socorriendo a los pobres, consolando a las viudas y a los huérfanos, después de haber asistido, también en corporación, a la Santa Misa o a la recepción de los Santos Sacramentos de Penitencia y Eucaristía.

“Raras veces se ve ya esto, dice el señor Saldá y Salvany (1). Pero, cuando se ve, ¡qué interés inspira una familia así reunida! ¡qué respetable aparece en ella el lazo conyugal!, ¡qué dulces las gravísimas responsabilidades de la Paternidad!... En aquel hermoso grupo de un padre y una madre que el domingo salen juntos, rodeados de sus hijos, para cumplir sus deberes de cristianos, practicar la caridad o para alegrarse con ellos al bello sol de invierno, o a la fresca brisa del verano, se adivina la tranquilidad, el orden, la sumisión, la regularidad de una casa debidamente organizada.”

Pues ¡qué si se contempla a la Familia cristiana rezando diariamente el Rosario a la Virgen Santísima! ¡Oh, qué encanto, qué atractivo, qué dulce poesía, qué aromas de santidad, qué perfumes de gloria despiden esas reuniones ternísimas para hacer la oración en común!...

Voy a intentar copiar uno de esos cuadros sublimes, dignos de fijar las complacencias del mismo Cielo.

Empresa vana será la mía. Porque ¿quién me dará colores bastante delicados para pintar las dulzuras, los encantos, los embelesos divinos de esas deliciosas escenas del Hogar? ¡Escenas arrebatadoras de fe y de piedad antiguas! ¡Escenas que recuerdan aquellos hermosos días de

(1) *Propaganda Católica*, tomo 4, pág. 541.

la Iglesia primitiva, en que cada casa de fieles era un Oratorio, donde resonaban perennemente himnos y cánticos espirituales! ¡Escenas que perpetuan las santas tradiciones de las costumbres patriarcales, cuando el cabeza de familia, como padre, como pontífice y como rey, ofrecía al Ser Supremo el sacrificio de alabanzas!...

XIII

UNA ESCENA DE FAMILIA

La cocina de una casa de labranza.—¡Mare, mare, vamo a rezá el angelo!—Se tienden los manteles.—¡Jesús, qué bendición de familia numerosa!—Ya, en fin, armados cada cual de su cuchara...—El llanto de Amparito.—Angustias, tío Toñique y Amparito.—La bendición y a dormir.

Han pasado veloces los últimos momentos de la tarde. En la inmensa bóveda celeste brillan ya millones de antorchas encendidas por el dedo de Dios. Terminaron los trabajos del día. La noche convida al descanso.

Cuantos constituyen la familia se van congregando poco a poco en la cocina. Un grueso tronco de roble crepita en el hogar, a la vez que despide vivas llamaradas.

En el rincón de la derecha, junto al morillo, hila la abuelita un vellón de lana, blanca como la nieve.

El abuelo que ocupa la cabecera del escaño, colocado al otro lado, tiene sobre sus rodillas al nieto más querido, un angelín de tres años, que se entretiene en hundir sus manitas de rosa en la cana barba del anciano. A continuación de este se han colocado el padre, los hijos varones y los criados. Después de la abuela, el ama de la casa, las niñas y las sirvientas.

A los pies de Tomás, mayoral de los pastores, dormita un enorme mastín. En cambio los gatos han hecho la rosca y se calientan al amor de la lumbre.

Josefina, inquieta rapaza de ocho años, remueve con

disimulo un montón de rescoldo, donde, sin que nadie lo sepa, fuera de su madre, ha puesto a tostar una haldada de castañas.

Se oyen los gruñidos de los cebones que se disputan los últimos bocados del pienso, y los esquilonos de los bueyes que comen en el establo, y el ronchar del molino de mano, donde los boyeros muelen los algarrobos, y el cocer de las ollas, arrimadas a la lumbre...

Por la claraboya se asoma curiosota a la cocina la luna llena...

* * *

—¡El Angelo! ¡Mare, mare, vamo a rezá el Angelo! —dijo Pepín, mocito hasta de cuatro abriles, que regresaba del corral, donde había ido con el hermano mayor a dar agua a las mulas.

Efectivamente, las queridas campanas de la iglesia parroquial tocaban a la oración de la noche. Por la chimenea penetraban en el hogar sus sonidos metálicos.

Todos se arrodillaron ante la vieja estampa de la Virgen Santísima del Carmen, preciosa y cara reliquia, legada por los antepasados, cuyos votos y lágrimas también oyó y bendijo. Comenzó la oración. Primero, el rezo del Angelus, dirigido por el abuelito. Después, el santo Rosario, pasado por la madre, es decir, por la reina de la casa, por la sacerdotisa, y apóstol, y maestra, y ángel tutelar de la familia.

“Padre nuestro que estás en los cielos”; “Dios te salve, María, llena eres de gracia”...; “Gloria al Padre, gloria al Hijo”... Y así los cinco misterios; y luego, la letanía; y luego, las oraciones particulares; y, por último, el credo, la salve y los actos de fe, esperanza y caridad.

Todos responden a coro. ¡Coros émulos en la tierra de los conciertos de los ángeles en el cielo! ¡Coros, cuyo murmurio dulcísimo sube a Dios, como el humo del in-

UNA BODA EN FONTIVEROS

cienso, y llena toda la casa de un olor de edificación y virtud!...

Pero, ¿qué palabras repiten los labios y los corazones de esa cristiana familia en su oración a la Divinidad? Invocan el santo nombre de Dios, le adoran, le alaban, le dan gracias. Bendicen al Padre común que está en los cielos; le piden su pan de cada día, el pan del cuerpo y el pan del alma; proclaman altamente su fe en Dios-Creador, en Dios-Redentor, en una resurrección futura, en una vida eterna. Piden por la Iglesia y por el Papa, por el Rey y por España, por los parientes y amigos, por los afligidos y moribundos, y, en especial, por los difuntos, los de la familia, los de la parroquia, los del Purgatorio en general.

* * *

Acabada la oración, se tienden los manteles para la cena, poniendo sobre ellos queso en aceite, miel, uvas, las castañas asadas por Josefina, dos hogazas de pan reciente, cocido en el horno de casa, dos jarras de vino de la propia cosecha; moro, moro el muy rebelde; no cristiano! y dos grandes fuentes de loza de Talavera.

* * *

Ya se han sentado todos alrededor de la gran mesa, colocada en el centro de la cocina. ¡Jesús, qué bendición de familia numerosa! Contemos: el abuelito paterno, la abuelita materna, (los otros dos abuelitos duermen ya en el Señor); el padre, la madre, seis hijos varones, cinco hembras, cuatro gañanes, tres pastores y dos criadas; criadas, pastores y mozos de servicio que comen siempre con los amos. (¡Bendita igualdad! ¡bendita democracia cristiana!...). Total: ¡¡veinticuatro!!... Y si el Señor, suelen decir aquellos buenos esposos, nos quiere mandar todavía más hijos, ¡vengan enhorabuena cuantos El quiera! ¡Con eso tendremos después mayor compañía en la Gloria!...

* * *

UNA BODA EN FONTIVEROS

Ya el ama de la casa ha colocado en las fuentes dos tiernos y sabrosos recentales, guisados por ella misma.

Ya se ha saturado la estancia del aroma delicioso del perejil y de las demás yerbas odoríferas, que entran en el condimento.

Ya el perro mueve la cola y los gatos, encorvando el lomo, hacen zalemas a unos y a otros en espera de los despojos.

Ya Josefina y los demás pequeñuelos han cogido furtivamente tal cual castaña o tal cual gajo de uvas.

Ya, en fin, armados cada cual de su cuchara, esperan con cierta impaciencia el momento de empezar. Con cierta impaciencia, he dicho, porque a aquellos fornidos pastores y gañanes que han pasado toda la tarde detrás de la piara o de la yunta, y a aquellos muchachos y muchachas, sanotes de cuerpo y de alma, les acucia un hambre canina.

Mas no habrá uno solo que se atreva a meter la cuchara en el plato antes de que la madre haya apartado dos o tres tajadas de las mejores para la pobre ancianita tullida, que vive en la casa de enfrente, y sin que el abuelo, después de haber bendecido la mesa, pronuncie la frase de costumbre: "Vamos, hijos míos, comamos y alegrémonos en paz y en gracia de Dios".

* * *

Por cierto que la noche de referencia fué una excepción de la regla: excepción en el sentido de que, a pesar de haber concluído el abuelito la bendición y dicho el "vamos, hijos míos, comamos, etc.", la cena no comenzó.

¿Qué había sucedido? Pues nada: que Amparito, dos años mayor que Josefina, había echado a llorar durante la bendición tan de veras, que rodando las lágrimas por sus mejillas de grana, empapaban la blanca servilleta de hilo que tenía delante del pecho.

—¿Qué te pasa, hija mía?—la preguntó su madre con sobresalto.

—¡Nada madre! Está usted tranquila, que no estoy mala.

—Entonces, ¿por qué lloras?

—Es que me ha venido de repente una tristeza muy grande, pensando que nosotros tenemos, gracias a Dios, buena cena y la pobrecilla Angustias, la hija de tío Toñique, el guarda de los cerdos, acaso no tenga ni un pedazo de pan duro.

—¡Vaya!, ¿y por eso llora mi prenda?—dijo la buena madre, abrazando a la niña e imprimiendo en su tersa frente un ósculo ardentísimo. —¡Ea! Ven conmigo, que vamos ahora mismito las dos a convidar a Angustias y a su padre, para que nos acompañen a cenar.

* * *

A los pocos minutos Amparito, radiante de felicidad y de contento, entraba de regreso en la cocina, dando su mano derecha a tío Toñique y a Angustias, la izquierda. Detrás venía la dichosa reina de aquel hogar, contemplando embobada a su hijita, y diciéndose interiormente: ¡Así, como mi Amparo, deben ser los angelitos del cielo!...

* * *

A la cena siguieron la acción de gracias y un largo rato de alegre y animada tertulia. Luego los esposos recibieron la bendición del abuelo; el padre bendijo separadamente a cada uno de sus hijos; los niños y las niñas besaron la mano de las personas mayores; y cada cual, feliz y satisfecho, se retiró en silencio para acostarse y aguardar el sueño grato y reparador que nunca falta a una conciencia tranquila.

XIV

LOS ENEMIGOS DE LA FAMILIA

Un sectario a otro sectario.—La influencia del Hogar en la Moralidad de sus miembros, reconocida por las Sectas.—Oposición de éstas a las sanas ocupaciones y costumbres domésticas.—Preciosa confesión.—La corrupción de la mujer es el puñal manejado por los impíos para herir a la Iglesia en el corazón.—Furiosas palabras, excitando a los enemigos de la Religión a que trabajen en pervertir a las mujeres.—Lista de enemigos de la Familia.—Conjuración universal contra la mujer honrada.—Apenas hay ya Familia.

¿A quién no encanta el sublime cuadro doméstico pintado en el capítulo precedente? ¿A quién no arrebatara aquella tierna escena de la oración en común hecha por la Familia cristiana? ¿Quién no encontrará un hechizo celestial en aquellas enseñanzas prácticas de la escuela del Hogar, en aquella piedad y demás virtudes caseras?

Pues bien; de todos esos encantos, de todas esas ternuras, de esa caridad cristiana, de esa devoción, de esa hermosura moral, de esa sencilla y pacífica y deliciosa vida íntima, de ese carácter nobilísimo de escuela, de iglesia y de trono doméstico intentan despojar a la Casa (ya lo han conseguido en gran parte) los fieros y encarnizados enemigos de la Familia.

Hace más de un siglo escribía un sectario a otro:

“Infiltrad el veneno en los corazones escogidos; infiltradlo a dosis pequeñas y como por casualidad; y os admiraréis vosotros mismos del buen éxito que os dará esta táctica.

“Lo esencial es aislar al hombre de su familia y hacerle perder los usos y costumbres que en ella hay. Por la inclinación de su carácter está ya bastante dispuesto a huir de los cuidados de su casa y a correr tras los placeres

fáciles y prohibidos. Le gustan las largas conversaciones del café, la ociosidad de los espectáculos.

"Arrastradlo, atraedlo allí, sin que lo advierta él mismo. Enseñadle a fastidiarse poco a poco de sus ocupaciones domésticas y cotidianas. Con estas mañas, después de haberlo separado de su mujer y de sus hijos, de haberle hecho conocer cuán penosos son los deberes, haréis nacer en él el deseo de otra existencia.

"El hombre nace rebelde. Atizad hasta el incendio esa llama de rebelión; pero que el incendio no estalle. Esto será una preparación a la gran obra de rebeldía que debemos comenzar.

"Cuando hubiéreis insinuado en algunas almas el tedio de la familia y de la Religión, (las dos cosas van casi siempre juntas)...

"Hace muy poco reíase uno de nuestros amigos algo filosóficamente de nuestros proyectos, y me decía: "Para destruir el Catolicismo es preciso comenzar por suprimir a la mujer". En cierto sentido el dicho del amigo es verdadero; empero, puesto que no podemos suprimir a la mujer, corrompámosla.

"El fin es harto soberbio para que no tiente a hombres como nosotros. No dejemos de perseguirle por algunas miserables satisfacciones de venganza personal. El mejor puñal para herir a la Iglesia en el corazón, es la corrupción. ¡A trabajar, pues, hasta obtener el fin!"

* * *

Con ese lenguaje frío, lapidario, cínico, brutal; con esas palabras que rezuman odio satánico a Dios y a la Religión, preconizaba ese impío la destrucción de la Familia cristiana, como cosa necesaria para poder llegar con el tiempo a destruir la Religión y la misma Sociedad Civil.

Hagamos algún comentario a tan categóricas e importantes afirmaciones:

Lo esencial es aislar al hombre de su familia... ¡Oh! ¡cómo reconocen las Sectas la influencia decisiva del Hogar en la moralidad de sus miembros! ¿Queréis corromper al hombre? ¿queréis pervertir al padre, al esposo, al hijo? Sabed que vuestro intento será vano y todos vuestros esfuerzos perdidos, si antes no rompéis los lazos que les unen a ese apretado haz de corazones, que se llama Familia, si previamente no les apartáis del gran semillero de virtudes, que es la Casa.

Lo esencial es aislar al hombre de su familia... Y es que el hombre aislado de la familia, alejado de la casa, incomunicado con el hogar, abandonado a sus solas fuerzas, pierde muy pronto sus energías morales y se hace dócil a toda seducción.

Reparadlo, dice el señor Salvany (1). No hay hombre que no parezca y aun que no sea otro hombre en su casa de lo que es fuera de ella. Mil veces os habrá sucedido conocer en vuestros viajes, o pasatiempos, o negocios, a tal cual individuo, a quien habíais visto frívolo, disipado, ruín tal vez en lenguaje y en acciones: y si después os le sorprendéis entre los suyos, con sus hijos, con su mujer, os parecerá que no es el mismo, le observaréis más formalidad, moderación en el lenguaje, gravedad en el trato, respeto a sí propio y a los demás . Por el contrario, tal o cual persona que conocistéis de conducta regular y mesurada en su casa, os quedaréis pasmado observándola cuando cree estar a solas con sus amigos; os asombrarán los nuevos dichos y modales que allí usa, las libertades a que se entrega, los alardes de cierto género que no escasea. ¡Ah! Y es la misma persona, no obstante. Sólo que en su casa se respeta más a sí propio por respeto a los suyos, porque ante los suyos todo hombre quiere parecer respetable. Pero fuera de casa, hasta el que no es libertino desea tal vez

(1) *Prop. Cat.*, pág. 552.

UNA BODA EN FONTIVEROS

parcerlo para no ser tenido en menos. De suerte que es muy común, es casi regla fija, parecer en casa los hombres más buenos de lo que verdaderamente son; y al revés, parece fuera de casa más malos de lo que son en realidad.

* * *

Lo esencial es aislar al hombre de su familia y hacerle perder los usos y costumbres que en ella hay. Lo menos posible de vida común, y nada de oración en común, ni de práctica de la caridad en común, ni de recepción de los Sacramentos, ni de cumplimiento pascual, ni de asistir a misa los días festivos en corporación. En casa que solo paren lo estrictamente indispensable para comer y dormir, y aún haced que de cuando en cuando coman y duerman fuera. Persuadidles que la vida del hogar, que el trato diario con los hijos y con los hermanitos llorones y guerreros, con la esposa o la madre gazmoña y beata, resulta muy monótono, muy pesado, muy triste y aburrido.

Y como por la inclinación de su carácter está ya bastante dispuesto a *huir de los cuidados de su casa*; como "le gustan las largas conversaciones *del café*, la ociosidad *de los espectáculos*, *arrastradlo, atraedlo allí* con maña y dimisulo. Sí, sí, llevad al esposo, al padre de familia, a los hijos a los centros de diversión, de cualquiera naturaleza que sean, pero siempre con preferencia, a los inmORALES. Conducidles al teatro, al casino, al círculo, al cine, al bar, al cabaret, enseñándoles así *a fastidiarse poco a poco de sus ocupaciones domésticos y cotidianas.*

* * *

Cuando hubieréis insinuado en algunas almas el tedio de la familia y de la Religión, (*las dos cosas van casi siempre juntas*)... ¡Preciosa confesión de los sectarios! La Familia y la Religión van casi siempre juntas; apenas pue-

den separarse. ¿Hay, pues, en una casa vida de familia, verdadera vida de familia? Luego esa casa practica la Religión. ¿Existe en el hombre amor a la familia? Pues también tiene amor a la Religión. ¿Qué hacer, por consiguiente, para destruir la Religión en el Hogar y fuera del Hogar? Destruir moralmente la Familia o, por lo menos, anular en ella la vida común.

* * *

Puesto que no podemos suprimir a la mujer, corrompámosla... El mejor puñal para herir a la Iglesia en el corazón, es la corrupción. Sí, sí, el medio más eficaz, más seguro, más rápido de acabar con la Iglesia, y con la Familia, y con la Escuela, y con la Sociedad Civil cristiana, es la corrupción de la mujer, de toda mujer, sea niña, sea joven, sea vieja, sea hija, sea esposa, sea madre, sea soltera, sea casada, sea viuda, sea pobre, sea rica, sea fea, sea hermosa, sea reina, sea santa.

* * *

¡A trabajar, pues, hasta obtener el fin! Cuantos odiais la Religión, y la virtud, y el orden, y la autoridad; cuantos aspirais a que los pueblos y naciones todas de la tierra apostaten de la fe y sacudan el yugo despótico de Roma; cuantos trabajáis por arrojar a Dios del mundo y recluirle en el Cielo; cuantos militáis bajo las banderas de Lucifer, luchad, luchad con todas vuestras fuerzas.

No seais meticulosos, no es andeis con escrúpulos, no reparéis en los medios. Sabed que es bueno cuanto puede servir a la consecución de ese fin: el chiste picante, el pipopo intencionado, el cuento verduoso, la moda, la novela, la revista, el periódico, el grabado, el teatro, el cine, el baile...

Halagad su amor propio, fomentad su innata inclinación a exhibirse, a figurar, a ser amada. Envolvedla cons-

UNA BODA EN FONTIVEROS

tantemente en una atmósfera de sensualismo y de inmun-
dicia. Atacadla en todas partes: en casa y fuera de casa;
en la calle, en el paseo, en el campo, en la ciudad, en el
tren, en el auto, en el tranvía, en la escuela, en el colegio,
en la visita, en la tertulia, en el obrador, en la tienda, en
la fábrica, en el templo y en el claustro.

* * *

*Lo esencial es aislar al hombre de su familia, y hacerle
perder los usos y costumbres que en ella hay.* Esto inspiró
Satanás a los impíos, a los sectarios, a los revolucionarios.
Y contra la Familia se han alzado en armas, amenazando
destruirla:

a) Los Estados ateos o liberales, que con su laicismo,
llevado a las leyes, han desviado, trastornándole, el curso
natural y recto de la Sociedad Civil.

b) El individualismo moderno que va contra la forma
comunal de la sociedad doméstica;

c) El matrimonio civil que despoja a la unión conyu-
gal del carácter de Sacramento;

d) El divorcio que destruye la consistencia matri-
monial;

e) El amor libre que rehuye las cargas de la pater-
nidad;

f) El casino e instituciones similares que arruinan la
Casa;

g) Los espectáculos y diversiones obscenas;

h) Los chistes y cuchufletas, no castigados debida-
mente, contra el Sacramento del Matrimonio, o contra los
hijos, o la esposa.

* * *

*Puesto que no podemos suprimir a la mujer, corrompá-
mosla.* Esto ordenó el Espíritu inmundo a los miles y
miles de instrumentos y ministros, que tiene en la tierra.

UNA BODA EN FONTIVEROS

Y el maestro impío con su enseñanza laica; el amo impío con su irreligiosidad; el escritor impío con sus novelas inmorales; el periodista impío con sus gacetas y anuncios sicalípticos y con sus crónicas de sucesos o de crímenes pasionales; el empresario impío con la representación de comedias, o exhibición de películas, u organización de bailes y de otros pasatiempos obscenos; el modisto impío con la imposición en el vestir del desnudo más rabioso; y hasta el buen católico, hasta el hombre de iglesia, hasta los más graves y más juiciosos y más sesudos ciudadanos, hasta ¡oh dolor! hasta los mismos padres de familia; hasta ¿podrá creerse? hasta (permitásenos el superlativo) las mismísimas madres han secundado, consciente o inconscientemente, este programa verdaderamente satánico e infernal, cooperando más o menos, de una manera directa o indirecta, inmediata o mediata, formal o material, pero contribuyendo siempre con sus mandatos, con sus consejos, con su negligencia, con su silencio, con sus ejemplos pecaminosos a la corrupción de la mujer y a la destrucción de la Familia.

* * *

¡Ah! las órdenes de las Sectas se han cumplido por todos y en todas sus partes. Pueden batir palmas de alegría. Hasta el mismo Lucifer, bestia asquerosa e inmundada que se revuelca en las cloacas infernales, podría estar satisfecho, si no torturase su corazón de precito una suma y eterna desesperación que acibara y corrompe su gozo aun en los mayores triunfos conseguidos de los pobrecitos mortales. Sí, alégrese, si pueden, el Demonio y sus secuaces. ¡¡Apenas queda ya pudor en la mujer!!... ¡¡Apenas hay ya Familia!!...

XV

LAS PRACTICAS ANTICONCEPCIONALES

Supremo recurso de los sectarios para acabar con la Familia.—Párrafos de un artículo de Dn. Severino Aznar.—Palabras de Sn. Jerónimo.—La razón de nuestra conducta.—Los procedimientos anticoncepcionales prohibidos siempre a todos bajo pecado mortal.—Los pecados contra la naturaleza del acto conyugal revisten entre los católicos mayor malicia.

Apenas hay ya Familia y aun desaparecerá totalmente, si no se aplican pronto y eficaces remedios a esa pestífera y asquerosísima enfermedad que padece últimamente. Nos referimos a las nefandas prácticas anticoncepcionales que de una manera rápida y alarmante se van difundiendo por todo el mundo en nuestros días.

Las prácticas anticoncepcionales: he aquí, efectivamente, el más terrible, el más virulento, el más pernicioso de cuantos males vienen aquejando a la Familia desde el siglo pasado; he aquí la causa de la tremenda crisis, por que hoy atraviesa; he aquí la postrera trama, trama verdaderamente diabólica, urdida por los impíos para consumir la corrupción, el embrutecimiento del hombre y de la mujer, unidos en matrimonio; he aquí el supremo recurso de los sectarios para dar el golpe de gracia a esa institución tan santa y tan divina.

* * *

Antes de seguir adelante en un asunto tan delicado y espinoso como este, vamos a transcribir unos párrafos del artículo publicado por Dn. Severino Aznar en el número 5,722 de *El Debate*, periódico de Madrid, correspondiente al 17 de noviembre de 1927. Dice así el ilustre periodista católico:

“Con motivo de mi reciente artículo sobre la crisis de

la familia, he recibido varias cartas. Este hecho y, sobre todo, los tonos cálidos en que están escritas, revelan que es ese un problema candente, una llaga en carne viva, la clave de miles de dramas silenciosos en el recato perturbado de los hogares españoles.

“En ese artículo yo exhibía el estado de la institución de la familia en el mundo y, como ejemplos, exponía a qué derrumbamiento rápido la llevaban el aborto, el divorcio y, sobre todo, las prácticas anticoncepcionales en los Estados Unidos y en Alemania. Y uno de mis comunicantes me dice:

“Pero ¿se hace usted la ilusión de que eso pasa sólo en el extranjero, y de que no pasa ya en España? En X, donde vivo, hubo el pasado mes 32 nacimientos y 52 defunciones; en pueblos de la provincia dicen que las mujeres se juramentan a no pasar de los dos hijos; en Z, hay pueblos sin estación de ferrocarril que tampoco quieren pasar de los dos hijos...

“Otro, de otra provincia, me escribe: “Solo dos vecinos emigraron a trabajar a Francia y han sido bastante para contagiar al pueblo. Las mujeres van a misa los domingos; muchas, hasta a la novena, pero no tienen hijos”. Y otro: “Esta provincia es agraria y cristiana. Pero las prácticas anticoncepcionales están al alcance hasta de las aldeanas. El mal lo han traído de Francia. Allí van a trabajar las tierras del Mediodía y, con los francos que ganaron, se traen el contagio. Su fe que a veces tiene arrebatos románticos y sostiene bien el culto, no es bastante fuerte para imponerles el sacrificio de tener muchos hijos y mantenerlos. No sé a donde vamos a ir a parar”.

“Alguna vez, al ir a escribir sobre estos problemas, me he preguntado: ¿no será mejor callar? La mano me cortaría antes de suscitar conscientemente en el alma del lector un mal pensamiento, y, sobre todo, un mal propósito.

Al exhibir los malos ejemplos, aun para censurarlos, ¿no suscitaré el torpe propósito de la imitación? Por eso he callado. Pero los hechos me van convenciendo de que no es buena esa táctica. El silencio no es medicina. El mal sigue su camino, el contagio se extiende como mancha de aceite o como reguero de pólvora, y si se quiere contener el incendio, no hay más remedio que hacer ver sus estragos, tocar a rebato y acercarse a la llama, aunque moleste, aunque quemé...

“Esas familias y esas provincias, ya contaminadas, conviene que tengan conciencia clara de lo que hacen, y del daño que producen a sí mismas y a España.”

* * *

Manifestaremos también que Sn. Jerónimo, escribiendo a una virgen e instruyéndola en los deberes del celibato, a que pensaba consagrarse, no temía expresarse en ciertos términos que podían ofenderla. ¿Y por qué lo hacía? Quiero más, la decía el Santo Doctor, ponerme en peligro de hablaros con un poco menos de reserva, que callaros ciertas verdades que conciernen a vuestra salvación: “Malo verecundia periclitari, quam veritate.”

* * *

Pues bien: como es indudable que el buen o mal uso del acto conyugal puede determinar la eterna salvación o eterna condenación de los esposos. Como, por otra parte, de ese recto o torcido uso se siguen grandes bienes o daños irreparables a la sociedad, a la patria y a la Iglesia. Como, en fin, no se trata de una enfermedad que afecte sólo a unos cuantos individuos, a unas pocas familias, o a tal cual pueblo o ciudad, sino de un contagio que “se extiende como mancha de aceite o como reguero de pólvora”, habiendo ya invadido muchas naciones de allende y de aquende el Atlántico y provincias enteras dentro de nuestra

misma patria, nos creemos obligados a aprovechar la oportunidad que nos ofrece este modesto trabajo literario, para levantar nuestra voz y decir de una manera clara y terminante que los casados que quieren el uso del matrimonio y no quieren el fin natural e inmediato del mismo; que quieren el placer por el placer a secas, más no sus efectos y consecuencias; que quieren vivir maritalmente, pero no tener hijos, poniendo, al efecto, en práctica cualquiera de los procedimientos anticoncepcionales, son una abominación contra la naturaleza; son partidarios y propagandistas de la impía y demoledora doctrina neomalthusiana; son activos cooperadores a la tenaz campaña, emprendida por las Sectas para herir de muerte a la Familia, consumando la corrupción, el envilecimiento de los esposos, y arrebatando de paso a la mujer casada la más preciada joya de su corona de Reina del hogar: ¡la Maternidad!

* * *

“Un católico, dice el Sr. Arnaz en el artículo citado, no puede hacer eso. El catolicismo no tiene ninguna complicidad con esas maquinaciones (anticoncepcionales). No las tolera, las anatematiza. Las ha condenado siempre como prohibidas por la ley natural, como intrínsecamente inmorales. Sus grandes Doctores lo llaman “crimen abominable”, y en el orden de malicia moral lo colocan “junto al homicidio”. Habrá católicos que las practiquen, pero también los hay que roban y matan, y eso no lo hacen como católicos, sino olvidándose de que lo son. Quizá, por ignorancia; quizá, por un desfallecimiento moral entré el deber y el ansia de comodidad o el miedo al sacrificio, en sus espíritus triunfa el egoísmo o el miedo.”

Completamente de acuerdo con el eminente sociólogo y publicista, añadiremos, sin embargo, que esas maquinaciones anticoncepcionales están prohibidas, absoluta, radical

y terminantemente prohibidas, bajo pecado mortal prohibidas, no sólo a los católicos, sino también a los *no católicos*, a *todos los no católicos*, sean herejes, sean cismáticos, sean racionalistas, sean ateos, sean judíos, sean infieles o paganos.

Tan universal es esta prohibición, tan firme y tan duradera, tan libre y exenta de toda licencia, dispensa, privilegio y prescripción en contrario, que ni en los tiempos pretéritos, ni en nuestros días, ni en los siglos venideros, ha habido, ni hay, ni habrá, ni puede haber hombre o mujer alguna, aunque fueran reyes o emperadores, a quienes eso sea lícito.

Es libre el hombre, sea católico o no lo sea, para casarse o no casarse, porque el matrimonio, necesario a la especie humana por razón de su conservación, no lo es a cada individuo en particular.

Son libres los casados, cualesquiera que sean, para usar o no usar del matrimonio, poniendo o no poniendo el acto conyugal, ya que, pudiéndose conservar perfectamente la especie humana, aunque algunos casados no tengan hijos, dicho acto no se de esencia del matrimonio. Y si el acto conyugal no es de esencia del matrimonio, tampoco es el objeto explícito del consentimiento matrimonial. El consentimiento de los esposos, dice Sto. Tomás (1) no recae expresamente sobre la cópula carnal, sino sobre *el derecho* a la misma. Pues bien: tratándose, no de una necesidad u obligación, sino simplemente de un derecho, está claro que, de suyo, pueden los casados de común acuerdo renunciar a él.

En lo que no es libre ni el hombre, ni la mujer, ni los casados, ni los solteros, ni el católico, ni el acatólico, ni nadie, absolutamente nadie, es en poner el acto conyugal, pero impidiendo formal y directamente que se siga el *efecto*

(1) Suplem. Q. XLVIII, art. 1.

natural del mismo. Y no puede hacerse esto nunca, ni por nadie, porque es *esencialmente* inmoral, *intrínsecamente* malo, *objetivamente* desordenado; y, por consiguiente, está prohibido por una ley natural, no como quiera, sino de carácter negativo; y los preceptos naturales negativos obligan, como dicen los teólogos, *semper et pro semper*, en todo tiempo, en todo lugar, en cualquiera circunstancia y, sin excepción, a todos los hombres que vienen a este mundo.

Buscar, pues, en el acto conyugal, *única y exclusivamente, el deleite*, impidiendo la generación por cualquiera de las prácticas anticoncepcionales, es un pecado feísimo y abominable, por oponerse directamente al fin que la naturaleza asignó a dicho acto.

* * *

Claro es que entre los esposos católicos, ese pecado reviste mayor malicia, por la naturaleza sacramental del Matrimonio. Siempre tuvo éste, como obra de Dios, un carácter sagrado, según aquellas hermosas palabras de León XIII (1): "Teniendo el matrimonio a Dios por autor, y habiendo sido desde el principio como un reflejo de la Encarnación del Verbo divino, por esto mismo reviste un carácter sagrado, no adventicio, sino ingénito, no recibido de los hombres, sino impreso por la misma naturaleza."

Pero esta santidad aumentó en muchísimos grados, al ser elevado en la ley de gracia el contrato matrimonial a la dignidad de un grande Sacramento (2) y de un profundo misterio, como que representa la unión indisoluble de Jesucristo con la Iglesia, su Esposa, y de la naturaleza divina con la humana en el Verbo encarnado.

De esta naturaleza sacramental y representativa del Matrimonio entre católicos emanan las obligaciones, que im-

(1) Enciclica. 10 de feb. de 1888.

(2) S. Pab. a los Efesios, c. v. r. 32.

pone a los esposos, que son: 1^a, contraerle con intencion pura y santa; 2^a, recibirle con conciencia limpia y exenta de pecado; y, 3^a, no usar de él sino según Dios y con un fin digno de Dios.

De esa misma excelencia y santidad del Matrimonio católico dedúcese, que en él existen leyes establecidas por Dios, y que no es permitido quebrantarlas.

Dedúcese que el Matrimonio es un estado de castidad y de continencia, lo mismo que el celibato, sea cual fuere la diferencia que medie entre uno y otro.

Dedúcese que los desórdenes que se cometen entre los casados, muy lejos de excusarse y justificarse por el Sacramento, tienen por lo mismo una malicia y una deformidad particular.

Dedúcese que el efecto de la sociedad conyugal debe ser una unión de corazones perfectísima entre el esposo y la esposa, pero sin que el amor mútuo se oponga al amor de Dios y, por consiguiente, el esposo y la esposa deben estar unidos entre sí por el afecto, de tal modo, que el uno y el otro lo estén al mismo tiempo más estrechamente con Dios.

Dedúcese que Jesucristo, al instituir el Sacramento, no quiso que sirviese para que el crimen de uno se hiciera propio del otro.

Dedúcese, en consecuencia de esto último, que la esposa debe, sí, estar dispuesta a condescender con todos los deseos razonables del marido, pero, al mismo tiempo, debe tener la fortaleza de resistirle cuando se trate de seguir sus pasiones y de participar en sus desórdenes.

Dirán, tal vez, algunas esposas: —Yo debo obedecer a mi marido.

—Ninguna obediencia le debéis en perjuicio de la ley de Dios.

—Pero él me aborrecerá y despreciará.

—Su desagrado en este caso os valdrá más que su estimación.

—Mas se turbará la paz en el hogar.

—Tendréis la paz de la conciencia, y ella os bastará.

—El buscará todas las ocasiones de afligirme.

—Vuestra aflicción os aprovechará para ejercer la paciencia y, al fin, Dios os consolará. (1)

Sí; a la esposa prudente y santa, que lucha y sufre en el matrimonio por amor de Dios, suele a veces consolarla el Señor hasta con la conversión del marido. Sn. Pablo afirmó que “la mujer cristiana y virtuosa es la santificación de su marido” (2). Sn. Jerónimo, escribiendo a Leta, hija de un padre idólatra, a quien su esposa había convertido, dijo elegantemente: “Yo pienso que el mismo Júpiter, que adoraban los paganos, hubiera creído en Jesucristo, si hubiese vivido con una familia tan santa.” (3)

Dedúcese, finalmente, del carácter sagrado y representativo del Matrimonio católico la malicia enorme que tienen los pecados entre los esposos y, particularmente, los cometidos contra la naturaleza del acto conyugal. De los gentiles dijo Sn. Pablo: “Por lo cual (por la idolatría) los entregó Dios a los deseos de su corazón, a la inmundicia: de modo que deshonraron sus cuerpos en sí mismos... Por esto los entregó Dios a pasiones vergonzosas. Porque sus mujeres mudaron el *natural uso en otro uso, que es contra naturaleza*. Y así mismo los hombres dejaron el natural uso” (4). Pues bien: si Dios permitió que los gentiles, para saciar sus pasiones bestiales, trastornasen todo el orden de la naturaleza, empleando los procedimientos más infames y vergonzosos; si estas carnales abomina-

(1) P. Claret, *Sermón sobre el matrimonio*.

(2) I ad Cor. VIII, 1.

(3) Ego puto, etiam ipsum Jovem, si habuisset talem cognationem, potuisse in Christum credere.

(4) Ad Romanos, c. I, vv. 24, 26 y 27.

ciones eran indicio claro de la justa cólera de Dios, ¿qué puede prometerse un cristiano que se atreve a contaminar la santidad de su nombre, entregándose a los deseos de la carne? ¿Y qué espantoso castigo no estará reservado a los esposos católicos que profanan la santidad del Sacramento del Matrimonio, conduciéndose en el uso del mismo más como bestias que como hombres? Sobre todo ¿qué tremendas maldiciones no lanzará Dios contra los que ponen en práctica los métodos anticoncepcionales o, más crueles y salvajes que las mismas fieras, quitan la vida al hijo, mediante el aborto o por cualquier otro medio reprobado?

XVI

CONTINUA LA MISMA MATERIA
DEL ANTERIOR

El libro sagrado de Tobías.—Espantoso suceso.—Se habían entregado a su pasión como el caballo y el mulo que no tienen entendimiento.—Abominación absurda y monstruosa.—Los impíos y sectarios contra el sentimiento de la Paternidad.—La moral del Bolchevismo en orden a la esposa.—Linda moral revolucionaria.

Algo de los espantosos castigos y maldiciones que Dios fulminará contra los que practican las doctrinas anticoncepcionales podemos vislumbrar por un suceso terribilísimo que se refiere en el sagrado libro de Tobías, el cual, viene a ser como el Código de la Familia cristiana. Libro verdaderamente precioso y utilísimo, que debieran saber de memoria los esposos, los padres, los hijos, los suegros y los yernos, por contenerse en él, como en compendio, los deberes de unos y de otros. Libro que describe con sencillez encantadora diferentes escenas del Hogar, sazonzando la narración, y haciéndola cada vez más interesante, con un no sé qué de atractivo, de fascinador, que subyuga hasta el punto de no poder soltarle de la mano, una vez comen-

zada la lectura. Libro, cuya meditación, atenta y reposada, basta para hacernos amables la Casa, la Familia y todas las virtudes domésticas. Libro que parece escrito para estos tiempos calamitosos, en que el Hogar cristiano sufre tan honda crisis. Libro, por el cual, como dice el Ilmo. Sr. Scio en el proemio al mismo, "los padres de familia entenderán que no pueden trabajar más eficazmente en su santificación, que atendiendo a criar en piedad y temor de Dios a sus hijos, acudiendo al socorro temporal y espiritual de sus hermanos, y llevando con la mayor resignación y conformidad los trabajos y adversidades que Dios les envíe, asegurados de que todo, por último, se les ha de convertir en bendición y prosperidad". Libro, en fin, que debiera constituir con frecuencia (nos atrevemos a suplicárselo) el objeto de las sencillas explicaciones doctrinales y de las pláticas morales de los reverendos y beneméritos señores curas párrocos.

* * *

He aquí el espantoso suceso, a que antes hicimos referencia. Sara, la rica y hermosa hija de Raguel y de Ana, judíos desterrados que habitaban en Rages, ciudad de los Medos, había llegado a la edad nubil. Aunque la virtuosa y casta doncella conservó siempre su alma limpia de toda concupiscencia y nunca había codiciado varón (1), ni asistido a diversiones peligrosas, ni tenido trato con los que se portaban livianamente (2), no obstante, accediendo a los deseos de sus padres, consintió en tomar marido, no por lujuria, sino por solo el amor de los hijos, en los que fuera bendito el nombre del Señor por los siglos de los siglos (3).

Clebráronse los desposorios y el convite nupcial con extraordinaria pompa y alegría. Mas, ¡oh inconstancia de las cosas humanas! Al regocijo sucedieron inmediate-

(1) Tob. c. III v. 16.

(2) Id., id., v. 17.

(3) Id., id., v. 18 y c. VIII, v. 9.

te el luto y el dolor. ¡La misma noche de las bodas, apenas fué introducido el esposo en la habitación de la esposa, murió de repente antes que se llegase a ella, como a su mujer! (1).

No tardó en pretender a Sara un segundo mancebo... Nunca lo hubiera hecho: como el primero, murió también lastimosamente, luego que entró en el dormitorio de aquella.

A pesar de lo ocurrido a los dos anteriores, hubo otros cinco que tuvieron valor para dar su mano a la joven israelita, arrastrados de su hermosura, de las riquezas de sus padres, y, sobre todo, de la lascivia y de los perversos instintos carnales, en que los malvados se abrasaban.

¿Qué sucedió? ¡¡Horror!!... ¡Todos cinco corrieron la misma suerte que los dos primeros! ¡Sucesivamente fueron perdiendo la vida de la manera más trágica, sin conseguir llegarse a la honesta y piadosa hija de Raguel!... ¡Un demonio horrible y perversísimo, el más poderoso y como el rey de los espíritus infernales que habitaban en la Media y en las provincias limítrofes, pues era el encargado en aquellas regiones de provocar a los esposos a la liviandad y de castigarlos, luego que caían, fué el terrible ejecutor de la venganza de Dios en los siete esposos de Sara! ¡Asmodeo, así se llamaba este inmundo espíritu (2), los fué ahogando uno a uno hasta que acabó con todos!...

* * *

¿Cuál fué la causa de la desastrosa muerte de aquellos desventurados? Fué, dice el sagrado texto, "que habían abrazado el matrimonio de manera, que habían echado a Dios de sí, y de su mente, y se habían entregado a su pasión, como el caballo y el mulo que no tienen entendimiento (3); fué que aspiraban al acto conyugal, llevados más de la pasión, que del amor de tener hijos (4)."

(1) Tob. c. III, v. 8 y c. VI, v. 14.

(2) Id., id., v. 8.

(3) Id. c. VI, v. 17.

(4) Id., id., v. 22.

Ahora bien: si así castigó Dios las perversas intenciones, los lascivos deseos de los esposos de Sara, deseos e intenciones que no llegaron a realizarse, ¿cómo castigará tantos y tan enormes pecados de obra, cometidos por los esposos católicos contra la santidad del Matrimonio? Particularmente ¿cómo castigará la abominación absurda y monstruosa de los que ponen en práctica los métodos anti-concepcionales?

* * *

Sí: abominación absurda y monstruosa; tan absurda y tan monstruosa, que a duras penas se puede concebir sino en individuos degenerados y envilecidos hasta el extremo de poderse dudar con fundamento si se mantienen aun dentro de las fronteras que circundan la humana personalidad, consciente y libre, o sí, por el contrario, han emigrado ya a las frías y asoladas regiones, donde reinan la irresponsabilidad y el idiotismo.

Abominación absurda y monstruosa contra la naturaleza del acto conyugal, como arriba hemos demostrado.

Abominación absurda y monstruosa contra uno de los fines del Matrimonio, que es la generación, según enseña Santo Tomás, y con él todos los teólogos y filósofos, cualquiera que sea la escuela a que pertenezcan.

Abominación absurda y monstruosa contra la necesidad del mismo Matrimonio en orden a la conservación de la especie humana. Pues lo grande, lo excelso, lo sublime de la unión conyugal del hombre y de la mujer es que de dicha unión depende la perpetuidad, la inmortalidad del género humano, mediante la constante producción y reproducción de los hijos.

Abominación absurda y monstruosa contra el origen mismo del amor conyugal que, según afirmación de todos,

incluso los positivistas, no es otro que la aspiración a la Paternidad, el deseo común del hijo.

* * *

Este sentimiento de la Paternidad es tan natural al hombre, que se despierta en él ya en los primeros años de la niñez, siquiera sea, claro está, de una manera confusa e inconsciente.

Bien lo saben los impíos y sectarios de nuestros días, y así trabajan cuanto pueden por destruir en cierne o, por lo menos, estorbar y reprimir ese hermoso sentimiento.

Confirmará esto una noticia de Rusia, recogida y comentada por *El Debate* (1). Dice así el popular diario católico de Madrid: "Pedagogía bolchevique.—Un grupo de maestros rusos—nos dice el telégrafo—ha votado contra el uso de las *muñecas* en los juegos infantiles. ¿Por qué? Porque "en la sociedad bolchevique la muñeca es una institución inadmisibile que crea en las niñas una mentalidad burguesa, *las acostumbra a menudas ocupaciones domésticas* y suscita en ellas *prematuros sentimientos de maternidad*".

"Es difícil—confesémoslo—hallar un comentario a tono con esta noticia. Resulta demasiado triste para que nos burlemos y demasiado pequeña para emplear en ella nuestra indignación.

"No es la primera vez que los comunistas muestran su aversión al alma infantil. Véase que ya no se trata del cortejo de crímenes que acompaña la locura de algunos momentos. Es ya la teoría, puesta frente a frente de la infancia y mirándola con hostilidad. Bastaría, en efecto, rodear a la infancia de ternura, seguirla en sus inclinacio-

(1) Número correspondiente al día 22 de enero de 1928.

nes con amor para que fuese imposible obtener de los niños de hoy comunistas de mañana.

“Por esa causa no quieren los maestros rusos despertar tales sentimientos, en vez de tales otros. Quieren sencillamente ahogar los afanes del alma infantil. Una muñeca *no suscita sentimientos de maternidad, sino que responde a ellos*. Son, pues, *los sentimientos de maternidad* los que se quieren destruir en la muñeca.”

Conste, pues. Las sectas revolucionarias de Rusia; los gobernantes que rigen los destinos de aquel país desventurado; los ciudadanos que están al frente de la enseñanza y de la administración soviéticas, pretenden, con una sangre fría que espanta, y una crueldad más que neroniana, y una malicia más que diabólica, ahogar los azulados ensueños, los inocentes afanes, las naturales y santas aspiraciones del alma infantil. Quieren acibarar, encoger, destruir, pisotear el tierno y puro corazón de los niños de uno y otro sexo, impidiendo que germinen en él la afición al Hogar, el cariño a la Familia, el sentimiento de la Paterinidad, el amor a los hijos; y aspiran a impedir esto por todos los procedimientos, hasta por el tan pueril, como impío y desnaturalizado, de prohibir a las niñas *jugar a las muñecas*, creando así el Estado Comunista un nuevo monopolio: el de poseer él solo la exclusiva para jugar a su antojo, cual si no fueran otra cosa que *Peponas de goma o de serrín*, con los niños y niñas abandonados que, en número de *más de siete millones*, según ha dicho la viuda de Lenin, pululan por el territorio bolchevique, cometiendo toda suerte de fechorías y trastadas.

* * *

Anotemos, de paso, cual es la moral del bolchevismo en orden a la esposa. El camarada Sarrasof, dice *El Debate* (1), tomando la noticia del *Corriere de la Sera*, ha sido

(1) Número 5,780.

UNA BODA EN FONTIVEROS

expulsado del partido comunista por haber dado a su esposa unos consejos que, en síntesis, son como siguen:

1º En caso de disputa, toma la iniciativa para restablecer la paz, estudiando los medios que más se adapten al carácter de tu marido.

2º Ama a tu marido el ciento por ciento.

3º Dí solamente y por entero la verdad; ama a tu casa y haz lo que puedas para que sea confortable.

4º Esfuérzate en comprender el gusto de tu marido en las relaciones con los demás y en la vida íntima entre marido y mujer.

5º Obedécele ciegamente, sin discutir sus órdenes.

6º Considérate como una simple consejera, y, cuando tu marido no parezca muy dispuesto a seguir tus consejos, haz lo que él diga.

7º Acostúmbrate a ver en tu marido el hombre ideal.

8º Comprende que tu vida solo ahora es completa, y dale a tu marido todo lo mejor que haya en tu corazón, en tu alma y en tu pensamiento.

9º Sé siempre mujer y no te masculinices.

Ahora bien: como los directores del partido comunista ruso han juzgado los consejos que preceden, dignos del castigo impuesto al pobre Sarrasof, claro es que la esposa bolchevista debe ser todo lo contrario de lo que en aquellos se enseña. Y así la esposa bolchevista *no debe amar la casa*, ni esmerarse en asearla y embellecerla, ni ser la primera en procurar la paz de la familia, ni trabajar por conocer los gustos de su marido, ni considerarle como el hombre ideal, *ni obedecerle, ni hacerle dueño de su pensamiento, de su alma, de su corazón*, y de todo lo mejor que haya en ellos.

* * *

¡Linda moral revolucionaria! ¡Pobres niños despojados hasta de sus juguetes; pobres esposos, sin derecho al cariño

de la esposa; pobres mujeres, a quienes se prohíbe amar la casa; pobres hogares, más solitarios y fríos que las estepas de Siberia, ¿qué sería de ellos, si llegasen a triunfar en el mundo las doctrinas comunistas?...

XVII

UNA PORCION DE COSAS QUE CONVIENE QUE
SEPAN CIERTOS CATOLICOS DE
ULTIMO CUÑO

Los casados deben ir al Matrimonio para dar hijos a la Patria.— Palabras de Mussolini.—Refutación sumaria del Neomalthusianismo.—Su introductor en España.—Más cosas que se deben decir muy alto a los esposos, piadosos, sí, hasta beatos a su modo, pero que no quieren tener hijos.—¡Progreso! ¡civilización!... ¡bellas palabras!...

Hemos hablado en el precedente capítulo de la moral bolchevista en orden al Matrimonio, porque conviene que la conozcan, juntamente con otras cosas, esos católicos que, por ignorancia o por malicia, por ansia de comodidad o por miedo al sacrificio, están contribuyendo a la destrucción de la Familia, mediante el empleo de los procedimientos anticoncepcionales, divulgados por el neomalthusianismo.

Conviene que sepan esos católicos que el marido y la mujer no hacen otra cosa que prestar solidariamente un servicio a la Humanidad, presente y venidera. Este concepto del bien común, del interés social, es el que presidía ya en las leyes de los antiguos pueblos paganos. La utilidad pública es lo principal que debe consultarse en los matrimonios, dice Platón en las Leyes. Según el derecho romano, los ciudadanos debían casarse para dar hijos a la República.

Salvadora tendencia, ciertamente, porque el número y

la moralidad de los habitantes influye de una manera decisiva en la prosperidad y grandeza de los Estados.

Sepan, pues, los católicos, a quienes nos venimos refiriendo, que, como dice el señor Aznar en el artículo de referencia, "para el Estado, esas prácticas (ias anticoncepcionales) son una agresión. El neomalthusianismo que, en sí, es una perversión de los instintos de la naturaleza, un colapso del santo instinto de la Maternidad, como una hipofofia de pueblos decadentes, es, con relación a la Sociedad, una agresión, un brote de individualismo bárbaro, un surtidor de egoísmo, o un gesto de cansancio medroso y desfallecido."

* * *

"Una «enquête» reveló hace meses que Milán comenzaba a contaminarse y que su natalidad se derrumbaba. Mussolini la increpó: "No eres leal a Italia—le dijo—. No cumples el primero de tus deberes para con tu Patria. Siguiendo así, la empequeñeces, la debilitas, la traicionas. Y el Estado tendrá que defender a la sociedad italiana por ti traicionada".

"Ese lenguaje tendrán que emplear todos los Estados con las regiones, con las clases sociales que niegan a la Sociedad hijos que la robustezcan o la conserven. ¿Qué haría con ellos, si le negaran la contribución o se resistieran a cederle sus hijos para defender a España en peligro? Pues la primera de las contribuciones es la de darle hijos, y negarse a tenerlos, es negarse a dárselos para defenderla."

* * *

Conviene que sepan esos falsos católicos a quienes nos venimos refiriendo, que antes el término medio de hijos por matrimonio era de seis a ocho, habiendo, no obstante, prosperidad y abundancia en las familias, las cuales, a su vez, hacían grandes y poderosas a las naciones.

UNA BODA EN FONTIVEROS

Conviene que sepan esos católicos que los métodos anti-concepcionales ocasionan con el tiempo el hastío mutuo de los esposos y, como una consecuencia lógica, la infidelidad conyugal y la ruina de los matrimonios.

Conviene que sepan que, por lo general, el hijo único, por mimarle los padres con exceso, recibe una educación moral defectuosa y tiende a la holgazanería y al vicio.

Conviene recordar a esos esposos católicos, deshonra y vergüenza del Catolicismo, que éste jamás ha enseñado, ni aprobado, ni tolerado tales procedimientos, antes los condena, los execra y anatematiza.

Conviene recordarles que los grandes Doctores de la Iglesia califican tales prácticas de "crimen abominable", y en el orden de malicia moral, las colocan "junto al homicidio".

Conviene recordarles que, como arriba dejamos consignado, tales prácticas, por ir contra la naturaleza del acto conyugal, jamás son lícitas, antes, objetivamente consideradas, constituyen y constituirán siempre un pecado horrendo.

* * *

Conviene que conozcan esos católicos las regiones en que se fraguan los rayos, y el campo desde donde parten el fuego graneado y la metralla, que están aniquilando la Familia en nuestros días.

Por eso hemos aducido antes algunos ejemplos, como prueba de la moral de los sectarios y del comunismo ruso en orden a la Familia y, con el mismo fin, vamos a recordar ahora a tales católicos de *pacotilla* un trágico suceso que, hace unos cuantos lustros, llenó de horror a la Villa y Corte de España y que, a no mediar una providencia especialísima de Dios, hubiera cubierto de luto a toda la Nación.

El día de la boda de S. M. el Rey Dn. Alfonso XIII,

cuando la comitiva regia, después de la ceremonia nupcial, recorría la calle Mayor, de regreso a palacio, entre los más calurosos y sinceros vítores y aplausos del pueblo madrileño y de un sinnúmero de forasteros, desde el balcón de una casa de dicha calle fué arrojada sobre la carroza real una bomba que mató a veintitrés personas y produjo heridas, más o menos graves, a otras ciento, resultando los Reyes ilesos por una especie de milagro.

Estamos seguros de que, al llegar a este punto, todos nuestros lectores pronunciarán todavía con espanto el nombre fatídico del desalmado que lanzó la destructora máquina infernal.

Oid, pues, católicos, que os atrevéis a profanar la santidad del Matrimonio, empleando los nefandos procedimientos anticoncepcionales. Aquel desalmado que atentó contra la vida de Dn. Alfonso y de Dña. Victoria, cuando acababan de formar una nueva Familia, mediante el Matrimonio; aquel desalmado que anegó en llanto tantos hogares madrileños; aquel desalmado que, de conseguir su propósito, hubiera atraído sobre nuestra amada Patria el terrible azote de la anarquía y de la revolución; aquel terrorista, regicida y suicida, que se llamó Mateo Morral (1), puede decirse que *fué el que introdujo en España el neomalthusianismo*, porque tradujo a nuestra lengua una obra de Paul Robin, (2) donde se enseñaban las prácticas contra la generación, desconocidas hasta entonces del lado acá del Pirineo; y, no sólo hizo la traducción, sino que la repartió gratis entre las obreras de Cataluña y aún la propagó por el resto de la Península.

* * *

(1) Aplicamos estos calificativos al anarquista profesor de la "Escuela Moderna" de Barcelona, por razón de los hechos, de que fué autor, mas respetando siempre, como cristianos, la memoria del difunto. ¿Quién sabe si el Dios infinitamente misericordioso no le tocaría eficazmente el corazón en el último momento?

(2) Paul Robin, después de fundar en Francia la "Liga de la Regeneración Humana" para enseñar las prácticas anticoncepcionales, publicó, con el mismo fin, un folleto titulado *Generation Volontaire*. Este folleto fué el que vertió al castellano Mateo Morral.

Todavía hay otras cosas que conviene decir, y decir muy alto, a esos *cristianos ultramodernos*, a esos matrimonios *católicos de último cuño*, a esos consortes *piadosos, hasta beatos*, con una piedad *sui generis*; a esos jefes de la casa, que andan siempre *entre el incienso y el agua bendita*, pero que no quieren tener hijos; a esos maridos, cuya fe, "según manifiesta uno de los comunicantes del señor Aznar, a veces tiene arrebatos románticos y sostiene bien el culto, mas no es bastante fuerte para imponerles el sacrificio de tener muchos hijos y mantenerlos"; a esas mujeres que, según dice otro comunicante, "van a misa los domingos, muchas, hasta a la novena, pero no tienen hijos."

—Yo oigo gritos angustiosos que se levantan de todas partes: de las casas, de las plazas, de las calles, de los caminos, de los campos... Escucho atentamente... ¡Ah! no hay duda: son llantos y gemidos de millares y millares de niños y de niñas inocentes, arrojados al arroyo o muertos alevosamente, apenas han nacido, y, aun en el mismo seno materno que ha dejado de ser para los infelices un asilo seguro.

—¡Imposible! ¡imposible! me dice una voz interior. Eso no puede ocurrir en nuestros días. Esa angustiada gritería que tu oyes, no es, no puede ser más que un eco; eco de sucesos remotísimos, que repite, a pesar de las centurias transcurridas. Es el eco del llanto lastimero de los primogénitos hebreos, muertos por las parteras egipcias de orden del impío Faraón. Es el eco del llanto lastimero de los inocentes parvulillos, degollados por el cruelísimo Herodes y por sus esbirros en Bethlehem y en sus cercanías. Es el eco del llanto lastimero de los niños fenicios y cartagineses, sacrificados a Mercurio y a Saturno. Es el eco del llanto lastimero de los niños nacidos en Roma el día de la muerte de Germánico, abandonados por sus padres y expuestos en las calles y en los campos, para honrar di-

cha muerte (1). Es el eco de los llantos y gemidos lastimeros que se oían continuamente en las inmediaciones del *Velabro* (2) y de la columna *Lactaria* (3), sitios funestos de la corrompida Roma pagana, en el primero de los cuales eran ahogados todas las noches y en el segundo amontonados un sinnúmero de niños recién nacidos, pesada e inútil carga, de que se libraban sus padres, para poder continuar, sin que se disminuyese su placer, el lujo y la mollicie de su voluptuosa existencia (4). Es el eco...

—No, no es eco; son gritos, son llantos reales y verdaderos. Son llantos de los pobrecitos niños expósitos o privados de la vida, mediante el infanticidio y el aborto, en pleno siglo veinte.

—¡¡Horror!!... ¡¡horror!!; dice la voz interior. ¿Dónde suceden esas cosas? ¿dónde se cometen tales crímenes? ¿quién se atreve a derramar tanta sangre inocente? ¿quién tiene la osadía, el cinismo, la barbarie, la crueldad inaudita de allanar la oculta y sagrada morada del claustro materno, haciendo llegar hasta él el odio, la destrucción y la muerte?...

—Esos delitos horrendos, esas abominaciones infernales acontecen en Europa y en América.

—¡Mentira! En caso, sucederán en la China, en la Hotentocia o en otras regiones incivilizadas y salvajes.

—No sólo acontecen en países civilizados, sino que las cometen los *mismos padres*.

—¡Mentira! ¡mentira! ¡Es imposible que haya padres tan egoístas, tan desnaturalizados, tan sin entrañas; y, mucho menos, en este siglo de plétora de cultura, de har-

(1). Sueton. in Caligul. N. 5.

(2) El Velabro era un pantano cenagoso, situado cerca del Monte Aventino. Servía de receptáculo a las inmundicias que en él desaguaba la Cloaca Máxima de Tarquinio.

(3) La columna Lactaria estaba en el foro Olitario.

(4) Hist. de la Familia, t. I, pág. 264.

tazgo de descubrimientos, de borrachera de progreso y de civilización!...

* * *

—Progreso! ¡civilización!... ¡bellas palabras! ¡Pero cuán cierto es que de esta inmensa civilización material de nuestra época puede decirse que es un brillante sudario que cubre un cadáver! ¡Qué verdadera resulta también en nuestros días la enérgica expresión de San Juan Crisóstomo, al decir que “el mundo estaba podrido en sus costumbres” (1). Corrompida hasta la mujer, hasta la esposa, hasta la madre. Sí, “la noble y bienhechora compañera del hombre; aquella, cuyo rostro debe ser en el hogar doméstico lo que el sol al asomar en la naturaleza, alegría, vida, hermosa y felicidad, vedla convertida en el ser más vil, más asqueroso, más malvado y degradado de toda la naturaleza, realizando todas las infernales maldades profetizadas en los Libros Sagrados. ¿Qué le resta sino quedar aniquilada con la Familia, de la cual debía ser honor y vida y es deshonra y muerte?” (2)

XVIII

LA PLEGARIA DE DOS EXCELSAS MATRONAS

Madre e Hija.—¡Qué Casa de Dios tan sola y tan pobre!—¡Señor! ¡Señor! ¿no me oís?—Se oía distintamente el roer de la carcoma.—Esposo mío, dame hijos, o si no, moriré.—Diluvio de Sangre Divina.—Que nazcan muchísimos hombres.—Muchos esposos injurian a mi Padre, negándose a tener hijos.—¡Esposos! ¡esposos católicos, dadnos hijos!—¡Cuánta Sangre perdida por culpa de los esposos!—El Solitario del Sagrario.

Ahora hieren mis oídos sollozos de mujer. Efectivamente, dos matronas de porte distinguido y majestuoso,

(1) Homil. in Math. XXXVIII.

(2) J. Gaume. *Hist. de la Familia*, t. I, pág. 260.

cruzan por delante en dirección a una pequeña iglesia que, entre olmos seculares, se levanta en el campo sobre un altozano. Asidas de la mano, caminan paso a paso y en silencio; silencio de cuando en cuando interrumpido por los ayes lastimeros o por los profundos suspiros de las cuitadas... ¡Pobres! En sus nobles semblantes se ve retratado el dolor; por sus mejillas descoloridas corren abundantes las lágrimas; a sus ojos apagados asoma la angustia interior que las devora; sus labios marchitos semejan rosas a punto de dehojarse por el fuego de la canícula...

¿Quiénes serán?... Parecen madre e hija: parecen, y lo son. Lo persuaden sus facciones, el timbre de su voz y todos los rasgos de su persona. Las dos visten luto riguroso; las dos llevan sueltos los largos rizos de su abundosa cabellera, como en señal de dolor; las dos calzan guantes y zapatos negros; negros son también sus cinturones y las sencillas cintas de raso, con que ciñen su frente y sus crenchas; negros, en fin, los amplios mantos que ocultan las líneas purísimas de su cuerpo prócer.

¿Cuál será su dignidad?... Por sus modales selectos, por su rico aderezo y, sobre todo, por su continente augusto, diríamos que son Reinas.

Adornan el cuello de la una y de la otra valiosos y artísticos collares. El de la madre está formado de una sarta de treinta y tres piedras preciosas que representan los siete Sacramentos, las tres Virtudes Teologales, las cuatro Cardinales, los siete Dones y los doce Frutos del Espíritu Santo. Cincuenta perlas, también de muchos quilates, una por cada Provincia Española, componen el de la hija.

La una y la otra lucen en su manto primorosos bordados. Los de la más anciana, semejan cruces en oro y blanco. Los de la más joven, castillos y leones, en rojo y amarillo.

Esta no lleva anillos en sus manos. Aquella ostenta en el cuarto dedo de la derecha el anillo de desposada, el cual tiene grabado un Nombre excelso, un Nombre divino: "Jesús", ante quien todo dobla la rodilla en los Cielos, en la Tierra y en los Infiernos.

Otro nombre léese en la diadema de la cabeza, en el ceñidor del talle, en el broche de oro del manto, en las pulseras y en los solitarios de los zarcillos de cada una:

"Patria", que es el nombre de la Hija; "Religión", que es el de la Madre...

* * *

Arrastrado por el atractivo irresistible de las dos Matronas, he penetrado tras Ellas en el viejo templo parroquial y heme colocado discretamente en la semiobscuridad que reina debajo del coro.

¡Qué Casa de Dios tan sola y tan pobre!... ¡Ni un alma, ni un adorno!... Las paredes, desconchadas; la techumbre de endeblés tablas de ripia, a trozos medio hundida; las estampas del Via-Crucis, desvaídas o rotas; unos bancos de pino, carcomidos; dos altares laterales, sin retablo, y el mayor, que le tiene, es verdad, pero sencillísimo y sin arte; la lámpara del Santísimo, de hoja de lata emmohecida, despidiendo una luz mortecina, temblona, a punto de extinguirse...

* * *

Madre e Hija han hincado las rodillas ante el Sagrario y comenzado su oración: oración, al principio, callada, silenciosa, de alma a alma, de corazón a corazón.

Después he percibido, cual si fuera un susurro, la voz feble y dolorida de la Patria que decía a Jesús:

—¡ Señor! ¡ Señor! ¿no me oís? Necesito hombres, muchos hombres: hombres que cultiven mis campos; hombres que cuiden mis ganados; hombres que fomenten mi indus-

tria, mi comercio, mi navegación, marítima y aérea; hombres que colonicen mis posesiones de Africa; hombres que mantengan siempre viva en mis Hijas de América la llama del amor filial; hombres que en esta época de odio mútuo, por que atraviesan las naciones europeas, puedan defenderme de una agresión injusta... Necesito maestros, ingenieros, arquitectos, médicos, abogados, jueces... ¡Escuchadme, Señor! ¡os lo suplico!

Del fondo del tabernáculo ha salido, dulce y amorosa, la respuesta de Jesús a la ferviente oración de la Patria.

—¿Crees que no te he oído, pobrecilla? Mira, hijita mía: antes que abrieras tus labios, ya había yo presentado a mi Padre tu santa petición. Mas ¡ay! mi Padre no puede concederte lo que pretendes.

—¡Cómo, Señor?... ¿Háse ya extinguido la virtud creadora de vuestro Padre?

—No, hija mía, ni se ha extinguido ni puede extinguirse jamás. Mi Padre tiene siempre extendido su brazo omnipotente; tiene siempre entreabiertos sus labios divinos a punto de pronunciar el fiat creador de nuevas almas.

—¿Entonces?...

—Existen, hija mía, ¡oh maldad propia de demonios! existen hombres perversísimos que frustran los designios amorosos de mi Padre, y, sujetando su brazo y amordazando su boca, impiden que te nazcan los hijos que necesitas.

—Señor ¿quienes, quienes son esos malvados?

—Hija mía, son los esposos que impiden voluntariamente la generación por procedimientos reprobados.

* * *

Calló la Patria, abismada en acerbo e inconsolable dolor. Y fué tan profundo el silencio que durante unos minutos reinó en el desmantelado templo, que se oía distintamente

el roer de la carcoma en los bancos de pino y en las tablas del techo y del retablo.

* * *

De improviso la Religión dió un fuerte grito, exclamando:

—Esposo mío, “dame hijos, o si no, moriré” (1).

Dos veces más repitió la excelsa Dama las mismas palabras, tendiendo hacia el altar sus ojos humedecidos y sus manos suplicantes.

El Esposo, llagado por el acento dolorido, por los suspiros y clamores de la Esposa, ha hecho girar los mohosos goznes de la puertecita del Sagrario, y, dejando ver su Cuerpo Sacratísimo, ha entablado con su Amada un dulce coloquio.

—Esposa mía: “hermosas son tus mejillas así como de tórtola: tu cuello como collares de perlas” (2).

—“Hacecillo de mirra es mi amado para mí; entre mis pechos morará” (3).

—“¡Oh qué hermosa eres tú, amiga mía! ¡Oh qué hermosa eres tú! tus ojos de paloma” (4).

—“¡Oh qué hermoso eres tú, amado mío, y gracioso! Nuestro lecho es florido” (5).

—“Como lirio entre las espinas, así mi amiga entre las hijas” (6).

—“Como el manzano entre los árboles de las selvas, así mi amado entre los hijos” (7).

—“Toda hermosa eres, amiga mía, y mancilla no hay en ti” (8).

—“Mi amado es blanco y rubio, escogido entre millares” (9). Mas ¡ay, Esposo mío! te busqué y no te hallé; te llamé y no me respondiste.

(1) Gén. c. XXX, v. 1.
(2) C. Cantic. c. I, v. 9.
(3) Id., id., v. 12.
(4) Id., id., v. 14.
(5) Id., id., v. 15.

(6) C. Cantic. c. II, v. 2.
(7) Id., id., v. 3.
(8) Id., c. IV, v. 7.
(9) Id., id., v. 10.

—Ya me tienes aquí, “amiga mía, paloma mía, hermosa mía” (1). ¿Qué quieres? ¿qué deseas? Dilo pronto, que dispuesto estoy a complacerte.

—Que me des hijos, muchos hijos, innumerables hijos... ¡Oh dulce Esposo mío! me hacen falta seminaristas, sacerdotes, obispos, apologistas, doctores, periodistas, predicadores, religiosos, misioneros... Dámelos, Amado mío, y dame también simples fieles, muchísimos fieles que te conozcan, que te adoren, que te amen, que te reciban sacramentado, que se aprovechen de tu Redención, que se salven y te alaben por siempre en el Cielo. Dame, dame muchos hijos, o si no, moriré.

—Esposa mía, tuyo soy y tuyo seré eternamente: tuya mi sacrosanta Humanidad; tuya mi Divinidad incomunicable; tuya es mi Vida, ya que por ti la ofrecí en la Cruz y la ofrecería mil veces más, si fuera necesario; tuya es mi Sangre preciosísima que empezó a correr el día de mi Circuncisión y no cesará de fluir hasta el fin del mundo. ¿No ves con qué ímpetu salta de mis sagradas venas?...

* * *

Efectivamente: de la abertura del costado, de los agujeros de los pies y de las manos, de las punzaduras de la cabeza, de las llagas de las espaldas, y de las desolladuras de las rodillas del Cordero de Dios brotaban copiosos chorros de Sangre; de Sangre divina que empapaba los manteles del altar, y corría por todo el templo, e inundaba los campos próximos, y afluía a la que manaba de las iglesias circunvecinas, y ésta a la de otras más distantes, y así sucesivamente, hasta reunirse toda la Sangre de los millones y millones de sacrarios, esparcidos por las cinco partes del mundo.

(1) C. Cantic. c. II, v. 10.

Y aparecía la Tierra, toda la Tierra, mares, islas, continentes, como bañada, como sumergida, como abismada en aquel vastísimo océano de color bermejo, cuyas rítmicas ondas, levemente rizadas y suavemente movidas por el Espíritu de Dios, iban y venían, tranquilas, mansas, arrulladoras, purificándolo todo, hermoseándolo todo, santificándolo todo, salvándolo todo.

Y aun seguían “rotas las fuentes del grande Abismo” de la caridad de Cristo y “abiertas las cataratas del cielo” (1) de la misericordia de Dios...

Y descendían raudos de las alturas infinitas los Serafines, y se acercaban volando al Sagrario de la pobre iglesia, donde oraban la Religión y la Patria.

Y, en los cálices de oro que traían prevenidos, recogían “con gozo las aguas de las fuentes del Salvador” (2).

Y, veloces más que el pensamiento, transportaban aquel líquido reparador, aquel bálsamo divino a los millones de astros que giran en el espacio incomensurable, derramándolo sobre ellos...

Y se dejaba ver el Universo entero purificado con las aguas de aquella fuente “que subía de la tierra” (3) y vestido de púrpura, de la púrpura del Rey que le ha redimido con una redención perfecta, sobreabundante, infinita, hasta el extremo de no haber ni en los Cielos, ni en la Tierra criatura alguna capaz de medir lo profundo del abismo (4), formado por los méritos de Jesús; de Jesús —Víctima: Víctima cruenta en la Cruz, y, ahora, Víctima incruenta en los altares...

* * *

—Pues bien:—prosiguió el divino Amante—no olvides esto, Esposa mía; no olvides que eres dueña de mí y de

(1) Gén. c. VII, v. 11.

(2) Isai. c. XII, v. 3.

(3) Gén. c. 2, v. 6.

(4) ... profundum abyssi quis dimensus est? Eccli. c. I, v. 2.

todas mis cosas; no olvides que te he hecho propietaria de mi Sangre, depositaria de mis tesoros, repartidora de mis gracias, dispensadora de mis Sacramentos. ¿No te lo dice ese collar riquísimo que adorna tu cuello de marfil? ¿No te lo recuerda ese anillo que llevas en tu torneada mano? ¿No te lo persuade esa diadema, con que coroné "tu cabeza, hermosa como el Carmelo" (1) el día de nuestros desposorios? ¿A qué, pues, pedirme lo que puedes hacer por ti misma? ¡Ea! ¡ea! amada mía: reparte con largueza el fruto de mi Redención. Bautiza, confirma, absuelve, comulga, unge, ordena, une en matrimonio. Llena el mundo de hijos míos, de adoradores de mi Padre, de templos vivientes de mi Santo Espíritu, para que se llenen también de bienaventurados las mansiones de mi Gloria.

—¡Gracias! ¡gracias! dulce Esposo mío, por tus finezas con esta pobre esclava tuya. Yo te prometo ser siempre muy solícita en distribuir tus tesoros. Mas ¡ay! ¡cuánta Sangre se pierde, por no encontrar a quien aplicarla!... Por eso yo te pido que nazcan muchísimos hombres; tantos, tantos, que se llenen los campos, y las ciudades, y se pueblen hasta los más apartados rincones de la Tierra.

* * *

El divino Amante dilató suavemente su pecho amoroso, y, lanzando un suspiro, exclamó con triste acento:

—Esposa mía, no me es dado satisfacer tus santos anhelos. Me has pedido un imposible. Tú sabes que mi Padre ha querido valerse del hombre y de la mujer, unidos en matrimonio, para la propagación de la especie humana...

—Lo sé, Jesús mío, lo sé. Y reconozco que jamás los esposos agradecerán bastante a tu Padre celestial ese honor de ser ellos los que den hijos a la Patria, fieles a mí, a Ti discípulos, y al Cielo moradores.

(1) C. Cant. c. 7, v. 5.

UNA BODA EN FONTIVEROS

—Pues mira, amada mía: muchos esposos no sólo no se lo agradecen, sino que le injurian atrocemente, negándose a tener hijos. Son los esposos y esposas que, entregados a su pasión, como el caballo y el mulo que no tienen entendimiento, sólo buscan en el acto conyugal un placer bestial y reprobado. Son los esposos y esposas que, voluntaria y directamente, ponen en práctica los nefandos procedimientos anticoncepcionales.

* * *

Jesús guardó silencio. La Religión y la Patria, abrumadas de dolor, cayeron desvanecidas sobre el pavimento de ladrillo, diciendo con voz casi imperceptible:

—¡Esposos! ¡esposos católicos! dadnos hijos, muchos hijos; que si no, moriremos.

* * *

Jesús ha contemplado triste unos instantes a las dos venerables Matronas. Luego ha mirado sus llagas sacratísimas, de las cuales continuaban saltando los chorros del Licor salvador; del Licor salvador que seguía tiñendo de grana la Tierra, los Astros y todo el Universo... Por último, de su Corazón, oprimido de inmensa amargura, ha salido un lamento:

—¡Cuánta, cuánta Sangre perdida, por culpa de los esposos católicos!!...

* * *

Los mohosos goznes de la puertecilla del sagrario han girado de nuevo.

El débil aleteo de una mariposa ha apagado la luz vacilante de la lámpara.

Jesús ha vuelto a quedarse solo, y... ha llorado... ¡¡Ha llorado, hasta empapar con sus lágrimas el zurcido retazo de hilo que le sirve de corporal!!...

XIX

PADRES BARBAROS Y FEROCES

El mar de la Nada.—En sus aguas flotan a la ventura muchos niños de uno y otro sexo.—Quienes son los que niegan a los niños el derecho a la vida.—Ni las hordas más salvajes, ni las bestias más indómitas cometen las vilezas que cometen ciertos padres.—Bienes de que privan a los infelices habitantes del mar de la Nada los que no quieren traerlos a la existencia.—Adiós definitivo a una porción de cosas.

No repuesto todavía de la dolorosa impresión que me han causado las escenas precedentes, otro cuadro tristísimo viene a turbar mi fantasía y a llenar de hieles mi corazón.

Delante de mí se extiende un mar anchuroso, dilatado, muy profundo. Es el mar de la Nada, cuyas aguas bañan el extenso litoral de la Existencia.

Mar sin olas, sin mareas, sin escollos, sin bajos, sin rompientes, sin islas, sin plantas acuáticas y sin peces.

Mar siempre sosegado, siempre en calma, siempre inerte, siempre muerto.

Sustraído a la acción de los elementos, a las perturbaciones de la atmósfera y a la influencia de los cuerpos celestes, no llegan hasta él ni las atracciones sidéreas, ni el susurro de las brisas, ni la gritería de los vientos, ni los bramidos de las tempestades, ni la asolación de la galernas, trombas y ciclones.

Mar jamás cruzado por ningún descubridor, jamás explorado por ningún aventurero, jamás estudiado por ningún sabio, jamás dominado por ningún guerrero, jamás turbado por ningún pirata, jamás visitado por ningún pescador, jamás hendido por ningún bajel, jamás animado por ninguna barcarola...

Sólo Dios es el dueño de ese mar misterioso. Sólo Dios

puede navegar por él y dominarle. Sólo Dios le puede arrebatarse los seres que oculta avaramente en sus senos insondables. Sólo Dios puede transportar esos seres en la segura y ligera nave de su voluntad omnipotente, haciéndoles llegar a las tranquilas y hermosas playas de la Existencia y de la Vida.

* * *

En las calas y ensenadas, en los puertos y bahías de ese mar del no ser, me parece ver niños de uno y otro sexo, flotando a la ventura. ¡Cuántos son!... ¡Son millones, muchísimos millones, todo un mundo de niños!...

¿De niños, he dicho? No, no son niños de carne y hueso; no son niños reales: son imágenes, son sombras, son fantasmas, son espectros de niños... De niños que, sin haber delinquido, sin haber podido delinquir siquiera, han sido condenados ¡oh injusticia! ¡oh dolor! a habitar perpetuamente las profundidades ocultísimas del temeroso e inexplorado piélago.

Con frecuencia el Espíritu de Dios, agitando fuertemente las aguas muertas y caóticas, empuja a los infelices hasta las mismas orillas. Mas ¡ay! cuando los pobrecitos pugnan por salir del agua; cuando están a punto de saltar a tierra; cuando las criaturas todas que habitan el afortunado país de la Existencia, les sonríen graciosas y les invitan con cariño a gozar de ellas, unos hombres, crueles e inhumanos, que habitan aquellas costas inhospitalarias, los insultan, los maltratan, los golpean, los rechazan, negándoles el derecho a la vida.

* * *

¿Quiénes son estos hombres sin corazón y sin entrañas? ¿Quiénes son estos monstruos? ¿Quiénes son estas fieras? ¿Son colonias de forajidos y presidiarios escapados a la acción de la justicia? ¿Son bandas de piratas que viven

UNA BODA EN FONTIVEROS

del robo y del pillaje? ¿Son tribus de carniceros antropófagos? ¿Son pueblos montaraces y salvajes? ¿Tal vez infieles o paganos?... ¡No! ¡no!...

¡Son gentes cultas y civilizadas que viven en pleno siglo XXI!...

¡Son hombres y mujeres que creen en Jesucristo y en su Santa, Católica y Apóstolica Iglesia Romana!

¡A veces, hasta son personas *piadosas* que no pierden un acto del culto y frecuentan los Sacramentos!

¡Son los que, no por virtud, no por continencia, no por castidad, cosas que no practican; sino por egoísmo, por el más bajo, y despiadado y pernicioso egoísmo, se niegan a tener hijos!

¡¡Son los esposos y esposas que profanan el Sacramento del Matrimonio, haciendo uso de los procedimientos anti-concepcionales!!...

¡¡¡Son los padres, *los mismos padres*, los llamados, los obligados (1) a ser padres de esos desvalidos niños, a quienes repelen hacia los abismos de la Nada en el preciso momento en que están para llegar a la Vida, frustrando así los designios amorosos de Dios, cuya boca divina tapan, insolentes, para que no pronuncie el fiat creador, cuya diestra todopoderosa sujetan, para que no obre un nuevo prodigio de su sabiduría y de su bondad!!!...

* * *

¡Bárbaros! ¡padres bárbaros y feroces! sabed que ni las hordas más salvajes del Asia y del Africa, ni las bestias más indómitas cometen esas bajezas que cometéis vosotros. Habrá, tal vez, alguna fiera que llegue a devorar a sus cachorros, debido al mismo cariño que les tiene. Habrá pueblos incultos que abandonen o maten a sus hijos.

(1) Decimos *obligados* en el sentido de que quien pone el acto conyugal, está obligado al efecto natural del mismo, que es la generación, y, por consiguiente, a la paternidad.

Pero odiarlos, pero aborrecerlos, pero maltratarlos, pero ensañarse con ellos antes de llegar al mundo, antes de que vivan, ¡ah! ¡esa impiedad, esa vileza, esa felonía estaba reservada a vosotros!

¡Padres inhumanos! ¿qué os han hecho, en qué os han faltado, qué crimen han cometido esos niñitos, para que, ahogando los gritos de vuestra conciencia, atropellando los deberes de vuestro estado, pisoteando los preceptos de la moral cristiana, contrariando los más dulces sentimientos de la naturaleza, les neguéis el mayor bien, el que es origen, principio, base y condición indispensable de todos los demás bienes, del alma y del cuerpo, naturales y sobrenaturales, cual es el de la existencia?

* * *

¡Pobrecitos niños condenados a habitar eternamente en los profundos y espantables senos del mar de la Nada, oid, oid, infelices, de qué bienes os han privado los que no han querido traerlos a la vida, los que se han negado a ser vuestros padres!

Por culpa de ellos jamás podréis contemplar las maravillas de la creación: la inmensidad del firmamento, la multitud incalculable de las estrellas, la grandiosidad del Sol, la placidez de la Luna, la majestad de los mares, la extensión de los continentes...

Por culpa de ellos jamás podréis recrearos con el azul del cielo, con la luz del día, con la quietud de la noche, con la diafanidad de la atmósfera, con la variedad de los meteoros, con la fragosidad de las montañas, con la amenidad de los valles, con la espesura de los bosques, con la frondosidad de las alamedas, con la frescura de los jardines, con las avenidas de los ríos, con la impetuosidad de los torrentes, con la limpidez de los arroyos, con el murmurio de las fuentes, con el verdor de las praderas, con

U N A B O D A E N F O N T I V E R O S

las frutas de los árboles, con el canto de los pájaros, con los colores de los insectos, con el brillo de los metales, con las aromas de las flores...

Por culpa de ellos jamás podréis disfrutar las comodidades de la moderna civilización; jamás podréis serviros de los progresos de las ciencias y de las invenciones de la mecánica; jamás podréis utilizar los descubrimientos de nuestros días; jamás llegaréis a conocer siquiera esas máquinas, esos aparatos portentosos que tanto están contribuyendo a la rapidez y comodidad de toda clase de comunicaciones y que han llegado a suprimir el tiempo en la transmisión de la palabra humana, del pensamiento humano, a través de los continentes, de los mares y de los espacios.

Por ellos, por su frío egoísmo, por su conducta depravada, por sus abominables iniquidades en el uso del Santo Sacramento del Matrimonio, tenéis que renunciar para siempre, sin haber llegado a gozarlas, a una multitud de cosas que vuestro Dios, siempre amoroso, siempre previsor y solícito, os había ya preparado para cuando vinieréis al mundo. Os tenía prevenidos, el sacerdote que os había de bautizar; el obispo que os había de confirmar; las escuelas, institutos y universidades, donde habíais de estudiar; los maestros y profesores que os habían de enseñar; el santo, cuyo nombre habíais de llevar; el ángel que había de ser vuestro custodio; los noviciados o seminarios, en que se había de perfeccionar vuestra vocación religiosa o sacerdotal; las parroquias o misiones que se habían de confiar a vuestro cuidado pastoral; el colegio, la clínica, el hospital, los campos, pueblos o ciudades, donde habíais de ejercer la abogacía, el notariado, la medicina, la cirugía, el magisterio, la ingeniería, la agronomía...



Sí, sí, pobrecitos: a todos estos y a otra infinidad de beneficios de vuestro Padrecito celestial tenéis que dar un adiós definitivo, tenéis que renunciar para siempre.

Tenéis que renunciar para siempre al trato de vuestros conciudadanos, a la conversación de vuestros amigos, a la compañía de vuestros hermanos, al amor de vuestra esposa, a los santos goces del Matrimonio, a los encantos del hogar, a las caricias de los hijos...

Tenéis que renunciar para siempre a la gracia de la Redención, a la Sangre de Jesucristo, al patrocinio de la Virgen Santísima, a los méritos de los Santos, a las oraciones de la Iglesia, a la justificación, a la virtud, a los dones y frutos del Espíritu Santo...

Tenéis que renunciar para siempre, tenéis que dar un adiós definitivo al Cielo y a todas sus grandezas y bienaventuranzas. Tenéis que dar un adiós definitivo a los tronos de gloria que os estaban preparados. Y para decirlo todo de una vez, por culpa de los que debieron ser vuestros padres, tenéis que renunciar por toda la eternidad a la visión clara, a la posesión y al amor de Dios.

XX

ESPANTOSO CASTIGO DE LOS PROFANADORES
DEL MATRIMONIO

¡Ay! ¡ay! ¡ay!—¡Maldición! ¡maldición! ¡maldición!—Terribles anatemas.—Ecos pavorosos.—Una manada de puercos.—¡Malditos! ¡ay! ¡ay!

“Y ví y oí la voz de un águila que volaba por medio del cielo, que decía en alta voz: ay, ay, ay” (1).

* * *

Poco después se sintió como un trueno espantoso, formado por el clamor de muchos ángeles que gritaban: ¡Maldición! ¡maldición! ¡maldición!...

(1) Apocalipsis, c. VIII, v. 13.

UNA BODA EN FONTIVEROS

Era la respuesta que el Arcángel de la Encarnación, y, juntamente con él, los ángeles que habían llevado a los astros la Sangre del Cordero, y el ángel tutelar de la Iglesia, y el de la Patria, y los destinados a ser los Custodios de los niños que, por culpa de los esposos, no llegarán jamás a la vida, daban a los ayes del águila.

* * *

Esta continuó volando y lanzando imprecaciones por los espacios interplanetarios.

—¡Ay de los padres que abandonan a sus hijos, o les quitan la vida, mediante el aborto y demás procedimientos criminales!

—¡Malditos sean tales padres! respondían los ángeles.

—¡Ay de los esposos que se niegan a dar hijos a la Patria!

—¡Malditos sean tales esposos!

—¡Ay de los esposos que se niegan a dar fieles a la Iglesia!

—¡Malditos sean!

—¡Ay de los esposos que impiden la creación de nuevas almas!

—¡Malditos sean!

—¡Ay de los esposos por quienes se pierde la Sangre de Cristo!

—¡Malditos sean!

—¡Ay de los esposos por quienes quedan desocupadas para siempre las sillas de la Gloria!

—¡Malditos sean!

—¡Ay de los individuos y de las sociedades que contribuyen a la corrupción de la Familia y a la destrucción del Hogar!

—¡Malditos sean tales individuos y tales sociedades!

* * *

Largo rato hacía que los ángeles y el águila habían concluído sus terribles anatemas. No obstante, todavía llegaban desde los Astros a la Tierra ecos pavorosos que se cruzaban en todas direcciones y recorrían la inmensa bóveda celeste, repitiendo sin cesar:

—¡Ay! ¡ay!... ¡Malditos!... ¡malditos!... ¡ay!... ¡Maldición! ¡ay! ¡ay!... ¡Malditos! ¡Maldición!... ¡Maldición!... ¡Ay! ¡ay!... ¡ay! ¡ay!... ¡Malditos!... ¡Ay!... ¡Ay!...

* * *

Y se vió una manada numerosísima de asquerosos e inmundos animales que, envueltos en llamas, descendían a los abismos del Infierno...

Eran los esposos que habían prostituído el Matrimonio, convirtiendo la Casa en una mancebía...

Una gavilla de feos y horribles demonios, bajo el mando de Asmodeo, los arreaba con látigos de fuego...

* * *

Y los ecos siniestros repetían aún: ¡Malditos!... ¡Ay!... ¡ay!... ¡Maldición!... ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!...

XXI

LA VISPERA DE LA BODA

Rectificando el rumbo.—Un nuevo personaje.—Tambor histórico.—Retrato de tío Tambora.—El Alcalde y el Pregonero.—Famosa sentencia judicial.—Las iras del Monterilla.—Mirada de inteligencia.—El Bando de la Corporación Municipal.—Víttores y aplausos.

Hora es ya de que apartemos nuestra vista de esos cuadros espantosos, de esas escenas trágicas, de esas visiones terroríficas de destrucción y de muerte, que ofrece la Familia en nuestros tiempos. Ya es hora de dar algún descanso

UNA BODA EN FONTIVEROS

al torturado espíritu de nuestros lectores, prosiguiendo la narración de los tiernos y regocijantes sucesos que, según se lee en el antiguo cronicón, consultado para escribir esta historia, se desarrollaron en Fontiveros con motivo de la Boda de aquellos dos ilustres y santos toledanos, que se llamaron Gonzalo de Yepes y Catalina Alvarez.

* * *

Al comenzar la noche del día anterior al de la Boda, (seguimos extractando dicho cronicón) se había reunido la Corporación Municipal en la casa del Concejo, bajo la presidencia del señor Alcalde, con el fin de acordar en sesión extraordinaria todo lo referente al solemne acto de la ceremonia nupcial.

Mientras deliberaba el ilustre Ayuntamiento, un gentío inmenso, colocado en torno de la gran fogata encendida en el centro de la plaza mayor, esperaba con impaciencia y ansiedad las últimas instrucciones y avisos que había de darles el señor Alcalde por mediación de tío Tambora, del simpático y querido tío Tambora.

Tío Tambora era el hombre más popular de Fontiveros y conocidísimo en veinte leguas a la redonda. Sin él, sin su concurso valiosísimo e imprescindible no se celebraba en toda la Moraña, ni en la tierra de Arévalo, ni en la de Avila función alguna popular, feria, o romería, ni chicas ni grandes; pues, bien espontáneamente, bien contratado por el respectivo ayuntamiento o mayordomo, a todas había de concurrir indefectiblemente, para hacer la música en compañía de tío Gaita que estaba calificado como uno de los mejores dulzaineros de aquellos remotos tiempos.

* * *

El apodo o remoquete de Tambora le había venido del instrumento músico, que tocaba. Era éste un tambor extraordinariamente grande; achacoso y decrepito; siempre

acatarrado y, por consiguiente, siempre destemplado y afónico; abollado, cosido y emparchado por todas partes; de una antigüedad tan venerable que, según unos, había sido traído de la batalla de los Navas de Tolosa, cual glorioso trofeo, arrancado al enemigo por un valiente antecesor de tío Tambora; según otros, había sido el mismo, que usara el inmortal Viriato, al levantarse contra el despótico poder romano; y, según una tercera opinión, había pertenecido al vigésimo tatarabuelo de nuestro biografado y trasmitido de generación en generación por riguroso derecho hereditario, cual sonora y retumbante reliquia, hasta venir a parar en las manos de su actual poseedor.

* * *

Además de tamborilero nato de todos los pueblos de la Moraña, Alta y Baja, y de sus anejos, ermitas y santuarios, sin excluir el del Santísimo Cristo de los Pinares, ni el de Sonsoles, era tío Tambora desde hacía cuarenta años el alguacil mayor del ilustre Concejo de Fontiveros, y el pregonero único de la localidad.

Viniendo ahora a la descripción de este interesante personaje, diremos que era bajetillo, casi un pigmeo, ancho de espaldas, cabeza gorda, pecho prominente, piernas muy cortas, rechoncho, mofletudo, coloradote, ágil y bien conservado, a pesar de sus sesenta y cinco otoños. Tenía un ojo tuerto y el otro algo bizco; la nariz muy grande y encorvada, como pico de alcotán; la boca pequeñita y torcida hacia el lado izquierdo y, uno y otro oído atornados por el ruido del tambor.

Se puede, pues, afirmar que tío Tambora no tenía otros miembros sanos que las piernas, para, en su empleo de alguacil, recorrer el pueblo de cabo a rabo cuatro o cinco veces cada día; los brazos y las manos, para batir, hasta hacerle sudar, el parche del tambor; la lengua, para

parlar a todas horas y lanzar a los cuatro vientos sus famosos pregones; y la garganta, para ingerir de día y de noche una serie casi indefinida de traguillos o *tragazos* de lo añejo, porque, como él decía, el canario, para cantar, tiene que mojar con frecuencia el pico.

Por lo demás, aquel conocido apotegma de no recordamos que galeno: "Mens sana in corpore sano", había fallado totalmente en nuestro hombre, pues, no obstante su cuerpo pequeñín, enclenque y achacoso, poseía una inteligencia despierta, una imaginación viva, un ingenio agudo, una memoria feliz, una cultura muy superior a los de su clase, un decir fácil, abundoso, lleno de gracia y de sal, y, sobre todo, una fe firme, unas virtudes sólidas, una piedad sincera y una voluntad, un corazón, una hombría de bien tan excepcionales, que se captaba el cariño y el respeto de cuantos le trataban.

* * *

—Tambora, ya pues ir a plegonar el bando del Monecipio, dijo el Alcalde a nuestro conocido alguacil y pregonero que estaba aguardando órdenes en una habitación contigua al salón de sesiones del Ayuntamiento.

—¡Gracias a Dios!, contestó tío Tambora algo amoscado. ¡Ya es hora!... A fe mía que debe estar el pueblo medio amotinado por tan larga espera.

—¡Cómo que ya es hora, arguacilillo? Sábetete que el único reló por el que han de rigirse y gñobernarse tos los vecinos d'esta localiá es mi voluntá soberrana. Por algo soy el Alcalde mayor de Fontiveros y su trémino monecipal.

—Pero el señor Alcalde, insistió tío Tambora, debe tributar culto a la puntualidad.

—Yo no trebutto cuto a naide más que a Dios, ¡recórcholis! ¡Pues no fartaba más que toito un Alcalde y de

mi crategorría, qu'es como decir, el prencepal endispués del rey, tuviá que andar jaciendo reverencias y rigorrangos a una simple creatura!

—Pero, si la puntualidad no es un ser real. ¡Vaya!, no me ha entendido usía.

—¡Cómo que no te he entendió? ¡Crear que yo no lo intiendo tó y lo sé tó!... ¡Qué enjuria, recórcholis!... Mira, Tambora: si güerves otra vez a ensurtarme de ese modo, te ensuspendo de impleo y suerdo por toita tu vida. Conque toma el bando, entérate d'el y lárgate ahora mesmo a plegonalo.

Tío Tambora recibe de manos del alcalde un papel escrito y lo lee para sí muy despacio.

—¿Qué te paíce, Tamborilla, esa escretura?, le pregunta después de unos minutos el monterilla. —¿Está güena?

—Sí, está buena...

—No, que iba a estar mal, habiendo salío tó d'este caletre. Pa que deprenda a escribir pregones ese secreta-rillo de tres al cuarto.

—Pero, si no me ha dejado usía acabar la frase, replicó tío Tambora. Iba a decir que la escritura está buena para ser quemada.

—¡Otra que tal!, bramó el alcalde como un toro... ¡Y t'atreves a decir, mal alguacil, que no está bien escribía esa escretura y que merece ser quemá!! ¡Pero, si está tó escribió de mi puño y letra y el arcalde tie que escrebir con perficción a la fuerza! ¿Lo oyes?

—Pues, con permiso de usía, insisto en afirmar que este escrito se encuentra plagado de faltas.

—¡Calle esa boca, ensurtaor!, dice el alcalde colérico y golpeando fuertemente el suelo con el bastón.

Mas tío Tambora, sin intimidarse, prosigue:

—Afirmo también que la ortografía, muy ofendida y airada, da voces y se levanta contra usía.

—¡Cuelno! ¡Recuelno! ¿Conque esa señora u esa tía s'ha atrevío a levantarse contra mí? ¡¡Secretario!!, apañe incontinenti un auto de prisión contra la encitada presona.

—Digo, otrosí, termina impertérrito tío Tambora, que en la protesta se unen a la ortografía sus hermanas la sintaxis, la prosódia y la analogía.

—Pero ¡mi agüela!, ¿qué demóncanos es esto?, exclama estupefacto el alcalde. ¡Oh, ya caigo!... prosigue, dándose un fuerte golpe en la frente. ¡Sí, ya caigo!... Se trata, según tóos los endicios, de una costipación contra mi real y soberrana autoridá. ¡¡Secretario!! ¡¡Secretario!! ¡pronto! tamién esas tres a la cárcel!...

—Conspiración, habrá querido decir usía, rectifica el despierto alguacil.

—¡Endeprenda usted, probe hombre sin letras y sin cultura!; el arcalde siempre dice lo que quie decir. *Cospitación, costipación, costapizón*; esto fué lo que quise explicotear y está mu requetebién dicío, ¡corcholis! Pero, dejemos a este hombre deslustrao y iznorante y vamos yo y tú, secretario, a jacé en un santiamén er proceso contra esas cuatro pájaras de cuenta. Escribe; yo te dito.

* * *

“Haciendo uso de las atrebuiciones de mi alto crago de Arcalde;

Tiniendo en cuenta que la señorita Totografía y sus hermanas, las señoritas Analoquiya, Sintarsi y Porrosodia, hijas, según acaba de declarar Tamborilla, de la señá Garramática y huélfanas de padre, s'han levantaó contra mi y *costipado, cospitado* u *costapizado* (que de los tres moós se pue decir) contra mi real autoridá;

Fallo e condeno a las cuatro susodichas pécoras a quinze días de prisión en los calabozos de jسته monecipio.

Item, condeno a las mesmas a jotros quinze días de chirona, por haber fijao su domecilio en este monecipio sin decir na a naide, pa no pagar las contrebuciones y trebutos monecipales.

Inda mais: a esa mala jembra, llamada Garramática, madre escastá de las enrepetías, la condeno a ocho días de recusión y encierro, por no haber sabío o no haber querío educar bien a sus hijas.

Firmao, sellao y rublicao: Pantaleón Pegarrecio y Cascafuerte.”

* * *

—Ansí, ansí se gobielna, ¡recorcholis!

—¡Y tú, Tamborilla, escarmienta en cabeza ajena y ya t'estas largando a publicar el bando. ¡¡Qué, si no!!... porque yo soy el Alcalde, ¿lo intiendes? el Alcalde Pantaleón Pegarrecio y Cascafuerte... ¡¡¡Qué retiembre tó el mundo!!!...

Y el terrible Alcalde rechinó los dientes, cerró los puños, pataleó en el suelo, puso los ojos en blanco, escupió por el colmillo y se paseó, feroche y amenazador, dando grandes zancadas y trompicones.

* * *

Tío Tambora y los concejales cruzaron una mirada de inteligencia sobre el grado de rusticidad que calzaba el buen Pantaleón; y el primero, requiriendo su instrumento, salió a la plaza, para publicar, no aquel adefesio de bando, fruto del menguado magín del monterilla, sino otro, previamente redactado por el secretario en colaboración con el culto tamborilero, alguacil y pregonero.

* * *

UNA BODA EN FONTIVEROS

Al aparecer tío Tambora en la puerta del Ayuntamiento, se produjo en el inmenso e impaciente público que vagaba por la plaza mayor, un murmullo de general satisfacción y contento.

El popular y veterano pregonero, llevando en la bandolera el viejo e histórico tambor, fué a colocarse con aire decidido dentro del gran corro, formado por el gentío alrededor de la hoguera. Tomó luego posiciones junto a ésta; paseó tranquilamente la vista por todos los espectadores; se acomodó convenientemente el ruidoso artefacto; volvió las bocamangas de la chaqueta, dejando los brazos descubiertos hasta los codos; cogió los palillos y, manejándolos con habilidad y destreza insuperables, comenzó por dar, a manera de preludeo, unos cuantos golpes secos, aislados, espaciados, sobre el flácido parche, para engolfarse a continuación en un redoble magistral, selecto, acabado, irreprochable.

Después el laureado maestro del pregón estira el cuerpo, junta los pies, arquea el pecho, coloca las manos en las caderas, yergue el cuello, echa para atrás la cabeza, abre la boca, tose fuertemente, pone en movimiento la expedita lengua y, con voz potente, grave, llena, cadenciosa, meliflua, eminentemente musical, dice:

“Por orden del muy ilustre Ayuntamiento de esta Villa se hace saber:

“1º Que, en vista de la honradez y virtud acrisoladas que concurren en los Huérfanos Gonzalo de Yepes y Catalina Alvarez, hijos adoptivos de este pueblo, las dignísimas Autoridades Eclesiásticas, Civiles, Judiciales y Militares del mismo han decidido celebrar solemnísimamente el acto de la Boda de aquellos, el cual, Dios mediante, tendrá lugar mañana a las diez en punto en nuestro grandioso Templo Parroquial.

"2º A dicho acto invitamos, en nombre de los novios, a todos los vecinos del pueblo y de sus anejos y caseríos, quienes deberán asistir con traje de gala y sin falta ni excusa de ningún género.

"3º La comitiva que presidirán el señor Alcalde y demás Autoridades, se formará en la Casa de Ayuntamiento, desde donde se dirigirá a la Iglesia, después de haber recogido a los novios en su respectivo domicilio.

"4º La Corporación Municipal espera que los fontiverños añadirán mañana, con su piedad y compostura, así en las calles como en el Templo, una bellísima página a la historia religiosa de esta ilustre Villa."

* * *

Las últimas palabras del bando fueron acogidas con una salva atronadora de aplausos y vítores a Gonzalo y a Catalina, a las Autoridades, al pueblo y a tío Tambora, el cual, aclamado, jaleado, oprimido, apretujado, zarandeado y casi asfixiado por aquella muchedumbre, enloquecida de entusiasmo, fué recorriendo las calles del pueblo y dando el pregón en los sitios de costumbre.

XXII

LA COMITIVA NUPCIAL

Un hermoso día del veranillo de San Martín.—Concurrencia extraordinaria.—Orden del acompañamiento.—Todos de gala.—Hasta el venerable párroco se puso el traje talar nuevo.—Maravilloso sombrero de teja.

En el reloj del tiempo la inconstante aguja marcaba el diez de noviembre de mil quinientos treinta y seis.

Un día, por cierto, claro, sereno, despejado, de ambiente tibio y agradable temperatura, impropia de aquella hosca y fría estación del año.

UNA BODA EN FONTIVEROS

El sol había conseguido fácil triunfo de la niebla que, cual opaco y triste vestido de luto, cubría el cielo desde las primeras horas de la mañana. Por su parte un viento flojo, pero persistente, que soplabá de la parte de Chaherreros y del coto de Marlín, había completado la victoria del astro del día, barriendo con brío irresistible y empujando hacia Cabezas del Pozo y Fuentes de Año las últimas neblinas que se habían hecho fuertes a lo largo de las márgenes del Zapardiel entre Fontiveros y Rivilla de Barajas.

A las nueve ni el más tenue vapor empañaba el azul purísimo del cielo y el padre Sol cruzaba, radiante y majestuoso, el espacio, cantando su himno diario al Hacedor divino y repartiendo a manos llenas sobre nuestro planeta sus rayos vivificantes.

* * *

Por las calles de Fontiveros pululaba en dirección al Ayuntamiento un verdadero hormiguero humano, integrado por muchísimos forasteros que habían acudido espontáneamente para asistir a la Boda y por todos los habitantes de la ilustre Villa morañega, pues, a excepción de tal cual viejezuelo o viejezuela, abrumados por los años, tal cual enfermo abrasado por la fiebre, tal cual paralítico o perlático recludos siempre en el lecho, no faltaba ninguno, absolutamente ninguno.

Dondequiera no se oían más que suspiros de satisfacción, manifestaciones de contento, conversaciones animadas, gritos de alegría, francas y estrepitosas risotadas, y, destacándose sobre todo esto, el bullicio y vocerío y algarazara de los chiquillos que, ebrios de contento, brincaban y saltaban, tocaban y bailaban, iban y venían, andaban y desandaban cien veces las calles del pueblo, husmeándolo todo, figsándolo todo, enterándose de todo, revolviéndolo todo y aturdiendo y mareando y enloqueciendo a todos con sus infantiles expansiones.

* * *

Esa alegría, ese calor, ese entusiasmo que se habían apoderado de todos, llegaron a un grado inconcebible cuando, apenas terminado el tercer repique general de campanas, anunciando el acto de la Boda, se puso en marcha la comitiva.

A la cabeza marchaba un fornido mancebo, llevando el pendón morado de Castilla.

Seguían a éste cuatro adolescentes, los cuales conducían en una especie de andas el escudo de la histórica Villa de Tiberio.

Detrás iban tío Tambora y tío Gaita, tocando las piezas más selectas de su extenso repertorio musical.

Luego, los niños y niñas de las escuelas, dirigidos por sus respectivos maestros.

A continuación, en filas de a dos, formaban a un lado los casados y al otro las casadas, así de Fontiveros como de los pueblos limítrofes.

Seguidamente a la fila de casados, caminaban los mancebos, y detrás de la fila de casadas, las doncellas, también en filas.

Dentro de éstas iban, formando grupo, cuatro mozos, como compañeros del novio, y cuatro mozas, como compañeras de la novia.

Detrás de los compañeros marchaban el novio y el padrino efectivo, y detrás de las compañeras, la novia y la madrina.

En medio y a la zaga de los dos grupos anteriores se veía al señor Alcalde y a la señora Alcaldesa que hacían de padrinos de honor.

Las cuatro mujeres y los cuatro hombres más ancianos de la Villa se habían situado a continuación de la primera autoridad municipal.

Y en último término, formando un semicírculo que,

UNA BODA EN FONTIVEROS

en unión de las filas de mancebos y doncellas, envolvía todos los grupos referidos, caminaban el señor Párroco, quien, por lo excepcional del caso, no se había creído dispensado de tomar parte en el acompañamiento; el Ayuntamiento en pleno, precedido de los maceros y de los timbaleros que iban tocando sus instrumentos músicos, y las demás autoridades, los funcionarios y las personas de más viso de la localidad: el señor Juez de Paz con todo el personal del Juzgado, el Sacristán y los servidores subalternos del Templo parroquial, el Cirujano y el Veterinario, el Boticario y el Escribano, el Barbero y el Peluquero, el Zapatero y el Sastre, los Herreros y los Carpinteros, los Horneros y los Confiteros, los Posaderos y los Taberneros, el Guarda de campo y los Serenos, el Curandero y el Saludador...

* * *

Imposible describir el animado y vistosísimo cuadro que ofrecía tan lucida comitiva. Todos los acompañantes iban muy limpios, muy pulcros y aseados. Todos vestían sus mejores trajes. Las mujeres se adornaban con faldas y pañuelos de colores chillones, a usanza de la época. Sombreros de anchas alas con la copa en forma de requesón, calzón y chaquetilla cortos constituían el indumento de los hombres, la mayor parte de los cuales lucían, además, rozagantes y fortísimas capas, sobresaliendo entre todas la de Dn. Pantaleón Pegarrecio por su tamaño fenomenal.

* * *

¡¡Pero si hasta el mismo Dn. Antonio, tan poco cuidadoso ordinariamente de su vestimenta, considerándose obligado a hacer una excepción en aquel solemne día, se había puesto la sotana y el manteo nuevos!!... Nuevos, claro es, con relación a los más viejos, pues éstos contaban ya *cuarenta y cinco años* de existencia, en tanto que aque-

llos sólo hacía *veinte* que habían salido de la sastrería... Nuevos; pero cosidos y recosidos y zurcidos y remendados y vueltos y alargados y ribeteados una infinidad de veces... Nuevos; pero ya sin lustre y sin tez, sin aire y sin color, o, para mejor decirlo, con un color verde rabioso en lugar del negro intenso que en sus buenos tiempos ostentaban.

* * *

Del sombrero de teja, en cambio, no podemos afirmar que se pusiera el nuevo, por la sencilla razón de que el buen Párroco ¡ay! solamente poseía uno.

Verdad es que se podía con todo rigor asegurar que este sombrero era a la vez uno y... muchos y, aun mejor, uno y... todos; pues por su tamaño disforme, excepcional, realmente asombroso, como que contenía en sí *virtualiter*, *eminenter* y hasta *potentialiter*, según dicen los filósofos, todos los sombreros habidos y por haber, o sea, pasados, presentes y venideros, ya fueran de teja, ya de cualquiera otra forma y materia: de paja, de fieltro, de paño, de tela, frégoli, hongo, de copa alta, chistera, calañés, de aro, de tres picos, etc., etc., etc.

Se trataba, en efecto, de un sombrero de teja, perteneciente a una *raza* de sombreros-gigantes, (hoy, por desgracia, extinguida), de los cuales debió ser el de Dn. Antonio el rey o el emperador.

Constituía el tal sombrero un alarde de la industria y fabricación sombrerera del siglo diez y seis.

Era un sombrero monumental.

Era algo así como una especie de *monstruo*, cuyo tamaño exacto no podía calcularse.

Era el símbolo más apropiado de la inmensidad; del cual se solía valer el señor maestro, un andaluz tan exagerador como gracioso, para explicar a los niños dicho

atributo divino. Así como a la mayor parte de los hombres, decía el culto pedagogo, por su corta vida, les sería imposible recorrer de punta a punta la teja de Dn. Antonio, o hacer un viaje completo de circunvalación alrededor de la misma, o llevar a cabo una ascensión hasta la cúspide de la altísima montaña, constituida por su copa; así... (y continuaba el trabajador funcionario exponiendo el otro término de la comparación).

En fin, la famosa teja del benemérito sacerdote no era una teja aislada, sino, —como afirmaba también el chancero profesor,— un conjunto, un agregado, un montón de muchas tejas; tantas, tantas, que formaban sobre la cabeza de aquél un verdadero tejado. (1)

XXIII

LA AMONESTACION DEL RITUAL ROMANO

Palabras de Chateaubriand.—Mirad, hermanos, que celebrais el Sacramento del Matrimonio.—Sublime belleza moral.—Diferencia entre el casamiento cristiano y el pagano.—A nadie, después de Dios, ha de amar más la mujer que a su marido, ni el marido más que a su mujer.—Síntesis de la doctrina contenida en el proemio a las leyes litúrgicas del matrimonio católico.—Habla Tertuliano.—Dn. Antonio termina su exhortación.

Al llegar la comitiva a las inmediaciones de la iglesia, Dn. Antonio y el Sacristán se adelantaron: el primero, para revestirse de los sagrados ornamentos; y el segundo, para recibir a los asistentes a los graves acordes del órgano.

Poco después comenzaba el acto del Matrimonio cristiano, "cuyo paso, dice Chateaubriand, (2) es grave y so-

(1) Hace referencia el autor a los sombreros de teja que estuvieron en uso hasta fines del siglo diez y nueve.

(2) *El Genio del Cristianismo*, pág. 42. Edic. S. Calleja - Madrid.

lemne, augusta y silenciosa su pompa: adviértese al hombre que se abre para él una nueva senda, y las palabras de la bendición nupcial (palabras que el mismo Dios pronunció sobre la primer pareja del mundo) infunden al marido gran respeto, pues le dicen que ejerce el acto más importante de la vida; que va a ser, como Adán, cabeza de una familia y que se carga con todo el peso de la condición humana.”

“La esposa recibe no menor enseñanza, pues la imagen de los placeres desaparece a sus ojos ante la de los deberes conyugales. Parece que una voz le grita desde el altar: “¿Sabes que ya no hay para ti otra libertad que la de la tumba? ¿Sabes lo que es llevar en tus entrañas mortales al hombre inmortal y hecho a semejanza de Dios?”

* * *

El venerable ministro del Altísimo, usando ornamentos de color blanco que simbolizan la pureza y limpieza de vida y alma que han de tener los casados, empezó a hacer a los contrayentes, situados a la puerta de la iglesia, la tierna y admirable amonestación del Ritual Romano. (1)

“Mirad, hermanos, que celebrais el Sacramento del Matrimonio, que es para la conservación del género humano necesario, y a todos, si no tienen algún impedimento, les es concedido.

“Fué instituído por nuestro Dios en el paraíso terrenal y santificado con la real presencia de Cristo Redentor nuestro...

“Es uno de los siete sacramentos de la Iglesia, en la significación grande, y en la virtud y dignidad no pequeño. Da gracia a los que le contraen con puras conciencias, con la cual sobrepujan las dificultades y pesadumbres a que están los casados sujetos por todo el discurso de la vida.

(1) Apénd. tomado del *Manual Toledano*, págs. 455-457. Edic. del año 1818.

“Y para que cumplan con el oficio de casados cristianos, y satisfagan a la obligación que han tomado a su cargo, habeis de considerar diligentemente el fin, a que habeis de enderezar todas las obras de la vida.

“Porque lo primero, este sacramento se instituyó para tener sucesión, y que procureis dejar herederos, no tanto de vuestros bienes, cuanto de vuestra fe, religión y virtud; y para que os ayudeis el uno al otro a llevar las incomodidades de la vida y flaqueza de la vejez.

“Ordenad, pues, así la vida que os seais descanso y alivio el uno al otro, cortando de antemano todas las ocasiones de disgustos y molestias.

“Finalmente, el Matrimonio fué concedido a los hombres para que huyesen de la fornicación, teniendo el marido su mujer, y la mujer su varón. Por lo cual os habeis de guardar mucho de no estragar el santo casamiento, trocando la concesión de la flaqueza en solo deleite, no apeteciéndole fuera de los fines del Matrimonio, pues así lo pide la fe que el uno al otro os habeis dado.

“Porque celebrado el Matrimonio (como dice el Apóstol) ni el varón, ni la mujer tienen señorío sobre su cuerpo. Y así antiguamente los adúlteros eran castigados con severísimas penas, y ahora lo serán de Dios, que es el vengador de los agravios y desacatos que se hacen a la pureza de los sacramentos. . .

* * *

El anciano sacerdote hizo una pausa, con el fin de tomar aliento, pues el asma y la debilidad senil no le permitían concluir de una vez la larga y patética exhortación. Además, le iba dominando tan fuerte emoción, que amenazaba dar al traste con su serenidad. Siempre le sucedía lo propio; pero esta vez en mayor grado, por el cariño verdaderamente paternal que profesaba a Gonzalo y a Catalina.

Estos escuchaban, atentos y conmovidos, aquellas santas palabras, aquellas profundas sentencias que, fluyendo con naturalidad y con dulzura de los labios del representante de Dios, les intimaban de una manera terminante y solemne las graves obligaciones que iban a contraer.

Entretanto los asistentes a la augusta ceremonia, sobrecogidos de religioso temor, oraban devotamente por los esposos.

¿Verdad que en todo esto se descubre una soberana belleza moral que irradia un encanto, un atractivo irresistible? ¿Verdad que todo respira la calma, la sencillez de la inocencia? ¡El pueblo, olvidado de la natural alegría y expansión, de que antes había dado reiteradas pruebas, adopta ahora una actitud recogida y reverente! ¡Los novios muestran en sus semblantes juveniles y en todo su cuerpo la humildad, la modestia, el pudor que embellecen sus almas angelicales! ¡El sacerdote de cabellos blancos, de frente arrugada, de manos y piernas temblonas, de voz débil y balbuciente, notificando a aquellos jóvenes cristianos el severo código del hogar, cual si fuera un monarca; pero que se ve obligado a interrumpir la plática, porque, emocionado, están para asomar a sus ojos puros y serenos las lágrimas, que le suben del fondo del alma, de lo más recóndito del corazón; de aquella alma y de aquel corazón de padre, cuyos santos y desinteresados amores a sus hijitos espirituales, a sus sencillos feligreses, a aquellos buenos fontiverenses que el Cielo le confiara hacía más de medio siglo, no sólo no ha podido apagar, ni enfriar, ni entibiar siquiera el frío glacial de sus setenta y ocho años, sino que se conservan más jóvenes, más fuertes, más encendidos, más abrasados que nunca!...

* * *

UNA BODA EN FONTIVEROS

¡Qué diferencia entre el casamiento cristiano y el casamiento pagano! “Veo, dice el autor de la Historia de la Familia (1), un numeroso y brillante cortejo en el centro de la gran Roma; el oro, la púrpura, carros soberbios, esclavos presurosos, las antorchas, coronas de flores, desmedidas risas, coros de baile y música, todo anuncia la alegría de los sentidos. Los nuevos esposos llegan al altar de Juno. Los juramentos se ponen bajo la protección de una diosa impúdica, en medio de una multitud de prácticas supersticiosas, ridículas y no pocas veces criminales. Ninguna palabra, ningún rito, que eleve los corazones: peligrosos placeres y repugnantes orgías terminarán este día nefando para la humanidad: el hombre y la mujer, rebajados al nivel del bruto, se sumirán en el sensualismo. Cargados con un yugo que sus indómitas pasiones no tardarán en hallar pesado, lo romperán sin motivo y sin vergüenza. Vendrán entonces las divisiones, los odios, los insultantes desprecios, el infanticidio, la exposición, el asesinato, el adulterio. Y he aquí un nuevo origen de desórdenes y desgracias creado en el seno de la sociedad; origen que, mezclando sus cenagosas aguas a tantas otras, irán acrecentando y engrandeciendo el río de la corrupción, hasta el derribo total del viejo mundo”.

Nuestros lectores comprenderán que esta descripción del Matrimonio pagano hecha por J. Gaume, conviene en muchos de sus detalles, no solo a ese público concubinato, bautizado con el flamante nombre de matrimonio civil, sino también a muchos, a muchísimos casamientos cristianos de nuestros días.

* * *

El ministro de Jesucristo prosiguió, diciendo: “Pide la dignidad de este (sacramento) que significa la unión de

(1) Tomo I, pág. 333.

UNA BODA EN FONTIVEROS

Cristo con la Iglesia, que os ameis el uno al otro, como Cristo amó a la Iglesia.

“Vos, varón, compadeceos de vuestra mujer, como de vaso más flaco: compañera os daremos y no sierva. Así Adán, nuestro primer padre, a Eva formada de su lado, en argumento de esto, la llamó compañera. Os ocupareis en ejercicios honestos, para asentar vuestra casa y familia, así para conservar vuestro patrimonio, como para huir el ocio, que es la fuente y raíz de todos los males.

“Vos, esposa, habeis de estar sujeta a vuestro marido en todo: despreciareis el demasiado y superfluo ornato del cuerpo en comparación de la hermosura de la virtud; con gran diligencia habeis de guardar la hacienda: no saldreis de casa, si la necesidad no os llevare, y esto con licencia de vuestro marido: sed como vergel cerrado, fuente sellada por la virtud de la castidad.

“A nadie (después de Dios) ha de amar más, ni estimar más la mujer que a su marido, ni el marido más que a su mujer. Y así en todas las cosas, que no contradicen a la piedad cristiana, se procuren agradar.

“La mujer obedezca y obsequie a su marido; el marido, por tener paz, muchas veces pierda de su derecho y autoridad...

* * *

¡Qué doctrina tan sublime la del proemio a las leyes litúrgicas del Matrimonio Católico!

He aquí, en síntesis, esas enseñanzas regeneradoras de la Familia y de la Sociedad: 1a. “El Matrimonio instituido por el divino Maestro es un misterio sublime, porque representa la augusta alianza de Jesucristo con su Iglesia. De la misma manera que el Hijo de Dios dejó a su Padre para venir a la tierra a unirse a su Iglesia, que ha desposado, y no formar con ella más que una misma carne; así

también el esposo dejará a sus padres para unirse a su esposa" (1) y ésta dejará a los suyos para unirse a su marido.

2a. "Los nuevos esposos deben contraer su enlace poseídos del mismo espíritu que movió al Hijo de Dios a unirse con la Iglesia. Asegurar su salvación y poblar el cielo, dando dignos hijos a la Iglesia y virtuosos ciudadanos a la tierra; tal es el único fin que deben proponerse con el Matrimonio. Pero este sublime fin del enlace cristiano que asocia los esposos a la Paternidad del mismo Dios, debe ser alcanzado por medios igualmente sublimes que son tan obligatorios como sagrados". (2)

3a. Como la caridad es el lazo que une a Jesucristo con la Iglesia, ella debe unir también al esposo y a la esposa, hasta el punto de que a nadie, después de Dios, ha de amar más la mujer que a su marido y viceversa.

* * *

De lo dicho se infiere la admirable excelencia y felicidad del Matrimonio. "Difícilmente, dice Tertuliano, (3) hallaré palabras que expresen bien la excelencia y felicidad de los matrimonios cristianos. La Iglesia forma el nudo; la ofrenda del augusto sacrificio lo confirma; la bendición del sacerdote le pone el sello; los ángeles son testigos; el Padre celestial lo ratifica.

"¿Qué enlace como el de los dos esposos cristianos, reunidos en una misma esperanza, en un mismo voto, en una misma regla de conducta y la misma dependencia? Ellos no forman realmente más que una sola carne animada por una sola alma.

"Juntos oran, juntos se entregan a los santos ejercicios de la penitencia y de la religión. El ejemplo de su vida

(1) D. Crisost. *Laus Maximi, et quales ducendae sint uxores*, t. III n. 3, pág. 259. Edit. Nova.

(2) J. Gaume. *Hist. de la Fam.* t. II, pág. 336.

(3) *Ad Uxor.* lib. II, cap. 9.

UNA BODA EN FONTIVEROS

es una instrucción, una exhortación, un apoyo mutuo. Les veis unidos en la iglesia y en la mesa del Señor. Todo les es común, persecuciones, gozos, placeres.

“Ningún secreto, confianza igual y cuidados recíprocos. No tienen que esconderse uno de otro para visitar los enfermos, asistir a los desvalidos, derramar sus beneficios, ofrecer sus servicios, cumplir asiduamente todos los deberes sin reserva y sin temor.

“Nada les obliga a ocultar ni el signo de la cruz, ni la acción de gracias: sus labios, libres como sus corazones, entonan juntos los piadosos cánticos. Ningunos celos, como no sea para disputarse cual de los dos servirá mejor al Señor.

“Tales son los matrimonios que forman el contento de Jesucristo, aquellos a quienes dispensa su protección: no hay otro legítimo, ni permitido entre cristianos”.

* * *

El anciano sacerdote, deseando que los jóvenes contrayentes fijaran su atención en la nada de las cosas de esta vida y levantasen el corazón a las eternas, terminó su instrucción con las siguientes palabras:

“Sobre todo pensad como habeis de dar cuenta a Dios de vuestra vida, de la de vuestros hijos y de toda la familia.

“Tened el uno y el otro gran cuidado de enseñar a los de vuestra casa el temor de Dios.

“Sed vosotros santos y toda vuestra casa, pues es santo nuestro Dios y Señor; el cual os acrecienta con gran sucesión, y después del curso de esta vida os dé la eterna felicidad, el que con el Padre y con el Espíritu Santo vive y reina en los siglos de los siglos. Amén”.

Que es como si les hubiera dicho: “Que Dios os dé hijos, fortuna, consideración y salud hasta una edad avan-

zada; pronto sonará la hora en que la muerte os arranque todos esos bienes.

“¡Ah! pues que la vida es tan corta; pues que cada uno de nuestros pasos nos aproxima al sepulcro; pues que la muerte se halla a la puerta de nuestras casas; ¿sería, por ventura, tiempo de preocuparnos por los placeres y las riquezas?”

“Somos aquí abajo como los niños que ocupados en juegos propios de la infancia, llegados a la edad madura, abandonan sus infantiles diversiones para dedicarse a cosas más serias. De la misma manera debemos dejar nosotros las pueriles ocupaciones terrenales, para entregarnos a pensamientos más provechosos a nuestra salvación.

“Estamos todos enlazados con un esposo celeste que nos pide todo nuestro amor, y tiene derecho a exigir el sacrificio de cada uno de nosotros, no sólo de nuestras frívolas disipaciones, sino también de la vida misma, si fuese menester.

“¿Para qué servirá el matrimonio en un lugar do será indiferente el haber estado o no casado? ¿Para qué sirven ricas herencias para quien deberá gozarlas por tan corto tiempo? (1)

“*La imagen del mundo es fugaz*: ¿por qué, pues, atormentarse por cosas perecederas? Vosotros estais próximos a una región en la que no hay ni matrimonios que contraer, ni riquezas que atesorar: una vida, un mundo nuevo. Este acabará pronto para vosotros en una misma tumba. (2)

(1) J. Gaume, *Hist. de la Fam.* t. I, págs. 343-344.

(2) Sn. Juan Crisóstomo, de *Virginit.* c. 73, t. I, pág. 399.

XXIV

LAS CEREMONIAS DEL MATRIMONIO

La Gracia Sacramental.—El público, los contrayentes y Dn. Antonio.—La toma de dichos.—Arras y anillos.—Al pie del altar.—La Misa de Velaciones.—La última exhortación.

Cuando el ministro santo dió fin a la sencilla, pero misteriosa y saludable amonestación, se presentía, se adivinaba la presencia en la iglesia de algo, no corriente y ordinario, sino insólito y extraordinario.

Era, sin duda, la Gracia Sacramental, hermosa, santa, celestial, divina, como una exhalación de la Gloria, como un don de la adorable Trinidad, como una joya salida de las entrañas amorosas de Dios. Sí, era la Gracia que, próxima ya a ser infundida en el alma de los contrayentes, vagaba por las amplias naves del magnífico templo parroquial (1); y, ora flotaba en el ambiente, ora subía hasta las bóvedas, ora descendía y penetraba en el sagrario, y se escondía en el seno amantísimo del Cordero de Dios, el cual la acogía cariñoso y la acariciaba, retocaba y pulía con delicadeza y con primor; despidiéndola después, pero más adornada, más bella, más encendida y arrebatadora. Y entonces la Hija del Rey, del Rey de los Cielos, derramando donaire y gentileza, pasaba por entre la muchedumbre de acompañantes, y les iluminaba interiormente, y les movía al bien, y les abrasaba en deseos de ser santos; y se llegaba hasta Gonzalo y Catalina, adornando su cuerpo con claridades suavísimas, su rostro con irradiaciones de santidad, sus ojos con fulgores de pureza y su cabeza con nimbos de gloria. Mas no penetraba en sus almas, en es-

(1) Lejos de mí el atribuir a la gracia cualidades materiales, siendo, como es, un ser divino y espiritual.

pera de que manifestasen su consentimiento para el matrimonio, mediante la toma de dichos que el ministro del Altísimo iba a realizar en breve.

* * *

Como es natural, todos habían concebido una alta idea de la excelencia y santidad del gran Sacramento y profundo Misterio, cuya celebración estaban presenciando; todos se hallaban penetrados de las graves obligaciones que pesan sobre los esposos; todos se encontraban hondamente conmovidos y saludablemente atemorizados.

Gonzalo y Catalina, abstraídos de cuanto les rodeaba, rumiaban mentalmente las provechosas enseñanzas del virtuoso sacerdote y ofrecían su cerviz al gravoso yugo, diciendo al Señor en lo secreto de su corazón: “¡Dios mío! ¡Dios mío! por Vos, solo por Vos y para vuestra mayor honra y gloria aceptamos la tremenda carga de nuestros deberes de casados”.

Muchas personas, especialmente las mujeres, derramaban copiosas lágrimas. El mismo Dn. Antonio, no obstante los continuos esfuerzos que había hecho para dominarse, no pudo impedir que cuatro o seis lágrimas rodaran por sus mejillas, yendo a caer sobre el Ritual Romano, precisamente al pie de la famosa exhortación, cual si se hubiera propuesto rubricar con ellas cuanto acababa de manifestar a sus queridos Huérfanos.

Mas pronto se serenó el bendito varón; y acordándose de que era el celador puesto por Dios para velar por la pureza y santidad del Sacramento, se dirigió de nuevo a los contrayentes y al público, en general, diciendo con voz grave, firme, autoritativa:

“Yo os requiero y mando, que si os sentís tener algún impedimento, por donde este matrimonio no pueda, ni deba ser contraído, ni ser firme y legítimo; conviene a saber, si

hay entre vosotros impedimento de consanguinidad, o afinidad, o espiritual parentesco, o de pública honestidad: si está ligado alguno de vosotros con voto de castidad, o religión, o con desposorios, o matrimonio con otra persona: finalmente, si hay entre vosotros algún otro impedimento, que luego claramente lo manifesteis. Lo mismo mando a los que están presentes. Segunda y tercera vez os requiero, que si sabeis algún impedimento, lo manifesteis libremente". (1)

—No sabemos que exista impedimento alguno,—respondieron todos a una.

* * *

Entonces el sacerdote se dirigió a la esposa, preguntándola:

—“Señora Catalina, ¿quereis al señor Gonzalo por vuestro legítimo esposo y marido por palabras de presente, como lo manda la santa, católica, y apostólica iglesia romana?”

—“Sí quiero,—contestó Catalina en tono humilde, pero resuelto.

—“¿Os otorgais por su esposa y mujer?”

—“Sí me otorgo.

—“Recibisle por vuestro esposo y marido?”

—“Sí le recibo.

Luego el Sacerdote interrogó al esposo:

—“Señor Gonzalo: ¿quereis a la señora Catalina por vuestra legítima esposa y mujer por palabras de presente, como lo manda la santa, católica, y apostólica iglesia romana?”

—“Sí quiero,—respondió modestamente Gonzalo.

—“¿Os otorgais por su esposo y marido?”

—“Sí me otorgo.

(1) *Rit. Roman.* Apénd. dicho, pág. 457.

UNA BODA EN FONTIVEROS

—“¿Recibisla por vuestra esposa y mujer?”

—“Sí la recibo. (1)

¡Momento solemne! ¡momento decisivo en la vida de aquellos dos jóvenes!... Han otorgado su consentimiento mutuo, han dado el *sí* para el Matrimonio; y ved que esa palabra, sencilla y breve, pero eficacísima, produce instantáneamente el vínculo sagrado e indisoluble y, con él, la Gracia Sacramental Unitiva, que se apresura a tomar posesión de las almas de los cónyuges para ilustrarlas, embellecerlas y santificarlas; armonizarlas y fundirlas entre sí de una manera tan firme, tan permanente, tan definitiva, que por siempre habrán de correr la misma fortuna: en la pobreza y en la riqueza, en los goces y en las tristezas, en la prosperidad y en la adversidad, en el aprecio y en las persecuciones, en la salud y en la enfermedad, en la vida y en la muerte.

No es, dice Gaume, una unión fugitiva y grosera la de los esposos cristianos como sucede entre los paganos; es un enlace eterno y angélico. No es una divinidad impotente la que ha recibido sus juramentos: el mismo Dios es su depositario; los ángeles y santos, en el cielo, y el sacerdote y los fieles cristianos, en la tierra, son sus testigos.

Sus juramentos, he dicho, porque después de las respuestas afirmativas a las preguntas del Sacerdote, a instancias del mismo, se dieron Gonzalo y Catalina la mano derecha para ratificar, como un juramento inviolable, su recíproca fidelidad a la palabra dada. Y fué entonces, teniendo así unidas las manos, la del esposo sobre la de la esposa, para significar que es el jefe de la familia y el primero obligado a ser fiel a su palabra; fué entonces, repito, cuando Dn. Antonio, a fin de demostrar que Dios

(1) *Rit. Roman.* Apénd. pág. 457.

UNA BODA EN FONTIVEROS

había confirmado lo que acababa de hacerse en la iglesia, exclamó solemnemente:

“Y yo de parte de Dios todopoderoso, y de los bienaventurados apóstoles San Pedro y San Pablo, y de la santa madre iglesia os desposo, y este sacramento entre vosotros confirmo, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén”. (1)

É hizo sobre ellos la señal de la Cruz y los roció con agua bendita.

* * *

Prosiguen los ritos misteriosos. El sacerdote, después de bendecir las arras y los anillos, colocó uno de éstos en el cuarto dedo de la mano derecha de Gonzalo, denotando que la Iglesia sellaba su corazón, para que durante toda su vida fuera fiel a su esposa. Luego Gonzalo puso el otro anillo en el dedo anular de Catalina, haciéndola saber por esta ceremonia que su corazón pertenecía por completo a su marido, y, de consiguiente, que jamás debía amar a ningún otro hombre. (2)

Acto seguido entregó el esposo y recibió la esposa, como precio de la virginidad y como señal del contrato y de la comunidad de bienes, las trece monedas de las arras, que simbolizan a Jesucristo y a los doce apóstoles. (3)

“Esposa, este anillo y estas arras os doy en señal de matrimonio,—dijo Gonzalo.

“Yo lo recibo, contestó Catalina. (4)

* * *

(1) *Rit. Roman.* Apénd. Toled. pág. 457.

(2) Los esposos deben llevar puesto el anillo, para que tengan siempre en la memoria las promesas hechas. El uso de los anillos en el acto de la boda es muy antiguo. El de la Virgen Santísima se conserva en Perusa.

(3) También es muy antiguo el uso de las arras. En el capítulo 27 del Génesis se lee que Abraham envió a Rebeca, en señal del matrimonio con Isaac, arracadas de oro para las orejas, manillas, vasos de oro y plata y vestidos.

(4) *Rit. Roman.* pág. 459.

UNA BODA EN FONTIVEROS

Después de impetrar la protección divina sobre los cónyuges, les tomó el sacerdote las manos derechas, y, asidos, para denotar la unión interior de los corazones y la exterior de los cuerpos, les introdujo en la iglesia, recitando el salmo 127:

“Bienaventurados todos los que temen al Señor, los que andan en sus caminos.

“Porque comerás los trabajos de tus manos: bienaventurado eres, y te irá bien.

“Tu mujer como vid abundante, a los lados de tu casa.

“Tus hijos como renuevos de olivos, alrededor de tu mesa. (1)

“He aquí que así será bendito el hombre, que teme al Señor.

“Bendígate el Señor desde Sión y veas los bienes de Jerusalem todos los días de tu vida.

“Y veas los hijos de tus hijos, la paz sobre Israel.

“Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo.

“Ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

Al llegar al altar, se pusieron de rodillas; Gonzalo a la derecha de Catalina, en significación de que el varón es superior y cabeza de la mujer, como Cristo lo es de la Iglesia.

El venerable sacerdote, vuelto de cara a los esposos, pronunció sobre ellos con palabras cada vez más cálidas y apresuradas las siguientes bendiciones, a las que se unía el pueblo respondiendo devotamente “Amén” al fin de cada una: (2)

(1) Tendrás el gusto de ver tus hijos a semejanza de hermosos y tiernos renuevos de olivos, sentados junto a tí, y coronando tu mesa. (Nota de Scio).

(2) Las bendiciones, de que se hace mérito en el texto, son la traducción libre de las dos oraciones del *Rit. Romano* “Benedicat Deus” y “Benedicat vos”, pág. 460.

UNA BODA EN FONTIVEROS

—Que el Señor bendiga, hijos míos, las palabras que acaban de pronunciar vuestros labios y cuantas salgan de ellos en lo sucesivo, para que sean firmes y santas.

—Amén. Así sea.

—Ate vuestros corazones con las fuertes y suaves ligaduras del más constante y sincero amor.

—Así sea.

—Floreced juntamente con esta muchedumbre, que os acompaña; sean los hijos el fruto de vuestra casta unión; tened perpetua alegría con vuestros amigos.

—Así sea.

—Concedaos el Señor los bienes perdurables y extienda sus beneficios a vuestros parientes y amigos y admita a todos en los gozos eternos.

—Así sea.

—Bendígaos el Señor de la gloria celestial, el Rey de todos los Santos.

—Así sea.

—Derrame sobre vuestros corazones las dulzuras de su amor y haga que en esta vida goceis de felicidad.

—Así sea.

—Permítalos también alegraros muchos años con la vista de vuestros hijos y dignese admitiros después en las celestes moradas, el que vive y reina Dios por los siglos de los siglos.

—Así sea. Amén.

* * *

Terminadas estas saludables bendiciones, principió la misa nupcial, rica en simbolismos, como las demás ceremonias de la Boda. Debe celebrarse después del Matrimonio, como ratificación del mismo, poniendo a las mutuas promesas de los esposos el sello de la Sangre de Jesucristo, a quien reciben sacramentado, para significar que

entre los cristianos el Matrimonio es el gran Misterio que representa la unión de Cristo con la Iglesia.

Después del "Nobis quoque peccatoribus", estando Gonzalo y Catalina arrodillados delante del altar, les pusieron los acólitos un velo, blanco y encarnado, llamado vulgarmente yugo: blanco, para significar la pureza que han de tener los casados, y encarnado, para denotar la caridad y, además, la descendencia o generación, procedente de la sangre. A la esposa se le colocaron sobre la cabeza, porque, como de la mujer tuvo principio y origen el pecado, en cuanto rea y culpada, debe tener cubierta y velada la cabeza en presencia de Cristo, Juez de vivos y muertos, presente en el altar. Al esposo, sobre los hombros, para que conociera la obligación de sustentar a la familia y llevar las cargas del Matrimonio, representadas en los hombros. (1)

Acabado el "Pater noster", vuelto el sacerdote de cara a los cónyuges, cubiertos con el velo, les leyó las oraciones "Propitiare" etc., en las cuales consiste la bendición nupcial, pidiendo para ellos los tres bienes del Matrimonio: el bien de los hijos, el de la fidelidad, y el del Sacramento, que es el vínculo indisoluble.

Gonzalo y Catalina comulgaron, una vez que hubo sumido el Sagrado Sanguis Dn. Antonio, quien inmediatamente después del "Benedicamus Domino", antes de dar la bendición al pueblo, se volvió hacia aquéllos y les dijo:

"Sea con vosotros el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob, el cual colme las bendiciones que os ha dado, haciendo que veais los hijos de vuestros hijos

(1) Es muy antiguo el uso del *yugo* o velo. Ya se dice en el Génesis que, cuando regresaba Eliccer a la casa de su amo Abraham en compañía de Rebeca, al ver ésta a Isaac, se cubrió el rostro con el manto o velo.

Las viudas no se velan, porque el velo representa la unión del Verbo divino, el cual sólo quiere esposas vírgenes.

En algunas regiones tienen los esposos en la mano durante las velaciones una vela encendida, símbolo de la pureza, del amor y de que se hallan dispuestos a comparecer delante de Dios.

hasta la tercera y cuarta generación, y que poseais después sin fin la vida eterna, por los méritos de nuestro Señor Jesucristo que, con el Padre y con el Espíritu Santo, vive y reina Dios por todos los siglos de los siglos. Amén". (1)

* * *

Entonces los acólitos les quitaron el velo y el sacerdote les hizo con voz grave la siguiente exhortación:

"Ya que habeis recibido las bendiciones según la costumbre de la Iglesia, lo que os amonesto es, que os guardéis lealtad el uno al otro, y en tiempo de oración, y mayormente en ayunos y festividades, tengáis castidad. El marido ame a la mujer; y que permanezcáis en el temor de Dios". (2)

Después les roció con agua bendita y, léido el último evangelio, hizo entrega de la esposa al esposo, tomándoles la mano derecha; y los despidió en paz, diciendo:

"Compañera os doy, y no sierva: amadla como Cristo ama a su Iglesia".

XXV

DESPUES DEL MATRIMONIO

Las inmediaciones de la iglesia.—Tocatas y cantares.—Vitores y aplausos.—Gonzalo y Catalina parecían dos ángeles.

Las inmediaciones de la iglesia presentaban después de la misa nupcial el soberbio aspecto de las grandes solemnidades parroquiales.

Dentro sólo habían quedado los novios, los padrinos y algunas mujeres, con el fin de ofrecer responsos por los

(1) *Rit. Roman.* Apénd. dicho, pág. 461.

(2) *Id., id., id.*

padres de aquéllos y por los difuntos del pueblo. Los demás, sin distinción de sexo, de edad, ni de condición, salieron fuera, apenas acabado el último evangelio, llevando a aquellos parajes, poco antes solitarios, una alegría y animación extraordinarias.

Los chiquillos se desquitaban del forzado quietismo y silencio del templo, jugando, corriendo, riendo y gritando con más furor que nunca. Las personas graves comentaban vivamente el histórico acontecimiento del día, conviniendo todos en afirmar que jamás se había celebrado en la Reina de la Moraña una boda tan concurrida y rumbosa como aquella.

Los señores Profesores de Instrucción Primaria hacían las últimas advertencias a los mozos y mozas que iban a tomar parte en las danzas y recitados que tendrían lugar durante el regreso de la comitiva al Ayuntamiento, en cuyos amplios salones se celebraría el banquete de bodas.

Tío Tambora templaba el famoso instrumento y su compañero limpiaba la boquilla de la gaita.

Una comisión de concejales trabajaba febrilmente en organizar de nuevo el acompañamiento, el cual, por disposición del señor Alcalde, había de guardar el mismo orden de marcha que a la venida.

Francisca Muñoz, Petra González, María Rodríguez y otras cuantas chavalillas ensayaban en un lugar apartado bajo la dirección de nuestra conocida, la inquieta Joaquina Fernández, no sé qué trastada que intentaban hacer durante el desfile.

* * *

Muchos jóvenes habían volado a sus respectivos domicilios en demanda de instrumentos músicos y, poco después, se oían por todas partes tocatas y cantares.

Aquí era el veterano sargento de las guerras contra el

U N A B O D A E N F O N T I V E R O S

Moro, quien, con su voz formidable, lanzaba al aire las notas de aquella conocida tonada:

El camino de la vida
Es un camino pesado,
Que solo resulta bien
Andándolo apareados.

Allí era Carlitos, el estudiante vitalicio de la Universidad de Salamanca, el que, no ciertamente en son de guerra, como cuando rondaban celosos a la hermosa toledana, contestaba al sargento con aquel otro cantar:

A la Virgen del Carmen
Tres cosas pido:
Salvación y dinero
Y un buen marido.

En ese corro hacía las delicias de los concurrentes con las suaves cadencias de su voz limpia y pastosa, Eulogio, el zagal de tío Costales:

Es amor la más galana
De las flores de la vida;
Pero ¡ay! que bella es la rosa
Y no hay rosa sin espinas.

—¡Bien, bien, mucho bueno, Eulogio! ¡Bendita sea tu madre que te ha dado esa garganta! ¡Venga otra, amigo!

Elígete mujer güena,
Aunque tenga mal aspecto,
Que en la mujer y en las nueces
Lo que vale es lo de adrento.

En aquel otro corro, y en el otro y en el de más allá cantaban a pleno pulmón quince o veinte mozos a la vez:

Si tuvieran noviciado
Los que se van a casar,
¡Cuántos, después de probado,
Se irían sin profesar!

UNA BODA EN FONTIVEROS

Para todo el que se casa
Ser bien amado es el Cielo,
Mal amado, el Purgatorio,
No ser amado, el Infierno.

Hombre impío o pervertido,
Sin Dios, sin fe, irreligioso,
¡Jamás será buen esposo!
¡Jamás será buen marido! (1)

¡Oh! ¡cuánto regocijo, cuánta animación, cuánto entusiasmo!

Y en lo alto de la torre, las voces de júbilo de los monaguillos y los repiques de fiesta de las campanas; y en las regiones del aire, el frecuente estampido de bombas y de trabucazos; y más arriba, el sol en el meridiano, derramando sobre Fontiveros cataratas de luz y de calorías; y mucho más arriba, el límpido y purísimo azul del cielo de Castilla la Vieja; y allá a las puertas del Empíreo, caritas de ángeles y de beatos que sonríen complacidos y gozosos; y acá a las puertas de la iglesia... Gonzalo y Catalina, y detrás de ellos, Dn. Antonio y el señor Alcalde.

* * *

Al advertir aquella muchedumbre alegre y entusiasmada la presencia de los esposos, prorrumpió en una salva interminable de vítores y aplausos, a la vez que los cercaba y estrechaba con ímpetu tan avasallador, tan irresistible, que lo hubieran pasado muy mal, a no ser por la ayuda que les prestaron el señor Alcalde, blandiendo su bastón, y Dn. Antonio, ocultándolos con su sombrero de teja.

—¡Vivan, vivan los novios! gritaban por todas partes. ¡Vivan los recién casados! ¡Viva ese real mozo de Toledo! ¡Viva la más salada y garrida moza de Fontiveros! ¡Vivan nuestros queridos Huerfanitos! ¡Viva esa linda pareja! ¡Vivan esos dos ángeles en carne humana!

(1) Algunas de estas canciones están tomadas del P. Valencina, *El Matrimonio cristiano*. Otras son cantares del pueblo de Castilla.

UNA BODA EN FONTIVEROS

Y aquí, lágrimas furtivas; y ahí, llantos declarados; y allí, gemidos y sollozos; y allá, entre los mozos, caras de envidia a Gonzalo; y acá, entre las mozas, caras de envidia a Catalina; y acullá, manos que se quemán de aplaudir, ojos que se saltan de mirar, lenguas que se secan y gargantas que enronquecen de gritar, corazones que se derriten de amar; y, cerquita de los esposos, tía Colores y tía Felicianita que dicen de nuevo:

—¡Vivan, vivan esos ángeles en carne humana!

* * *

No, no eran ángeles verdaderos Gonzalo y Catalina: pero lo parecían tanto que cualquiera hubiera creído que lo eran.

Hermoseados con los arreboles del amor, del candor y de la inocencia, se asemejaban, en efecto, a los espíritus purísimos que asisten delante del Trono de Dios.

Intimamente unidas sus almas, fundidos en uno sus corazones, identificados sus querereres, sus deseos, sus sentimientos, hechos una sola carne, un solo cuerpo efecto de la Gracia Sacramental Unitiva, sólo tenían un común anhelo: ayudarse mutuamente a santificarse, a salvarse, y contribuir a la mayor gloria de Dios, dándole hijos buenos. ¡Qué nobleza, qué generosidad, qué santidad de aspiraciones!

Aunque sonreían ante las demostraciones de cariño de aquel pueblo querido, aparecían graves, formales, dignos, y como preocupados por la tremenda responsabilidad de los deberes conyugales.

El rostro de Gonzalo, sus modales, todo su continente acusaban la superioridad del esposo, la dignidad del padre, la majestad del jefe, del rey de la familia, la santidad soberana del sacerdote, del pontífice doméstico.

Catalina recordaba las vírgenes cristianas de los prime-

UNA BODA EN FONTIVEROS

ros siglos, aquellas santas jóvenes desposadas en las Catacumbas, junto a los sepulcros venerandos de los mártires. ¡Qué dulzura, qué pureza, qué modestia, qué encantadora sencillez y, sobre todo, qué fuegos, qué volcanes de amor a su Dios, a su esposo y a sus hijos, se adivinaban, se transparentaban en ella! ¡Amor que la bendita estaba dispuesta a llevar hasta el sacrificio, hasta la muerte, hasta el martirio, si preciso fuera!...

Así, con esas gracias, con esos atractivos, con esos embelesos de cuerpo y de alma aparecieron Gonzalo y Catalina en las puertas del templo de Fontiveros. No de otra manera se dejarían ver en el Paraíso ante la creación aborta nuestros primeros padres Adán y Eva cuando, después de haber derramado sobre ellos el Señor todo género de dones, naturales y sobrenaturales, los bendijo, diciendo: "Creced, y multiplicaos, y henchid la tierra". (1)

XXVI

DANZAS POPULARES Y CERTAMEN LITERARIO

Enorme interés y ansiedad.—Los instrumenteros preludian una danza y comienza la pelea entre los dos bandos.—Las mozas y los mozos casaderos discurren admirablemente sobre cuestiones matrimoniales.—El público premia con aplausos la esmerada labor de unos y de otros.—Un número inesperado.—Tía Feliciano intenta aguar el triunfo de la Joaquina.

Dejemos a un lado digresiones y entretenimientos, y apresurémonos a describir las danzas populares y el certamen literario que tuvieron lugar en el trayecto que media entre la Iglesia y el Ayuntamiento.

Certamen y danzas que habían despertado enorme interés y suscitado los más diversos y apasionados comenta-

(1) Génesis I, 28.

UNA BODA EN FONTIVEROS

rios en Fontiveros y en los pueblos de seis leguas a la redonda.

Danzas y certamen, ideados, ensayados y ultimados con verdadero lujo de detalles por Dn. Luciano y Da. Inés, los dignos maestros de primeras letras.

Certamen y danzas, esperados con ansiedad creciente por los jóvenes de uno y otro sexo, ya que los dos bandos que se disputarían los valiosos premios de la Corporación Municipal y de otras entidades, estaban formados exclusivamente, el uno, por doncellas y el otro, por mancebos.

* * *

Ya cada uno ocupa el mismo puesto que ocupaba al dirigirse la comitiva a la iglesia.

A la cabeza, el pendón morado de Castilla. Detrás, el escudo de la Villa, los niños y niñas de las escuelas, los hombres y mujeres casados, los mancebos y doncellas, etc.

Solamente habían cambiado de sitio tío Tambora y tío Gaita, yendo ahora colocados delante del semicírculo formado por las personas más notables de la localidad y detrás de los ocho ancianos, cuatro por cada sexo, que constituyen el jurado del certamen literario y del concurso de baile.

Ya está preparado todo. Ya se encuentran frente a frente los adversarios. Ya, a una señal del señor Alcalde, se ha puesto en movimiento la comitiva a los alegres acordes de una marcha nupcial.

Acabada ésta, los insignes instrumenteros preludian una danza y, momentos después, comienza la pelea entre los jóvenes.

Completamente imperitos en el arte de Terpsícore, nos abstendremos de formular juicio alguno sobre el resultado de la empeñada refriega. Los sabios e imparciales individuos del jurado darán su fallo oportunamente.

Nos limitaremos, pues, a transcribir el animado diálogo que, sobre cuestiones matrimoniales, sostuvieron los mozos y mozas que tomaron parte en el certamen literario.

* * *

Terminada la primera danza, un mancebo, designado por Dn. Luciano, se destacó de la fila de sus compañeros y, después de haberse inclinado ante Dn. Antonio y Dn. Pantaleón, dijo, vuelto de cara a Catalina:

—La mujer sabia edifica su casa con su diligencia y buen gobierno; mas la necia, aun la casa fabricada destruirá con sus manos. (1) Lo ha dicho el Señor. (2)

Acto seguido se adelantó una joven, nombrada por Dña. Inés. Saludó graciosamente a las autoridades y, dirigiendo su voz a Gonzalo, replicó a lo dicho por el mozo:

—El varón sabio edifica su casa sobre la peña: el hombre loco la edifica sobre arena. También lo ha dicho Dios. (3)

Sucesivamente fueron hablando los demás mancebos y doncellas, siempre dirigidos por los señores profesores.

Mancebo. —Casas y riquezas los padres las dan: mas mujer prudente propiamente el Señor. Lo ha dicho el Señor. (4)

Doncella. —No seas en tu casa como león, aterrando a tus domésticos, y oprimiendo a tus súbditos. Así lo quiere Dios. (5)

Man. —En donde no hay cerca, será robada la heredad: y en donde no hay mujer fiel que cuide, conserve y aumente la hacienda de la casa, suspira el hombre en indignancia. Lo ha dicho el Señor. (6)

(1) Para evitar confusiones en el texto, unimos varias veces, sin ningún signo distintivo, a las palabras de la Sagrada Escritura frases tomadas de Scio.

(2) Prov. XIX, 1.

(3) Math. VII, 24 y 26.

(4) Eccli. c. 4, v. 35.

(5) Id., XXXVI, 27.

(6) Id., id., 36.

Don. —El que posee una mujer buena, da principio a una posesión firme y estable. También lo ha dicho Dios. (1)

Man. —La mujer hacendosa es la corona de su marido: y la que hace cosas dignas de confusión, será podredumbre de sus huesos. Lo ha dicho el Señor. (2)

Don. —Tu mujer como vid abundante en lo más retirado de tu casa. Lo dijo también Dios. (3)

Man. —Este Sacramento del Matrimonio es grande: mas yo digo en Cristo y en la Iglesia. Lo ha dicho el Señor. (4)

Don. —Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se allegará a su mujer: y serán dos en una carne. Así lo quiere Dios. (5)

Man. —Así que ya no son dos, sino una carne. Por tanto lo que Dios juntó, el hombre no lo separe. Lo ha dicho el Señor. (6)

Don. —¿Estás ligado a la mujer? No busques soltura. Así lo quiere Dios. (7)

Man. —La mujer no se separe del marido. Lo ha dicho el Señor. (8)

Don. —Y el marido tampoco deje a su mujer. Así lo quiere Dios. (9)

Man. —La mujer, mientras vive el marido, atada está a la ley del matrimonio. Lo ha dicho el Señor. (10)

Don. —Mas cuando muere su marido, suelta queda de la ley del marido. Así lo quiere Dios. (11)

(1) Eccli. XXXVI. 26.

(2) Id., id., 26.

(3) Prov. XII, 4.

(4) Psal. CXXVII, 3.

(5) Ad Ephes. V. 33.

(6) Ad Ephes. V. 31.

(7) Math. XIX. 6.

(8) I Ad Cor. VI. 27.

(9) Id., id., 11.

(10) Ad Rom. VII. 2.

(11) Id., id., id.

Man. —Si la mujer repudiare a su marido, y se casare con otro, comete adulterio. Lo ha dicho el Señor. (1)

Don. —Cualquiera que repudiare a su mujer, y se casare con otra, adulterio comete contra aquélla. También lo ha dicho Dios. (2)

Man. —La mujer no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino el marido. Lo ha dicho el Señor. (3)

Don. —Y así mismo el marido no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino la mujer. Así lo quiere Dios. (4)

Man. —La mujer reverencie a su marido. Lo ha dicho el Señor. (5)

Don. —Maridos, amad a vuestras mujeres, y no seais desabridos con ellas. Así lo quiere Dios. (6)

Man. —El varón es cabeza de la mujer. Lo ha dicho el Señor. (7)

Don. —Y Cristo es la cabeza de todo varón. También lo ha dicho Dios. (8)

Man. —Porque no fué criado el varón por causa de la mujer, sino la mujer por causa del varón. Lo ha dicho el Señor. (9)

Don. —Mas ni el varón sin la mujer; ni la mujer sin el varón en el Señor. Así lo quiere Dios. (10)

Man. —Casadas, estad sujetas a vuestros maridos, como conviene en el Señor. Lo ha dicho el Señor. (11)

Don. —Empero también vosotros cada uno de por sí ame a su mujer como a sí mismo. Así lo quiere Dios. (12)

Man. —Estarás bajo la potestad de tu marido, y él

(1) Marc. X. 12.

(2) Id., id. 11.

(3) 1a. Ad Corint. VII. 4.

(4) Id., id., id.

(5) Ad Ephes. V. 33.

(6) Collos. III. 19.

(7) 1a. Ad Cor. XI. 3.

(8) Id., id., id.

(9) Id., id., 9.

(10) Id. XI. 11.

(11) Ad Collos. III. 18.

(12) Ad Ephes. V. 33.

tendrá dominio sobre ti, porque el marido es cabeza de la mujer, como Cristo es cabeza de la Iglesia. Y así como la Iglesia está sometida a Cristo, así lo estén las mujeres a sus maridos en todo lo que pertenece al gobierno de la casa y de la familia y en todo lo que no es contrario al servicio y a la ley de Dios. Lo ha dicho el Señor. (1) (2) (3)

Don. —Y vosotros, maridos, amad a vuestras mujeres, como Cristo amó también a la Iglesia, y se entregó a sí mismo por ella. El que ama a su mujer, a sí mismo ama. Deben amar los maridos a sus mujeres como a sus propios cuerpos. Porque nadie aborreció jamás su carne; antes la mantiene y abriga, así como también Cristo a la Iglesia. Así lo quiere Dios. (4) (5) (6) (7)

* * *

Calurosos aplausos, vítores y enhorabuenas premiaron la esmerada labor de los mozos y de las mozas.

Todos habían estado muy bien. Todos habían hecho sus recitados de una manera interesante, acabada, irreprochable, poniendo en sus labios todo el entusiasmo, toda la fogosidad de sus corazones juveniles.

* * *

La comitiva se disponía a continuar la marcha y tío Tambora a tocar una segunda danza, cuando, de repente, sin previo aviso, y atropellándolo todo, penetraron dentro de las filas la traviesa ahijada de tía Feliciano y sus amiguitas.

(1) Gen. III. 16.
(2) Id., id., id.
(3) Ad Ephes. V. 24.
(4) Id., id., id.

(5) Ad Ephes. v. 25.
(6) Id., id., 27.
(7) * Id., id., 29.

UNA BODA EN FONTIVEROS

En un periquete se colocaron cerca de los desposados, formaron corro alrededor de Joaquina y, cantando ésta una tonadilla, acompañándose de la pandereta, empezaron a danzar con la mayor formalidad y aplomo.

En los circunstantes se produjo un movimiento general, primero, de sorpresa y asombro; después, de ira e indignación; y, por último, de regocijo e hilaridad.

Este último sentimiento estalló con el mayor estrépito en el mismo instante en que, interrumpida la danza, exclamó Joaquina Fernández, gesticulando y tendiendo los brazos hacia los novios:

—Señores y Señoras, miradlos: “Casamiento santo; él sin capa y ella sin manto”. Y ahora,—prosiguió la despierta muchacha—ahora oirá este respetable público, si nos presta su benévola atención, de qué manera tan salada dicen mis queridas compañeras las verdades del barquero a Gonzalo y a Catalina, a esa pareja de tortolillos que están más helados que la escarcha.

Y una tras otra, después de hacer una graciosa reverencia al señor Alcalde y al señor Párroco, fueron declamando enfáticamente las siguientes sentencias:

Francisca Muñoz: —“Gonzalo, Catalina, atended, preciosos: no se hace la boda de hongos, sino de buenos bollos, o ducados redondos”. Así lo creo yo.

Petra González: —“El día que te casas, o te curas o te matas”. Esto lo digo yo.

Sergia Sánchez: —“Mal anda la casa donde la rueca manda a la espada”. Así lo creo yo.

Mercedes Rivas: —“El hombre en la plaza y la mujer en casa”. Esto lo digo yo.

María Rodríguez: —“En casa del gaitero todos son danzantes”. Así lo creo yo.

Justa Luquero: —“Misar y rezar, y casa guardar”. Esto lo digo yo.

U N A B O D A E N F O N T I V E R O S

Dionisia Sáez: —“La mujer pulida, la casa sucia y la puerta barrida”. Así lo creo yo.

Pilar Coca: —“A la mujer brava, dadle la sogá larga”. Esto lo digo yo.

—Y ahora, respetable público, permíteme hacer el resumen de estos discursos de mis amigas,—dijo Joaquina. Sí, permíteme que me dirija primeramente a esa joven desposada: ¡Oh Catalina, no olvides nunca el profundo sentido de aquellas sentencias populares: “Pensé que no tenía marido y comime la olla”. “Al marido malo, ceballo con las gallinas de par del gallo”. “Mi marido es tamborilero; Dios me lo dió y así me lo quiero”.

Pues he terminado ya mis advertencias a mi entrañable amiga Catalina, hablaré a su caro esposo y le diré:

¡Oh Gonzalo! ten siempre presente que “a la mujer loca, más le agrada el pandero que la toca”, “que la mujer honrada, la pierna quebrada y en casa”, que “con la mujer y el dinero, no te burles, compañero”. Sobre todo, acuérdate muchas veces ¡oh Gonzalo de mis entrañas, oh incauto pajarillo, prendido para siempre en las redes que te tendiera esa astuta cazadora toledana! acuérdate muchas veces, repito, de aquellas sabias palabras de Sn. Jerónimo que cierto día nos enseñó Dn. Antonio en la catequesis, es a saber: “que es más difícil encontrar una mujer buena que un cuervo blanco”.

* * *

Clamorosas ovaciones acogieron las últimas palabras de la Joaquina que había estado afortunadísima de concepto y sencillamente encantadora de voz y de mímica. ¡Bien había aprovechado las lecciones de Dña. Inés!

Tan grande, tan indiscutible, tan definitivo fué su triunfo que, aunque tía Felicianá intentó aminorarlo un poco, no

pudo conseguirlo. La anciana madrina se aproximó, en efecto, a la rapaza y, entre airada y orgullosa, la dijo:

—Ahora mismo te voy a arrancar la lengua, charlatana, y a cerrarte para todo el día en casa de tu madre.

Mas la Joaquina y su pandilla, filtrándose a través de la multitud, huyeron en todas direcciones, no sin haber recibido aquella, al pasar junto a tía Colores, las felicitaciones de ésta, unidas a una estrepitosa descarga de besos.

Media hora después llegaba la comitiva al Ayuntamiento.

XXVII

LA COMIDA DE BODA

Es muy antigua la costumbre de celebrar convites en las bodas.—Severas palabras de Sn. Juan Crisóstomo.—Inmundos banquetes nupciales de nuestros días.—El banquete de boda de Gonzalo y Catalina estuvo informado del espíritu cristiano.

Antiquísima es la costumbre de celebrar banquetes en las bodas.

La Sagrada Escritura nos habla de algunos. Llegado Eliecer a Harán en busca de esposa para Isaac, concierta el matrimonio de éste con la joven y hermosa Rebeca y, después de haber obsequiado con ricos presentes a la esposa, a sus hermanos y a su madre, “se hizo un convite y estuvieron allí juntos, comiendo y bebiendo”. (1)

Se casa Samsón en Tamnatha con una mujer filisteá y, con motivo de la boda, “da una comida el padre de aquél, porque así solían hacer los mancebos”. (2)

Acompañado del arcángel Rafael, va Gabelo a las bodas de Tobías, llega a casa de Raguel, colma de bendiciones y parabienes a los desposados y “se llegaron a la mesa y ce-

(1) Gen. XXIV, 53 y 54.

(2) Judic. XIV, 10.

lebraron el convite de las bodas con el temor del Señor". (1)

No sólo entre los hebreos, sino en todos los pueblos y en todos los tiempos se han celebrado y se celebran las nupcias con banquetes. Y es que el Matrimonio, instituido por Dios en el Paraíso, elevado por Jesucristo a la dignidad de sacramento, ennoblecido con su presencia en las bodas de Caná, santificado y bendecido por la Iglesia, ha sido, es y será siempre un acontecimiento de primer orden en la vida del individuo, de la familia y de la sociedad. El día del Matrimonio es un día grande, día de fiesta y de regocijo y "es natural y justo, como dice Berseaux (2), alegrarse en semejante día, puesto que dos seres que se amaban, se han dado el uno al otro en posesión, y su posesión mutua tiene por objeto, ya su propia felicidad por la asistencia y el apoyo que ellos se darán, ya la felicidad temporal y espiritual de los seres a que esperan dar vida y que, sin ellos, hubieran para siempre permanecido en una nada insensible".

* * *

Nada más natural que la comida de boda. Pero hay que evitar a todo trance que tal comida se convierta en un inmundo festín a la usanza pagana.

"Tengamos cuidado, dice Sn. Juan Crisóstomo (3) de no deshonorar el Matrimonio con vanidades que es preciso dejar a los hijos del demonio; llamemos a Jesucristo a las bodas como hicieron los esposos de Canaán, en Galilea, alejando al demonio, proscribiendo las alegrías profanas, los cantos deshonestos, los bailes inmundos, las palabras y las diversiones contrarias a la decencia, en una palabra, todo lo que avergüenza al pudor, no admitiendo más que a los fieles servidores de Jesucristo. Este es el medio de que Jesús venga con María y sus hermanos.

(1) Tob. IX, 12.

(2) Domingos y fiestas. Cap. XIV No. 30.

(3) Hom. 12 in Epist. ad Corint.

“Vosotros alegais la moda. La moda no debe contarse por nada allí en donde hay pecado. Desde el momento en que ella es criminal, es preciso desterrarla.

“Lo que está bien, aunque no sea según la moda, he ahí lo que debe practicarse y a lo que se debe atender. La Escritura nos habla de los matrimonios de Isaac y de Rebeca, de Jacob y de Raquel. Y vemos como estas santas mujeres fueron llevadas a las casas de sus esposos, teniéndose una comida un poco más espléndida que de costumbre; no se ve nada de músicas, ni de bailes, ni menos lo que caracteriza los matrimonios de nuestros días.

“¿Qué son actualmente esta clase de fiestas? Desgraciadamente, son frecuentemente profanadas por bailes lúbricos y canciones, en las que la impiedad disputa con la licencia. Después de un día pasado en culpables disipaciones, el libertinaje continua hasta muy entrada la noche, aumentándose la licencia con las tinieblas.

“Decidme, ¿qué hacen en un matrimonio cristiano, ya esa turba de hombres y mujeres acudidos en tropel, ya esos instrumentos de una música lasciva, ya esas canciones en que el deleite sin pudor se ostenta con todo lo que tienen de corruptor, ya esas familiaridades peligrosas, ya esos bailes renovados del paganismo, en los que la inocencia de las almas corre grandes peligros? Pero ¿qué es en medio de tantos desórdenes de la santidad del matrimonio?”

* * *

Creemos, lector carísimo, que, si el Crisóstomo hubiese alcanzado la época actual, emplearía un lenguaje todavía más severo, más duro, más contundente, que el arriba transcrito, para reprobar la conducta de muchísimos cristianos modernos en las fiestas del Matrimonio. Y lo creemos así, porque se puede afirmar que en la mayor parte de los casos tales fiestas son hoy más indecentes, más inmun-

das, más escandalosas que las que se celebraban en Roma o en Atenas, y el proceder de los que toman parte en ellas, peor que el de los mismos gentiles.

A las bodas de nuestros días, no sólo no podría asistir el Salvador con sus discípulos y su bendita Madre; no sólo no pueden acompañar los venerables párrocos, y las personas piadosas y devotas; pero ni siquiera las personas de educación o, naturalmente decentes y honradas.

En las bodas de hoy el ambiente moral de la sala del festín, del salón de baile y de los demás lugares donde se reúnen los convidados es un ambiente deletéreo, malsano, asfixiante. ¡Qué cosas se ven! ¡qué cosas se oyen! ¡qué cosas se hacen! ¡qué cosas se celebran! ¡qué cosas se cuentan, adobadas con las salsas más verdes y picantes! ¡qué comilonas! ¡qué embriagueces! ¡qué juegos y qué bailes! ¡qué inmundicias, qué groserías, qué palabrotas, qué chistes, qué bromas tan asquerosas e impías! ¡Y todo esto realizado de la manera más bestial, sin el menor recato, ni pudor, hasta por las personas más graves y sesudas y en presencia de niños y adolescentes! ¡Cuánta ofensa de Dios en el mismo día en que ha dado a los esposos católicos sus bendiciones! ¡Cuánta basura amontonada por los convidados a las puertas del nuevo hogar cristiano! ¡Oh, como se alegrará el demonio al ver que se le dedican las primicias de una cosa tan santa como el Matrimonio y que se ahogan en su origen todos los buenos sentimientos y propósitos concebidos a impulsos de la Gracia del Sacramento!

“¿Qué son vuestras fiestas nupciales?—exclamaría enardecido el Crisóstomo, si presenciara los escándalos de nuestros tiempos.—Orgías en que el culto de una Venus es consagrado por himnos y danzas lúbricas; en que la impiedad quiere obtener el triunfo sobre la licencia; en que el adulterio, la violación del lazo conyugal, y criminales intrigas son enaltecidas y preconizadas; y en que, después de ha-

berse embrutecido por todos los excesos de la intemperancia, se acompaña a su nueva morada a la esposa, marchando en público y entre repugnantes chanzas...

“Vosotros convidais los demonios a vuestras fiestas conyugales: con vuestros cantos lascivos y vuestras palabras obscenas encendeis criminales pasiones en los corazones de los que se les asemejan; vosotros llamais a vuestras casas hombres y mujeres cuyo lenguaje y costumbres desvergonzadas sólo pueden tolerarse en el teatro. ¿Qué podeis esperar de bueno de todo ese aparato de impudencia?” (1)

* * *

Bien diferente de esos convites gentilicos, fué la comida de boda de Gonzalo y de Catalina, ya que el espíritu del cristianismo inspiró todos los actos de los comensales.

Cuando ocupaba ya cada cual su asiento, dos rapazuelos, niño y niña, preparados también por los incansables profesores, salieron al centro del espacioso salón y recitaron con la mayor perfección aquel hermoso evangelio, en que se refiere el milagro obrado por Jesús en las bodas de Caná. He aquí el precioso diálogo sostenido al efecto entre Angelita y Serafín:

Angelita: —“Se celebraron unas bodas en Caná de Galilea: y estaba allí la Madre de Jesús. (2)

Serafín: —“Y fué también convidado Jesús, y sus discípulos a las bodas.

Ang. —“Y llegando a faltar vino, la Madre de Jesús le dice: no tienen vino.

Ser. —“Y Jesús le dijo: ¿Mujer, qué nos va a mi, y a tí? aun no es llegada mi hora.

Ang. —“Dijo la Madre de él a los que servían: Haced cuanto él os dijere.

(1) Hom. in Epist. ad Corint.

(2) Evang. S. Joann. cap. II, vv. 1-11.

Ser. —“Y había allí seis hidrias de piedra, conforme a la purificación de los Judíos, y cabían en cada una dos o tres cántaros.

Ang. —“Y Jesús les dijo: llenad las hidrias de agua. Y las llenaron hasta arriba.

Ser. —“Y Jesús les dijo: sacad ahora y llevad al maestresala. Y lo llevaron.

Ang. —“Y luego que gustó el maestresala el agua hecha vino, y no sabía de donde era, aunque los que servían lo sabían, porque habían sacado el agua: llamó al esposo el maestresala.

Ser. —“Y le dijo: Todo hombre sirve primero el buen vino: y después que han bebido bien, entonces da el que no es tan bueno: mas tu guardaste el buen vino hasta ahora.

Ang. —“Este fué el primer milagro, que hizo Jesús en Caná de Galilea: y manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos”.

En el festín de boda de los Huérfanos de Toledo no llegó a faltar el vino, ni escasearon ricos y sanos manjares, porque la caridad de los fontiverenses había provisto a todo abundantemente. Pero no hubo gastos excesivos, ni lujos, ni derroches de ningún género.

Todos comieron y bebieron bien; mas con razón y con tino, sin hartazgos, ni embriagueces. Hubo, es verdad, mucho regocijo, mucha alegría, mucho buen humor; pero todo fué en el Señor. Se habló largo y tendido, particularmente después de mediada la comida; se rió a mandíbula batiente, se bromeó hasta dejarlo de sobra; mas sin faltar en lo más mínimo a las reglas de la modestia, de la honestidad y de la educación. Asistieron las personas de más viso de la población, los funcionarios y autoridades, pero sin excluir a muchos individuos de la clase me-

dia, ni a los pobres, porque aquel convite, como las antiguas *agapas*, fué preparado, presidido e informado por la bendita caridad cristiana. En fin, la oración dió comienzo a la comida y la oración la terminó, después de muchos brindis y algunos discursos, de los cuales, por su importancia vamos a insertar el de Dn. Antonio y el del señor Alcalde.

XXVIII

DE COMO DN. ANTONIO, SIN DECIR NADA DE SU COSECHA, HIZO UN BONITO DISCURSO

La continencia en el Matrimonio y la cohabitación de los esposos son cosas muy loables.—Los padres que quieren bien a sus hijos, les corrigen desde pequeñitos.—No conviene a los padres repartir la herencia antes de su muerte.—No deben los padres complacerse en los hijos que no tienen temor de Dios.—Elogio de la mujer fuerte.—Sublime doctrina acerca del Matrimonio y de la Virginidad.

Queridos hijos: —empezó diciendo el anciano sacerdote—voy a daros las últimas instrucciones antes que comencéis la vida de Matrimonio.

Mas ¿quién soy yo para tratar cosas tan excelsas y tan santas? Por esto quiero que sean Sn. Pablo y otros escritores, divinamente inspirados, los que os amonesten por mi boca.

“Sea honesto en todo vuestro Matrimonio y el lecho sin mancilla, usando de aquél con el fin para el que fué instituído por Dios. (1)

“Cosa loable sería abstenerse no sólo de la fornicación, sino del Matrimonio mismo, aunque santo, legítimo y permitido por la ley de Dios; porque así se quedaría en ma-

(1) Ad Haeb. c. XIII v. 4. La mayor parte de las frases aclaratorias están tomadas de las notas de Scio, frases que, en gracia de la claridad, unimos al texto sagrado sin signo alguno que las distinga.

UNA BODA EN FONTIVEROS

yor libertad para poder servir a Dios y al prójimo. Mas por evitar la fornicación, cada uno tenga su mujer, y cada una tenga su marido. El marido pague a su mujer lo que le debe; y de la misma manera la mujer al marido. No os defraudeis el uno al otro, rehusando pagaros mutuamente el derecho que tenéis el uno sobre el otro, sino de acuerdo por algún tiempo para dedicaros a la oración; y de nuevo volved a cohabitar, porque no os tiente Satanás por vuestra incontinenencia. Mas esto digo por indulgencia, no por mandamiento, en atención a vuestra flaqueza, aunque sería cosa muy loable, que pudiéseris vivir en continencia. Porque quisiera que todos abrazáseris la continencia como yo; mas no todos tienen de Dios un mismo don; pues a unos concede la gracia de guardar pureza, y a otros de vivir santamente en el Matrimonio. (1)

* * *

“Si os concede el Señor hijos, adoctrinadlos y dobladlos desde su niñez, enseñándoles a ser humildes y obedientes. Enseñad a vuestros hijos y os recrearán y causarán delicias a vuestra alma (2) (3); mas no intentéis llegar hasta matarlos, (4) apretándolos tanto, o poniéndolos en término de que caigan enfermos o mueran. El hijo sabio alegra al padre; mas el hijo necio tristeza es de la madre. Salta de gozo el padre del justo; el que engendró al hijo sabio se alegrará en él. (5) El caballo no domado sale duro, y el hijo dejado, saldrá precipitado. Halaga a tu hijo, criándolo con mimo, y te causará espanto, llenándote de pesadumbres. No le des libertad en la juventud: vela y está sobre todo lo que hace y piensa. Dóblale la cerviz en la juventud, y golpéale los costados mientras que es

(1) 1a. Ad Cor. cap. VII. vv. 1-7.

(2) Eccli. VII. 25.

(3) Prov. XXIX. 17.

(4) Id., XIX. 18.

(5) Id. X. 1 y XXIII. 24.

niño, no sea que se endurezca, y no te crea, y cause dolor a tu alma. (1) El que excusa la vara, quiere mal a su hijo; y el que le ama, con muchas veras le corrige. La vara y la corrección dan sabiduría; mas el muchacho que es dejado a su voluntad, avergüenza a su madre. No escasees al muchacho la corrección; porque si le golpeares con vara no morirá con la muerte eterna. Tu le sacudirás con vara y librarás su alma del infierno. (2) Mas no provoquéis a ira a vuestros hijos, (3) castigándolos con rigor y severidad excesiva, de lo que resultará, que en vez de corregirse, se harán más indóciles y peores o caerán en estupidez y poquedad de corazón.

* * *

“Sabed, hijos míos, que no deben los hijos atesorar para los padres, sino los padres para los hijos. (4) Mas ni al hijo ni a la mujer, al hermano ni al amigo no des poder sobre tí durante tu vida; y no des a otro tu herencia: no sea que te arrepientas y te veas reducido al extremo de tener que rogar a aquellos mismos a quienes debías mandar. Mientras vives y respiras, no te haga mudar persona alguna, es decir: ninguno te aparte de este consejo que te doy. Porque mejor es que tus hijos te rueguen, que no estar tu mirando a las manos de tus hijos, esperando que te den, como hacen los perrillos, cuando alrededor de la mesa esperan que les den alguna cosa. No pongas mancilla en tu gloria, permitiendo que tengan autoridad sobre ti aquellos, a quienes debes tu mandar según tu estado. El día de la consumación de los días de tu vida, y al tiempo de tu salida reparte tu herencia. (5)

* * *

-
- (1) Eccli. XXX, vv. 8-12.
(2) Prov. XIII, 24 y XXIII, 13-15.
(3) Ad Ephes. VI, 4.
(4) II Ad Cor. XII, 14.
(5) Eccli. XXXIII, 20-22 y 24.

“El que ama a hijo o a hija más que a mí, no es digno de mí, ha dicho el Señor. (1) Y así, mis queridos Huerfanitos, no os alegréis con los hijos impíos, aunque tengais un crecido número; ni os complazcais sobre ellos, si en ellos no hay temor de Dios. No fieis en su vida, porque pueden faltar y morir, aunque sean jóvenes y robustos; ni mireis a sus tareas, aunque sean industriosos y aplicados al trabajo. Porque mejor es uno que teme a Dios, que mil hijos impíos. Y más vale morir sin hijos, que dejar hijos impíos. Afrenta del padre es el hijo mal criado; y la hija mal criada, padecerá menoscabo en su fama, y así no habrá quien la quiera por mujer. La hija prudente es tan útil como una herencia, al que se casa con ella. Porque la que le avergüenza por su desenvoltura, es para ignominia del padre. La que es atrevida, descocada, desenvuelta y sin vergüenza, deshonra al padre y al marido... y del uno y del otro será deshonorada”. (2)

* * *

Tu, Catalina, ten siempre presente, hija mía, aquel elogio que en el libro de los Proverbios se hace de la mujer fuerte, o sea, cabal en el cumplimiento de la ley de Dios y gobierno de su familia:

“Mujer fuerte ¿quién la hallará? Lejos, y de los últimos confines de la tierra su precio. Confía en ella el corazón de su esposo y de despojos no tendrá necesidad, porque las manos de su mujer le llenarán la casa de todo cuanto pueda necesitar para la decencia y comodidad de la familia. Le dará el bien y no el mal en todos los días de su vida, esto es, sin causarle la menor molestia, le consolará, aliviará sus penas, y le será una fiel y solícita

(1) Math. X. 37.

(2) Eccli. XVI, 1-4. XXII. 3-5.

compañera, procurándole las mayores ventajas y bienes. Buscó lana y lino, y lo trabajó con el arte, habilidad y primor de sus manos. Puso la mira en un campo y lo compró: de lo que tiene ganado por sus manos y ahorrado plantó una viña. Abrió su mano al desvalido y extendió sus palmas al pobre. No temerá para los de su casa los fríos de la nieve; porque todos sus domésticos vestidos están de ropas dobles. En lo que hace consistir principalmente su adorno y hermosura, es en la virtud, en la modestia, en la honestidad, en la gravedad, y en que brille la piedad y misericordia en todas sus acciones. Y en recompensa estará alegre en los años de su vejez, o en el último día, que será el de su muerte. Considera y reconoce atenta y continuamente cómo van las cosas de la familia, y cómo cada uno cumple con la parte y cargo que le toca. Su esposo y sus hijos a voces y públicamente después de su muerte la elogiarán, y llenarán de bendiciones, diciendo: muchas mujeres ha habido muy aplicadas, que han recogido muchas riquezas con el trabajo de sus manos; pero ninguna ha llegado a tí. ¿De qué sirve la vanidad que otras neciamente ponen en sus gracias y hermosura? Estas solamente merecen desprecio; y la que es digna de que todos la elogien, es la que, como ésta, en todas sus obras muestra que teme al Señor. Por tanto dadle gloria, y alabadla por el fruto de sus manos. (1)

* * *

Voy ahora a recordar a cuantos están aquí presentes la doctrina de nuestra Santa Madre la Iglesia acerca del Matrimonio y de la Virginitad.

Mirad con qué divina sabiduría se expresa el apóstol

(1) Prov. XXXI, vv. 10-31.

Sn. Pablo: "Digo también a los solteros y a las viudas, que les es bueno si permanecen así, en el celibato, como también yo. Mas, si no tienen don de continencia, cásense. Porque más vale casarse que abrasarse.

"Cuanto a las vírgenes, no tengo mandamiento del Señor; mas doy consejo, porque la Virgindad es materia de voto, pero no es precepto. Pienso, pues, que el estado de la Virgindad es bueno y excelente, atendidas las inquietudes, molestias, cuidados y tentaciones de esta vida, que son inseparables del estado del Matrimonio; porque bueno es al hombre estarse así, sin casarse. ¿Estás ligado a la mujer? no busques soltura, porque el vínculo del Matrimonio no se rompe, sino es por la muerte. ¿Estás libre de mujer? no busques mujer: no porque no sea santo y bueno el Matrimonio, sino porque la Castidad es mejor.

"Mas, si tomares mujer, no pecaste. Y si la virgen se casare, no pecó; pero los tales, quebranto tendrán de la carne; es decir, todas las incomodidades que trae consigo el estado. Pues lo que digo, hermanos, es que el tiempo es corto: lo que resta es, que los que tienen mujeres, sean como si no las tuvieren. Y los que lloran, como si no llorasen; y los que se alegran, como si no se alegrasen; y los que compran, como si no poseyesen; y los que usan de este mundo, como si no usasen; porque pasa la figura de este mundo.

"Quiero, pues, que vivais sin inquietud de las cosas de este mundo. El que está sin mujer, está cuidadoso de las cosas que son del Señor, cómo ha de agradar a Dios. Mas el que está con mujer, está afanado de las cosas del mundo, cómo ha de dar gusto a su mujer, y anda dividido.

"Y la mujer soltera y la virgen, piensa en las cosas del Señor, para ser santa de cuerpo y alma. Mas la que es casada, piensa en las cosas que son del mundo, y cómo agradar al marido.

“En verdad esto digo para provecho vuestro; no con el fin de imponeros una ley o absoluta necesidad de abrazar el estado de la Continencia, sino solamente para lo que es honesto, y que os dé facultad de orar al Señor sin estorbo. Mas si a alguno le parece que no le es honesto a su virgen, si se le pasa la edad de casarse, y que así es necesario que se case, porque aquella no se siente con el don de Continencia, cásele enhorabuena; pues por esto no pecan ni el padre, ni la hija que se casa. Porque el que tomó sobre sí una firme resolución de guardar su virgen, bien hace, si la hija quiere consentir en no casarse.

“Y así el que casa a su virgen, hace bien; y el que no la casa, hace mejor. La mujer está atada a la ley conyugal mientras vive su marido; pero, si muriese su marido, queda libre: queda en libertad de casarse con quien quiera; con tal que sea en el Señor. Pero será más bienaventurada, si permaneciese así, según mi consejo: y pienso que, como los otros apóstoles, yo también tengo Espíritu de Dios para aconsejaros lo que sea conforme al mismo Espíritu, y útil y provechoso para vuestra salud. (1)

Aquí teneis las sublimes enseñanzas de la Iglesia sobre el estado del Matrimonio y de la Virginidad y sobre las obligaciones de los esposos y de los padres. Practicadlas todos vosotros, hijos míos, y el Señor os colmará de bendiciones.

(1) I Ad Cor. VII vv. 8, 9 y 25-40.

XXIX

DN. PANTALEON, COMO ORADOR

Exordio magistral.—Impresión en el auditorio.—El orador suelta otro chorro de elocuencia.—¡¡Horror!! al señor Alcalde se le había marchado el santo al cielo.—Reinaba el silencio característico de las grandes catástrofes oratorias.—Acto de contrición.—El insigne tribuno reacciona algo y prosigue su discurso.—¡Oh corazón noble y magnánimo!—Un redoble de tío Tambora.

Entre los comensales había expectación enorme por oír el discurso del señor Alcalde.

Una ovación cerrada hizo retemblar las paredes de la Casa Consistorial, al aparecer el orador en el estrado del gran salón de sesiones.

Dn. Pantaleón, visiblemente emocionado, comenzó diciendo, después de haber tosido dos o tres veces.

Mis queridos súditos: Comprenderéis que las presonas de mi alta categoría no deben descursear con frecuencia, pa que no se desgaste su autorida. Pero yo lo quiero hacer este día en ozsequio a esos esposados, a quienes quiero como si los hubié parío.

* * *

El auditorio escucha sin perder palabra. Los intelectuales del pueblo se miran unos a otros, asombrados del maravilloso exordio del Cicerón fontiveroño. Tío Tambora se encuentra a punto de estallar en una carcajada épica; pero le contiene el secretario, tapándole la boca con la mano. Dña. Pomposa, la señora Alcaldesa, se relame de gusto y mira por encima del hombro a todas las mujeres presentes.

* * *

El orador, enternecido, no sabemos si por la devota atención de los oyentes, o por el afecto paternal que le inspiraban Gonzalo y Catalina, o por el recuerdo de la ya lejana fecha de su boda, o efecto del vino trasegado a su estómago durante la comida, suelta otro chorro de elocuencia:

Señoras y Señores: En estas circunstancias yo no quisiera ser Alcalde. No; yo no quisiera estar adorna con esta montera y con este bastón que son los atributos d'esta encumbrá diznidá, mayor que la de los mismos reyes y semejante a la de los más grandes emperadores.

Yo quisiera ser hombre verdadero, u sea, un hombre común y ordinario, pa poder echar a un lao la fisolofía y tiología qu'estoy derrochando por mi pico, y hablar más sencillamente, quiero decir, más a la pata la llana a esos dos elustres hijos votivos d'esta Capital de mis reinos y señorios.

Yo quisiera... yo quisiera... yo quisiera... Sí; yo qui... sie... ra...

* * *

¡¡Horror!!... Al señor Alcalde se le había marchado el santo al cielo.

El famoso tribuno había perdido el hilo del discurso y, por más que sonaba la nariz, o tosía fuertemente, o se rasaba la cabeza, no acudía la idea salvadora.

* * *

En el amplio salón del festín de boda y en las habitaciones contiguas, llenas de público, reinaba el silencio característico de las grandes catástrofes oratorias.

Dña. Pomposa, acometida de fulminante ataque nervioso, había caído desplomada sobre un sillón, sin habla y sin sentido.

* * *

UNA BODA EN FONTIVEROS

La angustia y ansiedad de los oyentes, que aumentaba a cada instante, llegó al máximum, cuando observaron que por las encendidas mejillas del cuitado, agitado e hiposo, corrían lágrimas como puños y que, poniéndose el infeliz de rodillas, exclamaba, balbuciente y compungido:

¡Sí; a mí me pesa; pésame, Señor, de haberos ofendido!...

* * *

Mas ¡oh poder sedante de la penitencia! a poco el señor Alcalde se levantó, ya más tranquilo, y prosiguió, diciendo:

Mis queridos súditos: Voy a terminar mi discurso, porque tengo aquí en esta mesma parte (señalando al pecho) una cosa que me ajoga y no me deja hablar.

Voy a terminar, pidiendo perdón a toos vosotros, en-dispués de haberlo pedido a Dios, por haberme excedido algo ayer en el castigo imponío a las cinco mujeres que cospitaron u costapizaron contra mí grande y real presona.

* * *

Pues güeno: (escribe, Secretario) Pidiendo la misericordia y clemencia de los que semos reyes y emperaores que no haya nengún sugeto ni sugeta que sufran en días de general jolgorio y alegría;

Hiciendo uso de los poderes y atrebuçiones de mi alto crago de Arcalde;

Dña. Pomposa se empina cuanto puede y vuelve la cabeza en todas direcciones.

Por el presente, endulto y perdono a la Señora Gramática y a sus cuatro hijas, las señoritas Analoquiya, Sintarxis, Porrosodía y Totografía, las penas y multas que les fueran imponías por mi Autoridá.

UNA BODA EN FONTIVEROS

Item: Mando a Tamborilla, mi alguacil, y a Gaita, mi súdito, que, llevando cada uno su instrumento, vayan ahora mesmo a los calabozos monicipales, pongan en libertá a las enrepetías y, tocando un alegre pasacalle, güelvan en su compañía a este nuestro Palacio, pa que las probecillas qu'estarán en ayunas, puedan participa algo de los restos d'esta comilona celebrá en honor de mis hijos Gonzalo y Catalina.

Firmao, sellao y rubricao.— Pantaleón Pegarrecio y Cascafuerte.

* * *

Un fuerte redoble de tío Tambora que, acompañado de tío Gaita, salía en aquel momento a la calle, ahogó en parte los aplausos y vivas con que el público acogió la terminación de la notabilísima pieza oratoria de la primera autoridad municipal.

La señora Alcaldesa, jacarandosa y ufana, paseó por los salones consistoriales, cosechando saludos y parabienes, las once arrobas de su macizo corpazo.

XXX

LA SALA Y LA ALCOBA DE LOS NOVIOS

Diversos festejos.—El silencio de la noche.—Cena íntima.—Teodomira fisgoneando.—Pánico de la curiosa.—¿Fué todo ello una ilusión?

Inmediatamente después de la comida, los mozos corrieron los gallos, siendo éste uno de los festejos más entretenidos de aquel día memorable.

Animados partidos de pelota, de calva y de barra completaron las diversiones hasta la hora del baile.

Excusado es decir que aquel baile, formado de tres grandes ruedas concéntricas, fué el más concurrido que jamás

había presenciado Fontiveros, pudiéndose afirmar que en en la espaciosa plaza mayor se habían congregado, además de muchos forasteros, todos los habitantes de la populosa Villa de la Moraña: mozos y mozas, niños y ancianos, padres y madres, funcionarios y autoridades.

En la primera vuelta solamente bailaron dos parejas, formadas, la una por Dn. Pantaleón y Catalina, y la otra por Gonzalo y Dña. Pomposa.

Después se generalizó la danza y, quienes, tomando parte en ella, quienes, presenciándola, es lo cierto que todos se divirtieron en paz y en gracia de Dios.

Sí; todos se divirtieron, fuera del señor Alcalde, que anduvo algo triste y mohino, porque, habiendo buscado insistentemente a Dña. Garramática y a sus lindas hijas, con el fin de obsequiar con un baile a cada una, no había podido encontrarlas.

¡No se acordaba el magnánimo Presidente de la Corporación Municipal que las infelices guardaban luto riguroso por el esposo y el padre difunto y que, en consecuencia, no asistían a fiestas ni diversiones de ningún género!...

En fin, las horas habían pasado veloces y la tarde de la Boda llegaba a su término.

Los instrumenteros tocaban la última pieza, que terminaría en el momento mismo en que sonara la primera campanada del toque de oraciones.

* * *

Durante el primer tercio de la noche no faltaron en las calles rondallas y bullicio: mas se fueron extinguiendo a medida que los rondadores se acogían a su respectivo domicilio en busca de la cena y de la cama.

A las diez, por todo lo largo y ancho del caserío no se percibían otros ruidos que los característicos de los pueblos castellanos, tales como el patear de mulas, el relin-

char de yeguas, el mugir de bueyes, el balar de cabras, el ladrar de perros y el maullar furioso de los gatos, a quienes había ocurrido algún percance desagradable en sus nocturnas andanzas.

Poco a poco se apagaron también estos ruidos y el silencio de la noche se hizo más profundo y augusto.

* * *

Gonzalo y Catalina obsequiaron en su casita con una cena íntima a los padrinos, a los compañeros, a la Viuda de Toledo y a otras cuantas personas de las más allegadas.

La sobremesa se prolongó hasta las diez y media, en cuya hora se despidieron todos los comensales, con excepción de la Viuda que, a instancias de los esposos, dormiría allí aquella noche, y de la fisgona y chismera Teodomira, que descansaría también allí, porque, no obstante las muchas indirectas que se le habían dirigido, no se había conseguido que se marchara a dormir a su casa.

* * *

Los tres hijos de la imperial ciudad conversan reposadamente junto al hogar, esperando, para retirarse a su habitación respectiva, a que termine de fregar la intrusa.

Esta, aprovechando la circunstancia de haber salido a la calle a vaciar el dornajo del fregado, entró en el dormitorio del matrimonio, con la intención malsana de husmearlo todo por centésima vez.

La sala donde los esposos iban a pasar la primera noche de casados, era la de la derecha, conforme se entraba en la casa.

En la pared que daba a la calle se abría amplia ventana y en la pared de enfrente, unas sencillas cortinas encarnadas tapaban la puerta de la alcoba o dormitorio.

En uno de los ángulos, junto a la ventana, se levantaba un precioso altarcito, adornado con flores blancas y rojas,

en cuya parte más alta aparecía, graciosa y protectora, una imagen de la Virgen Santísima del Carmen, de las llamadas vestidas, regalo de boda de Dn. Antonio.

Dos humildes lamparillas alumbraban a la Reina de los Cielos.

Media docena de sillas, una mesa de pino, un espejo y algunos cuadros de Santos completaban el mobiliario de la estancia.

La misma sencillez se observaba en el dormitorio.

Sobre la cabecera de la cama matrimonial veíase un gran cuadro representando a Jesús atado a la columna, caído con la Cruz y crucificado en el Calvario. En la misma pared, al alcance de la mano, estaba colocada una pequeña pila, rebosante de agua bendita.

De las demás paredes colgaban otros tres cuadros, también de asuntos religiosos. El uno era de la Virgen de los Dolores, sosteniendo en sus brazos amorosos el yerto cadáver de su Hijo. Aparecían en el otro, como Patronas de las familias santas y de muchos hijos, santa Sinforosa y santa Felicitas, cada una con sus siete hijos. El último, por cierto muy terrible y espantoso, representaba el Infierno, en cuyas llamas abrasadoras, se destacaban, en primer término, el execrable Onám y otros profanadores de la santidad del acto conyugal.

* * *

La vista de este cuadro llenó a Teodomira de pavor. Temió que Dios la iba a castigar por haberse atrevido a penetrar en aquellas habitaciones venerandas y sagradas.

¡Venerandas y sagradas, por estar destinadas a ser la cámara secreta de los esposos católicos!

¡Venerandas y sagradas, porque la víspera de la Boda habían recibido, juntamente con el lecho nupcial, las bendiciones del ministro del Altísimo!

¡Venerandas y sagradas, porque en ellas se realizarían ocultísimos y sublimes misterios de la misericordia y del amor del Omnipotente!

Tuvo miedo la curiosa, mucho miedo, apresurándose a salir con la rapidez que se lo permitían sus piernas temblorosas, vacilantes...

Y, mientras huía, cabizbaja, aplanada, avergonzada de sí misma, parecíale que el tálamo nupcial, las sillas, la mesa, los cuadros, la imagen de la Virgen Santísima del Carmen, y cuanto allí había, le dirigían tremendos apóstrofes, diciendo:

“¡Atrevida, insensata, desvergonzada, profanadora, blasfema, fuera... fuera de aquí!

“¡Fuera, fuera, malvada, que la tierra que pisas es santa! ¡Si es el escondido Aposento de las intimidades conyugales!... ¡Si es el Sagrario del Templo del Hogar!... ¡Si es la Cuna veneranda de la Familia y de la Sociedad!...

“¡Fuera, fuera: que ya se acercan los esposos cristianos, los santos, los queridos de Dios, los que han recibido la nobilísima misión de dar hijos a la Patria, fieles a la Iglesia, discípulos a Cristo, moradores al Cielo!...

“¡Sí; ya llegan, modestos, puros, sencillos y majestuosos los Reyes de la Familia, los Pontífices de la Iglesia Doméstica!... ¡Ya llegan, ya llegan, con sus almas hermosadas por la gracia del Sacramento, con sus labios enrojecidos con la Sangre del Cordero, con todo su ser ennoblecido, como divinizado por las bendiciones del Sacerdote y las palabras del Altísimo: *Creced y multiplicaos y llenad la tierra.*

* * *

¿Fue todo ello una simple ilusión de Teodomira? ¿Fue sólo una quimera de su fantasía, sobreexcitada, calentur-

riente, efecto del súbito terror pánico que se apoderara de la infeliz, al contemplar en aquel cuadro de la alcoba el eterno castigo del maldito padre del Onanismo y de los demás violadores de las santas leyes del Matrimonio?

A ciencia cierta no lo sabemos. Pero sí sabemos que Teodomira creyó toda su vida en la realidad espeluznante de aquella escena y que, cuando hablaba de ella, afirmaba que parecían haberse juntado allí el Cielo y el Infierno, pues no sólo oyó las reprensiones de los espíritus buenos, sino que, a la vez, vió congregados en la habitación de Gonzalo y Catalina a muchos espíritus malos en forma de monstruos y de bestias asquerosas y feroces.

XXXI

LUCHA Y VICTORIA

Debilidad y miseria.—Gavilla de demonios.—Asmodeo.—El ataque.—La defensa.—Cuadro de Cielo.—La oración de los Esposos.—Rafael.—El triunfo.—Rugidos de impotencia.

Momentos después de salir Teodomira, entraron Gonzalo y Catalina en la habitación, donde se levantaba el tálamo nupcial.

Los benditos mostraban, efectivamente, en sus semblantes, agraciados y juveniles, la modestia, la pureza, el amor, la santidad de sus almas candorosas e inocentes. Mas ¡ay! llevaban aquellos ricos tesoros en vasos de barro, endebles y quebradizos. Eran hijos de Adán, y, en consecuencia, pobres, miserables, inconstantes, sujetos a los halagos seductores de las pasiones, a las rebeliones de la carne, a los asaltos del demonio.

Habían formado excelentes propósitos; estaban resueltos a ser unos esposos modelo; a santificar la unión conyugal; a guardar castidad, conforme a su estado; a evitar

todo crimen, todo pecado, todo abuso contra aquel Sacramento grande y misterioso. Pero les esperaban peligrosas tentaciones, empeñados combates, formidables acometidas del enemigo de su salvación.

En sus corazones había hecho asiento, es verdad, la Gracia Sacramental; eran templo de la augusta Trinidad, tabernáculo de Jesús Sacramentado, jardín de delicias de la Reina de los Cielos. Mas, ¡pobrecitos! con el perverso intento de derribar aquella hermosa fábrica moral de sus almas, levantada por Dios, había enviado el Infierno toda una gavilla de sucios e inmundos demonios.

¡Eran las bestias y monstruos feroces que creyó ver la entrometida y asustada Teodomira!

* * *

Allí estaban, en forma de impuros puercos, los demonios de la incontinencia, cuyo oficio es tentar a los esposos a que usen del Matrimonio sin regla ni medida, como el caballo y el mulo que no tienen conocimiento.

Allí estaban, bajo la apariencia de descocadas meretricas, los espíritus malignos que tienen por misión inducir a los casados a no buscar en la vida conyugal otra cosa que la satisfacción de las más bajas y groseras pasiones.

Los demonios encargados de apagar en los corazones del marido y de la mujer ese fuego santo, celestial y divino que se llama amor a la paternidad y aspiración común a tener hijos, habían tomado también horribles cuerpos fantásticos y eran muy numerosos.

También eran en crecido número y muy feos y repugnantes los que se emplean en excitar a los esposos a poner en práctica la abominación de Onám y otros procedimientos que impiden la generación.

Fieras y reptiles de acerados dientes eran los cruelísi-

UNA BODA EN FONTIVEROS

mos demonios del infanticidio, del aborto y del abandono de los hijos recién nacidos.

Allí se hallaban los demonios, cuya ocupación es arrastrar a los cónyuges a la sodomía y a otros pecados execrables.

En una palabra: apostados en la calle unos, y otros en el corral, en el tejado, en el desván y hasta en la misma sala, allí se encontraban todos los espíritus del mal, enemigos del Matrimonio cristiano y de la perenne renovación de la especie humana, mediante el uso santo del mismo.

* * *

Mandaba aquella infame tropa el más malvado, el más sucio, el más carnal entre todos los demonios de la impureza, el jefe y como el rey de todos ellos: Asmodeo.

Asmodeo es el demonio del amor lúbrico, es el amigo de la fornicación, es el espíritu del adulterio.

Asmodeo significa abundancia de pecado: y es que, donde reina la liviandad, se multiplican sobremanera las iniquidades.

Asmodeo es el espíritu tenebroso, encargado por Luzbel de provocar a los hombres, particularmente a los esposos, a la lujuria.

Este horrendo demonio tiene una segunda comisión: es el castigador de la sensualidad, es el azote, es el verdugo de los esposos impúdicos, como aconteció con los siete maridos de Sara.

* * *

Empeñada y terrible fué la lucha que Gonzalo y Catalina tuvieron que sostener contra aquella caterva de espíritus inmundos, quienes, envidiosos de la felicidad de los recién casados y de la gloria que Cristo recibiría de tan santo matrimonio, les acometieron con saña y furor inu-

sitados, envolviéndolos en una pestilencial atmósfera de desvergüenzas y obscenidades.

¡Qué pensamientos tan feos! ¡qué representaciones tan sucias! ¡qué deseos tan bajos! ¡qué movimientos tan torpes! ¡qué sugerencias tan impúdicas! ¡qué aspiraciones, qué proyectos tan bestiales los que suscitaron en los esposos cristianos! ¡Parecía que todas las cloacas del infierno estaban vertiendo allí sus aguas corrompidas y emponzoñadas!...

* * *

Bien pronto conocieron los benditos que sólo la diestra del Altísimo podría salvarlos.

Entonces Gonzalo dijo a Catalina:

—Catalina, no temas. Yo soy tu hermano, esposa mía. Yo quisiera ser un ángel, para que mi presencia te inspirara confianza. Perdóname, hermana mía, el atrevimiento de haber querido poseer ese corazón purísimo que Dios te ha dado, y ruega por mí, a fin de que el Señor no me castigue por ello.

—Nada temo de ti, hermano mío, porque se que eres bueno y temeroso de Dios; ni tengo que perdonarte cosa alguna, antes darte las gracias, pues te has dignado poner tus ojos en esta pobre y desvalida huérfana. Ni tu ni yo somos ángeles, hermano mío, esposo, sino hombres miserables con carne frágil y pecadora, y así debemos elevar al Cielo nuestras súplicas en busca de socorro.

—¿Te parece bien, hermana mía, que no comencemos la vida propia de marido y de mujer hasta después de pasada la tercera noche de nuestra Boda y que empleemos hoy y mañana y pasado mañana en hacer oración a Dios?

—Todo lo que tu dispongas, hermano mío, habrá de parecerme bien. Yo soy tu esclava. Habla, que dispuesta estoy a obedecerte.

—No, no eres esclava, amada mía hermana; que eres la reina de nuestro hogar, de mi alma y de toda mi persona. Pero Dios es el Rey y el Señor tuyo y mío; Dios nos ha hecho innumerables beneficios, y entre ellos, este de permitir que nuestros corazones se hayan encontrado y unido para siempre con los dulces lazos del amor conyugal.

—¡Bendito sea el Señor eternamente y benditas las misericordias que ha usado con éstos sus siervos!—exclamó Catalina, llena de gratitud.

—Por eso yo propongo, mi querida hermana, que esta noche y las dos siguientes nos juntemos con Dios, implorando su asistencia y pidiéndole que eche su bendición sobre nuestro matrimonio.

—Como Tobías y Sara. ¿Verdad, hermano mío? ¡Oh qué hermoso, qué agradable debe ser al Señor el consagrarle las primicias de esta nueva vida!

—Sí, muy agradable, por tratarse, no de un precepto, sino de un consejo. Mas no sólo será gratisimo a Dios; será también muy provechoso para nosotros. Además, amada mía, “que somos hijos de santos—de Jesucristo y de la Iglesia—y no podemos juntarnos a manera de los gentiles que no conocen a Dios”. (1)

—Tienes razón, amado mío. Mas explicame, te ruego, los provechos que sacaremos, imitando el ejemplo de Sara y de Tobías.

—Pues los mismos que obtuvieron estos castos esposos, por haber seguido las instrucciones del angel. Este dijo a Tobías: “Cuando la hubieres tomado por mujer, entrando en el aposento, no llegues a ella en tres días; y en ninguna otra cosa te ocuparás, sino en hacer oración con ella. Y aquella misma noche el fuego de la caridad y de la ora-

(1) Tob. c. VIII v. 5.

ción, ahuyentará el demonio, consumiendo la concupiscencia y los deseos carnales. La segunda noche heredarás el espíritu y la santidad de los patriarcas, para vivir castamente con Sara, como ellos vivieron con sus mujeres. Y la tercera noche recibirás la bendición que hará feliz tu matrimonio con los santos hijos que nacerán de él". (1)

—¡Cuán grande es la bondad y la misericordia del Señor! Confiemos en Él y pidámosle que se apiade de nuestras almas—dijo Catalina, postrándose a las plantas de la Virgen Santísima del Carmen y dirigiendo hacia la Señora sus ojos llorosos y sus brazos suplicantes.

Gonzalo la imitó. "Y rogaban los dos a una con fervor que les fuese dada sanidad, para que los demonios de la impureza no tuviesen poder sobre ellos". (2)

* * *

Sublime era el espectáculo que se estaba desarrollando en la cámara nupcial.

Dos jóvenes esposos se descubren mutuamente la santidad de sus amores, designándose el uno al otro con el dulce y puro nombre de hermano.

Dos jóvenes esposos hablan y obran junto al tálamo, como lo harían los ángeles.

Dos esposos jóvenes, tiernos, sensibles, fogosos, apasionados, se determinan a consagrar al Señor los tres primeros días de casados, renunciando a la más grata, a la más fuerte, a la más acuciadora tendencia de la humana naturaleza.

Dos jóvenes esposos, turbados interiormente por la mesnada de Asmodeo, desconfían de la propia flaqueza y buscan en la oración la fortaleza de sus almas.

¡Qué cuadro tan celestial y tan divino!

(1) Tob. c. VI, vv. 18-21 y Notas de Scio sobre los mismos.

(2) Id., c. VIII, v. 6. Texto y nota.

Cuadro embellecido, avalorado más y más con las sombras que sobre él proyectan los demonios de la incontinencia marital que, exacerbados, furiosos, frenéticos por sus derrotas, redoblan sus embestidas, ya de una manera invisible, ya apareciéndose a los benditos de Dios en las formas impúdicas y espantables anteriormente descritas, y provocándoles con palabras y gestos obscenos y con danzas lúbricas, ejecutadas en la sala y sobre la misma cama de matrimonio.

Cuadro al que sirven de precioso marco la soledad de la noche, el silencio de la naturaleza, la semiobscuridad de la estancia, la imagen de la Virgen y hasta las humildes lamparillas que parpadean en el altarcito.

Cuadro, en fin, que va a recibir los últimos toques, los últimos matices, los últimos primores del Jefe de aquella incipiente familia, del Rey de aquella pequeña sociedad, el cual, en funciones de Sacerdote, de Pontífice máximo del Hogar, y acompañado de la Sacerdotisa y Reina consorte, se dispone a leer en el libro litúrgico de oraciones de la Iglesia Doméstica, en el sagrado libro de Tobías, regalo de los Carmelitas de Medina durante los ejercicios para la Boda, se dispone a leer, repetimos, la oración que hicieron al Señor Tobías, el joven, y Sara la primera noche de sus desposorios.

* * *

Y dijo Gonzalo: Virgen Santísima del Carmen, ángeles custodios, arcángel Rafael, presentad nuestras oraciones delante del trono del Altísimo y decidle que hacemos nuestra la ferviente súplica de sus siervos, los castos hijos de Tobías y de Raguel.

Luego añadió, leyendo:

“Señor Dios de nuestros padres, bendígante los Cielos, y la Tierra, y el Mar, y las fuentes, y los ríos, y todas tus criaturas que hay en ellos.

“Tu hiciste a Adán del barro de la tierra, y le diste en ayuda a Eva.

“Y ahora, Señor, tu sabes que tomo a esta mi hermana por mujer, no por causa de lujuria, sino por sólo el amor de los hijos, en los que sea bendito tu nombre por los siglos de los siglos”. (1)

Luego tomó el libro Catalina y leyó lo que sigue:

“A tí, Señor, vuelvo mi rostro, a tí encamino mis ojos.

“Tu sabes, Señor, que nunca he codiciado varón, y que he conservado mi alma limpia de toda concupiscencia.

“Consentí en tomar marido en tu temor, y no por liviandad mía. (2)

“Ten misericordia de nosotros, Señor, ten misericordia de nosotros, y los dos juntos envejecamos con salud. (3)

* * *

Sorprendente eficacia la de la oración. No bien habían terminado Gonzalo y Catalina la lectura de lo que antecede y ya fueron oídas las súplicas de ambos “en la presencia gloriosa del sumo Dios”. (4)

“Y fué enviado el santo angel del Señor, Rafael, para curarlos a ambos” (5) de las enfermedades y flaquezas de la carne.

Rafael es el médico de Dios, es la medicina o curación de Dios. Dios es el gran Rafael, esto es, el Médico supremo y universal.

Rafael es el ministro del gran Médico, en cuya virtud cura a los hombres de toda suerte de dolencias, físicas y morales, y a los esposos, de la incontinencia matrimonial.

Rafael es lo contrario de Asmodeo: es el arcángel del amor santo, es el amigo de la pureza, es el inspirador de

(1) Tob. VIII vv. 7-9.

(2) Id., III vv. 14, 16 y 18.

(3) Id., c. VIII, v. 10.

(4) Id., cap. III, v. 24.

(5) Id., id., v. 25.

la fidelidad conyugal. Es el espíritu de luz, comisionado por Dios para neutralizar los ataques del ángel de las tinieblas. Es el compañero, el amigo, el defensor de los esposos católicos.

* * *

Al penetrar Rafael en la casa, huyeron despavoridos al Infierno todos los demonios: todos, excepto Asmodeo, de quien echó mano y le condujo al desierto de la Paramera de Avila, donde le dejó encadenado todo el tiempo de la vida de Gonzalo y Catalina. Y no pudo acercarse más a los castos esposos, a quienes defendía la omnipotencia de Dios.

* * *

Desde aquel día, los moradores de las Villas del Barranco y los de los valles del Tietar y de Burgohondo que, en sus viajes a la noble ciudad castellana, atravesaban las imponentes soledades de la Paramera, oían con frecuencia espantosos rugidos.

Eran los rugidos de rabia, de desesperación y de impotencia del enemigo de los esposos cristianos, del sucio y asqueroso Asmodeo.

XXXII

EL SUEÑO DE LOS ESPOSOS

Después de la tempestad, la serenidad.—Otra vez la indiscreta Teodomira.—Los benditos dormían, como duermen los niños.—Sueños azules.—Amaneciendo.

Ahuyentada por Rafael la impúdica tropa de Asmodeo, volvió a reinar la paz en la linda casita de los nuevos esposos, recobrando éstos a la vez la tranquilidad y la alegría habituales en sus almas puras y sencillas.

UNA BODA EN FONTIVEROS

Las imágenes de la Virgen Santísima del Carmen y de los santos parecían sonreírles y darles la enhorabuena por el triunfo conseguido.

Las lamparillas continuaban luciendo a los pies de María e iluminando la estancia con su luz suave, impregnada de profundo misticismo. A veces, débiles chasquidos y temblonas oscilaciones de la llama, indicaban que estaba para acabarse el aceite de los vasos. Mas no llegaba a faltar el precioso combustible, porque, haciendo el oficio de virgen prudente, acudía al punto Catalina a renovarlo.

Del exterior no llegaban otros ruidos que el ladrido de algún can y el graznido de las garzas y de los patos que volaban sobre Fontiveros en busca de las aguas del Zapardiel.

En el interior del dormitorio se oía el susurro de los benditos: de los benditos de Dios que rezaban y rezaban fervorosamente, persistiendo en su oración hasta que, muy avanzada ya la noche, les acometió el sueño.

Entonces se recogieron, uno a cada lado del pequeño altar, separados los cuerpos, pero abrazadas sus almas y fundidos en uno sus corazones...

Entre los dos se interponía su Madre querida: su Madre querida del Carmen que los cobijaba, amorosa, bajo los pliegues de su manto de armiño.

* * *

Así los vió Teodomira, al mirar, vencida otra vez de la curiosidad, a través del orificio de la cerradura.

Miró la fisgona y... huyó aterrada, porque en medio del aposento estaba Rafael, el cual, blandiendo con su diestra flamígera espada, velaba el sueño de los esposos cristianos.

UNA BODA EN FONTIVEROS

Al lado de los mismos velaban también los ángeles custodios, haciendo con el índice la señal de silencio...

* * *

El sueño de los benditos era apacible y reposado, como lo es el de los niños.

En sus labios entreabiertos se dibujaba perennemente una dulce sonrisa. De sus pechos abrasados escapaban a intervalos amorosos suspiros. A sus seráficos rostros se asomaba, pudibundo, el candor de la pureza virginal. En sus nobles frentes, como que bullían los grandes, y hermosos, y consoladores ideales del Matrimonio Cristiano.

* * *

Los benditos soñaban...

Soñaban con el día en que se vieron por vez primera, con las palabras que se dijeron en el momento de empezar sus relaciones amorosas, con los meses dichosos de su noviazgo, con los largos preparativos del Matrimonio...

Soñaban con el consorte querido, prometiéndose un amor inextinguible, una fidelidad absoluta, una compañía eterna, una dicha acabada, una luna de miel siempre igual, siempre llena, sin menguantes y sin eclipses...

Soñaban... ¿como no?... Soñaban... con los hijos idolatrados, representándoseles en su fantasía hermosos, amables, dóciles, virtuosos, santos...

Y, adelantándose al lento caminar de los años, asistían en espíritu a las tiernas ceremonias del bautismo de sus hijitos, de su primera Comunión, de su ordenación sacerdotal o de su boda...

Y contemplaban con embeleso, con embobamiento de padres el instante en que, desatándose sus lenguas, pronunciarían, balbucientes, la primera palabra, y las fechas en que vestirían de largo, o comenzarían sus tareas escolares,

UNA BODA EN FONTIVEROS

su carrera literaria o el aprendizaje de un oficio mecánico...

Soñaban... soñaban los benditos con las habitaciones y muebles de la casa, con la vida sosegada del hogar, con las encantadoras fiestas de la familia, con los paseos entre la fronda del huerto, con las veladas al amor de la lumbre, con las delicias confortables de la cena, con las historietas y cuentos festivos de la sobremesa...

Soñaban, sí, soñaban con el borriquillo que comprarían para facilitar los viajes a los pueblos limítrofes y a los mercados de Arévalo, de Medina y de Peñaranda...

Soñaban con los pavos y patos que pensaban criar, con el perrillo y el gato que les habían prometido dos vecinos del pueblo, y, hasta con un soberbio gallo, regalo particular de la Joaquina, el cual, como si quisiera corresponder al afectuoso recuerdo de sus nuevos amos, lanzó desde el gallinero un potente y sonoro quiquiriquí que despertó a entrambos esposos.

* * *

—Gonzalo, hermano ¿qué hora es?—preguntó Catalina todavía soñolienta.

—Debe de estar amaneciendo, pues me parece que el gallo de casa acaba de cantar la tercera vez.

—También yo le he sentido entre sueños; y aun creo que cantan ahora otros varios. Escucha...

Efectivamente, uno tras otro, como obedeciendo a una consigna, fueron cantando los gallos de la vecindad. En la estancia penetraban sus agudas notas, saturadas de esperanza y de alegría.

—Jamás se equivocan esos fieles amigos del hombre. Ya se ven en el oriente las primeras luces de la aurora—dijo Gonzalo después de haber abierto la ventana y examinado el horizonte.

CONCLUSION

Dios bendijo el santo Matrimonio de los Huérfanos de Toledo, concediéndoles tres hijos.

Al primogénito le pusieron el nombre de Francisco. Al segundo, el de Luis.

El tercero se llamó, al venir al mundo, Juan de Yepes y González. Después se llamó Juan de Santo Matía. Luego, Juan de la Cruz.

Cuando hubo muerto, le llamaron, sucesivamente, Venerable, Beato, Santo.

Hoy es conocido en todas partes bajo el nombre de *Doctor Místico de la Iglesia Universal*.

L. D. V. M.

ÍNDICE

ÍNDICE

	<i>Págs.</i>
Descripción de la Villa	5
El anochecer de un pueblo agrícola y ganadero	7
Los novios	12
Los mozos rondan a Catalina	16
En la Solana de tía Colores	22
Formidable tremolina	28
Regalos de boda	29
Dejad que los niños se acerquen a mí	34
Todo para todos	38
Una plática al aire libre	42
El rezo del Angelus	51
La familia en nuestros días	52
Una escena de familia	61
Los enemigos de la familia	66
Las prácticas anticoncepcionales	73
Continúa la misma materia del anterior	81
Una porción de cosas que conviene que sepan ciertos católicos de último cuño	88
La plegaria de dos excelsas matronas	94

UNA BODA EN FONTIVEROS

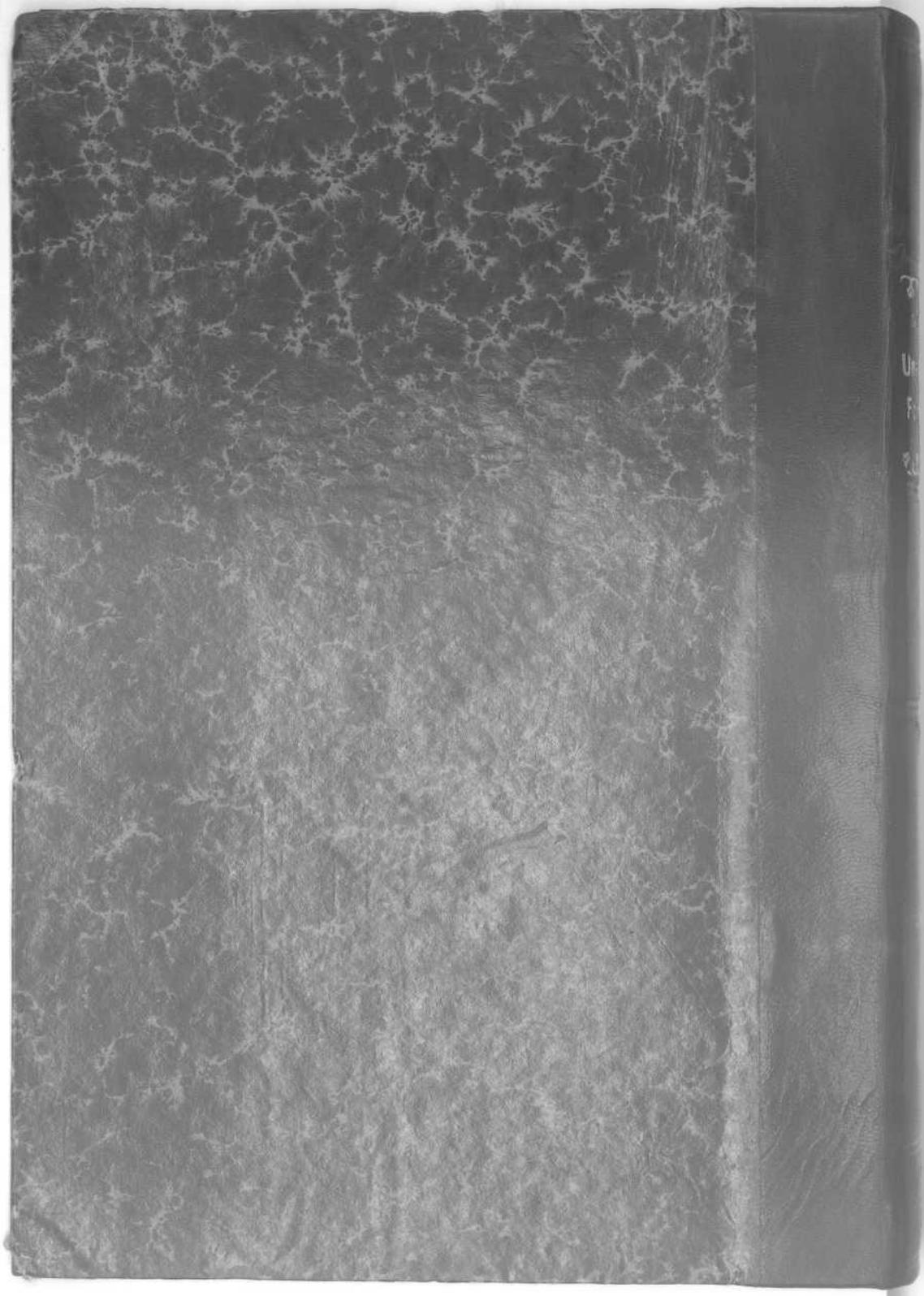
	<i>Págs.</i>
Padres bárbaros y feroces	103
Espantoso castigo de los profanadores del matrimonio	108
La víspera de la boda	110
La comitiva nupcial	118
La amonestación del ritual romano	123
Las ceremonias del matrimonio	132
Después del matrimonio	140
Danzas populares y certamen literario	145
La comida de boda	153
De como Dn. Antonio, sin decir nada de su cosecha, hizo un bonito discurso	159
Dn. Pantaleón, como orador	166
La sala y la alcoba de los novios	169
Lucha y victoria	174
El sueño de los esposos	182
Conclusión	186



IMPRENTA
"EL SIGLO XX"
A. MUÑIZ HNO.
R. DEL BRASIL 27
HABANA

UNA BODA EN FONTIVEROS

96-7 .3446





SANTA INÉS

Una Boda en
Fontiveros

